

Esto fue digitalizado por el movimiento uruguayo Resurgir Nacional (RN)



 @ExtremaUy

 @RESURGIRNACIONUY

 <https://t.me/bibliotecapatria>

Substack: nacionalismouy.substack.com

 @resurgirnacional

 Nacionalismo Oriental

ADOLFO AGORIO

CIVILIZADORES



EDICIONES URUGUAY

BUENOS AIRES

1947

ADOLFO
AGORIO

CITIZENS
ADOLF

1 9 4 7

U/AM
3.50
9

ADOLFO AGORIO

CIVILIZADORES

EDICIONES URUGUAY

BUENOS AIRES

1947

DEL AUTOR

LA FRAGUA — Prefacio de M. Caillaux, ex-presidente del Consejo de Ministros de Francia.

FUERZA Y DERECHO

LA SOMBRA DE EUROPA — 3ª. edición. Madrid. Prólogo de Alberto Ghirardo y una carta del ex-premier británico, D. Lloyd George.

LA RISHI ABURA — Editorial Atlántida. Bs. Aires.

ATARAXIA — 2ª. edición. Madrid.

DE LA TECNOLOGIA EN EL LENGUAJE — Edición de la R. Academia Española. Madrid.

L'AMÉRIQUE LATINE ET LA FRANCE — París.

LA FOURNAISE — H. Dieval, ed. París.

LES PREMIÈRES CONSÉQUENCES DE LA GUERRE — Adhemar, ed. París.

ROMA Y EL ESPIRITU DE OCCIDENTE — Monteverde y Cía., ed. Montevideo.

BAJO LA MIRADA DE LENIN — (Viaje a la Rusia soviética). Editorial Pax. Buenos Aires.

IMPRESIONES DEL TERCER REICH (Un viaje a Alemania) — A. Lista, ed. Montevideo.

PASTEUR Y OTROS ENSAYOS

INTRODUCCION AL HUMANISMO

COPYRIGHT BY ADOLFO AGORIO

— De algunas de estas obras se han hecho ediciones en francés, italiano, inglés, ruso, portugués, alemán y holandés.

Libro digitalizado por:

R.N

(Resurgir Nacional)

DEDICATORIA

A Don Agustín M. Smith

A usted, Don Agustín, que es un criollo de ley, tesonero y heroico para el trabajo, con una reciedumbre moral y un talento que lo ponen en la avanzada: la línea de fuego entre los civilizadores. A usted dedico estas páginas arrancadas a la balumba de los recuerdos. Si hubiera que definir a un criollo diría que es el hombre invulnerable al pánico. Seres que creímos dueños de sí mismos, perdieron la calma a la menor alarma de un peligro real o inventado. No eran más que fachadas que se derrumbaron en medio de nuestra desilusión y de nuestro asombro. El gaucho es inaccesible a las formas chillonas, a los gestos espectaculares, al histerismo. Es un taciturno que no se reconoce fuera de la profundidad de su propio silencio. Los eúskaros, que siguieron su huella campera, lo definieron como al ser humano auténtico, y él vivirá mientras exista alguien capaz de aquilatar la profundidad de su destino. El vasco Gorotz-Auntza de mi relato, lo exalta como al "macho que no se derrite cuando sube la temperatura".

Usted, Don Agustín, pertenece a ese tipo humano que yo admiro, y que lucha todavía sin desmayo por conservar en la barbarie materialista del presente algún resto de vida espiritual, de desinterés y de heroísmo. Perdone esta piedra inflamada que viene a turbar su altiva soledad de gaucho.

Puede ser que ella despierte en usted viejos recuerdos y reconozca a lejanos personajes. Algunos figuran con sus nombres propios. Otros están tan bien desplazados en el tiempo y en el espacio, que será inútil cualquier esfuerzo por descubrir su verdadera identidad. Pero todos han vivido su vida de penurias, que acaso la distancia vuelve ahora fascinante. Todos han vivido y han pasado como pasaremos nosotros. Es el mismo camino que abrieron nuestros padres, y los abuelos de nuestros abuelos. Porque del fondo de esa inmensa monotonía que es la vida, surge el dilatado susurro de perpetuidad. Clama el dolor y dice: ¡Pasa! VERGEH! Pues, si afirma Nietzsche en su poema, dislocado de angustia, solamente la alegría quiere eternidad profunda,

DOCH ALLE LUST WILL EWIGKEIT
WILL TIEFE, TIEFE EWIGKEIT,

¿Por qué los vascos contestaron mucho antes, y mejor, por cierto, que el poeta filósofo, a la pregunta inquietante: “¿Qué dice la profunda medianoche?”. (WAS SPRICHT DIE TIEFE MITTERNACHT?). Ellos expresaron, en el silencio de los grandes espacios abiertos, el zumo de la sabiduría infinita. Ellos destilaron de la noche gaucha la luz de los ríos, de los montes y de las llanuras. Y el esfuerzo callado fué su eternidad, como el heroísmo sin frases había sido su alegría.

A. A.

Juan Ortiz, Prov. de Santa Fe, Octubre de 1946.

CUANDO el coche empezó a crujir por el camino de tierra, a la vera del alambrado, y trepó la empinada cuchilla, reconocí lo que fuera en otro tiempo la estancia de Don Lauro Barragán. El camino, lleno de baches y cruzado por hondos barrancos, hubiera vuelto el viaje poco llevadero a no ser por el inagotable buen humor de Lasgoity, quién, con las riendas en la mano, saludaba a cada zanjón, a cada barquinazo, con exclamaciones estrepitosas. Desde que, años atrás, fuera huésped de Don Lauro, habían pasado muchos inviernos. Sin embargo, las casas no aparentaban mucho cambio, con sus techos de rojizas tejas españolas, con sus puertas pintadas de verde y la chimenea cuadrada de la enorme cocina que era a la vez comedor y sala de recibo. Hasta el tajamar, a dos cuadradas de distancia, disimulado detrás de un montecito de mimbres, parecía haberse quedado fijo en el tiempo, nada más que para reverdecer recuerdos lejanos. Solamente una nueva construcción de ladrillos alteraba la antigua arquitectura de la estancia, ocultando desde la lejanía la limpieza impecable de sus líneas. Se trataba de una especie de taller y depósito de herramientas, con una cochera para carros y útiles de labranza.

Los actuales dueños habían cerrado con ese galpón las perspectivas del vetusto patio, otrora

abierto hacia el horizonte y poblado de naranjos y jazmines, cuyo perfume se derramaba en la noche a través del campo. Cuando murió Don Lauro, sus dos hijos, vendieron parte del campo, y el resto lo arrendaron para agricultura. El casco de la estancia y los terrenos adyacentes pasaron a manos del vasco Juan Urdegoin, que en su juventud había sido jugador de pelota, famoso en el *Jai-Alai* de la plaza de Artola por sus formidables saques de zurda, y que sus coterráneos conocían bajo el apodo de Ezkerra. Cuando el eúskaro comprendió que a pesar de su temible izquierda, no había frontón que le sirviera para atajar la granizada de los años que se le venía encima, se refugió en el campo, fundando un tambo en los mismos lares patricios de los Barragán. Trabajador y sobrio, vió en la naciente industria lechera un negocio próspero. Con mano lenta, pero firme, fué ampliando el establecimiento, levantando otras construcciones, incorporando pastoreos y contratando nuevas peonadas. Cautelosamente, casi sin esfuerzo, aquel paisaje criollo de antaño había cambiado de fisonomía.

* * *

El aliento característico del tambo, olor de boñiga y de leche agria, se pegó a nosotros desde que franqueamos la portera, y ya no nos abando-

nó hasta que, después de descender del coche, entramos en una pieza que hacía las veces de escritorio, con las paredes adornadas con almanaques y cabezas de venado, y donde nos esperaba la zurda cordial del dueño de casa. Ezkerra, rebosante de salud, nos miraba, con su cara de luna llena. Usaba boina, alpargatas, pantalones anchos, abrochados en los tobillos, cinto gaucha en lugar de faja, y una camisa a cuadros, entreabierta, que descubría su velludo pecho de atleta. Apenas había prodigado los primeros cumplimientos, tal cual lo permitía su etiqueta un poco rústica, el vaseo salió al patio gritando:

—¡A ver, Patricio!... Traer cerveza pa los señores... Y apurarse, recontra!

No obstante sus largos años de residencia en el país, el simpático tambero no había aprendido aún que los verbos se usan en otros tiempos, además del infinitivo. Alcancé a ver que Ezkerra se dirigía a un muchachito de doce años, de tez morena, tirando a cobre, escondida bajo un sombrero deshilachado, con alas extremadamente cortas y que venía montado en un azulejo gordo y cabezón. Con los talones desnudos, el muchacho golpeaba los flancos del matungo como en un tambor, azotándole a la vez el pescuezo con los extremos de las riendas que le quedaban libres. Pero ni aún así, a pesar del incesante tamborileo, con-

seguía sacar a la cabalgadura de su tranco lerdo y dormilón. A una señal enérgica de Ezkerra, que era muy exigente en materia de cortesías, Patriocio se quitó el sombrero que malamente cubría sus lustrosas crenchas de zorrino, revueltas en mechones sucios, cayéndole sobre las orejas y al costado de las mejillas. Luego tartamudeó como para explicar la poca celeridad en el cumplimiento del mandado:

—Ya jué Manex por la cerveza, patrón!

En efecto, otro chico vivaracho y ágil se le había adelantado, y regresaba del galponcito que servía de despensa, trayendo botellas y vasos. El propio Ezkerra le había puesto Manex, (1) y las malas lenguas del pago decían que era su hijo. Lo había tenido de una china de nombre Jacinta que trabajaba de “piona” en las casas, y que ahora habitaba en los rancheríos de la orilla del pueblo. De pronto, la legítima mujer de Ezkerra, delgada como una bandurria, con un pañuelo amarillo y rojo que le envolvía la cabeza, apareció en el patio, detrás de los naranjos, gritando:

—¡Ongi etorri!... ¡Ongi etorri! (2)

(1) Se llama Manex a los eúskaros oriundos de Laburdi y la baja Navarra. Del lado de Francia, se emplea como equivalente de Juan.

(2) ¡Bienvenidos!... ¡Bienvenidos!... Los vascos pronuncian ongui o ungui, según la región.

Ezkerra sonrió filosóficamente, mientras la rogante cara de luna llena se balanceaba a cada lenta inclinación de su cuello de buey.

—Mujer venir, porque sentir de lejos olor cerveza.

Doña Graciana era alta y flaca, de manos sarmantas y estropeadas por la dura fatiga diaria. Era mayor que su marido. Los cabellos que empezaban a blanquear asomaban debajo del pañuelo. Sus ojillos grises no estaban un momento quietos, cual si se abrieran nada más que para desconfiar de algo imprevisto. La nariz de remolacha, encorvada y violeta en su parte inferior, coronaba aquel palo vestido, dándole la extraña figura de cacaúta viejo, hamaeándose en la punta de un álamo. Ciertamente que con ese esperpento de mujer se explicaban ahora las andanzas amorosas de Ezkerra. No obstante hallarse pesado y barrigón, el vasco corría detrás de cuanto china se le pusiera a tiro. Como disfrutaba fama en el pago de adinerado y generoso, no tenía tiempo siquiera de decir *Envido*, cuando ya se le contestaba *Quiero*. Doña Graciana estaba enterada de todo. Sabía que su marido le ponía *adarras*. Toleraba con serena resignación todas las calaveradas de Ezkerra. Pero, eso sí, exigía mucha decencia dentro de la casa. A Jacinta la había expulsado a rebencazos, en

presencia de toda la familia, una bochornosa tarde de verano, cuando la sorprendió, a la hora de la siesta, rondando en torno a la puerta entreabierta del rancho de los peones, donde el socarrón de su marido la estaba esperando.

—¡Pero, patrona!... ¡Si voy a llevarl'el ternero a la Barrosa! —gemía la muchacha.

Era, en verdad, la hora en que se encerraban las lecheras para preparar el ordeño de la tarde. Jacinta mostraba, como prueba de su buena intención, un maneador, enrollado, ancho, de cuero crudo, donde todavía campeaban algunos pelos. Pero Doña Graciana, como buena vasca, era dura de cabeza, y no se convencía a dos tirones.

—¡A la Jaungoiko!... Yo saber qué ternero querer vos manear... ¡Te voy a atar el jeta con ese guasca!

Al fin la chinita huyó al campo por la portera del fondo, perdiéndose entre las matas pajizas de los espartillos, bajo el calor de aquella densa tarde de verano, llevando en sus carnes palpitantes de bestia en celo las marcas moradas de la lonja de Doña Graciana. Cuando se hizo de nuevo la calma, osciló cautelosamente el cuero de yegua que cerraba la entrada del rancho de los peones, apareciendo la cara redonda de Ezkerra. Sus ojos caurros, como dos puntitos negros en un plenilu-

nio, espiaban con prudencia lo que hasta unos segundos antes había sido campo de batalla. Cuando calculó que su mujer se había marchado, resbaló sin hacer ruido hasta el galpón grande. Allí lió un cigarro de chala con tabaco brasileiro de picadura negra. Luego se corrió por una puerta del flanco hasta el patio, tomando resuello, de tiempo en tiempo, cuando una oleada de frescura lo envolvía en la sombra de los naranjos. Después de cerciorarse que nadie seguía sus pasos, ganó lo que él llamaba su "oficina", canturreando una vieja canción vascuence:

En alaba Katarin

Bere ameka urtekin,

Ongi dua amarrekin...

El poeta enumeraba las perfecciones y virtudes de su hija Catalina al cumplir los once años. Cuando la canción exaltaba la belleza de los ojos, iguales a los de la madre, Ezkerra levantaba la voz, sin duda alguna para que Doña Graciana lo oyese y comprendiera que su conciencia estaba tranquila.

Begi aditu ama bezala... (1)

Después golpeaba, marcando el compás, con una regla contra la mesa, cubierta de cuentas y fac-

(1) "Diríase que sus ojos son los de la madre", sería la traducción más correcta de este verso. *Begi* (ojos) debe pronunciarse *begui*.

turas. La pesada quietud de la siesta, herida por el zumbir de algún mangangá, llenaba toda la casa. En la pieza, con las puertas entornadas, penetraba el calor del campo como aliento de horno. Ezkerra había dejado de cantar y de hacer ruido. El cigarro negro, apagado, se le pegaba a los labios entreabiertos. Al fin, cabeceó dos veces y apoyándose contra la mesa, los brazos debajo de la cara, se quedó dormido.

*
* *

DESPUES de haber bebido en medio de la contagiosa alegría de los dueños de casa, y cuando ya no quedaba una sólo gota de cerveza, Doña Graciana nos ofreció la habitación principal para reposar y quitarnos el polvo del viaje. Era una pieza amplia toda enjalbegada de cal. De la blancura del techo y paredes se desprendía una claridad tan ofuscante que lastimaba los ojos. Cuando nuestra vista se fué habituando a distinguir los objetos en aquella atmósfera, y una vez que Doña Graciana hubo corrido la estera de la ventana para defendernos del sol, nos sentimos menos incómodos. Los pasos de la dueña de casa se alejaron por el corredor, bajo el alero que bordeaba

el patio. Afuera volvió a reinar el silencio, perturbado a ratos por los rumores característicos del campo, mugidos de vacas, el chirriar de la bomba del agua o el grito de alguna bandada de teros que pasaba volando sobre las casas. Adentro había dos camas recién tendidas, blancas, limpias y frescas. Un armario de pino con olor de manzanas. De un ángulo a otro de la habitación, formando cruz en el centro del techo, corrían gruesos encajes fabricados con papeles de distinto color. Era aquello como calabrote calado de innumerables alvéolos, parecidos a las celdas de un panal, y donde las moscas habían buscado refugio. De la intersección justa de ambos cables de papel, en el mismo eje de la pieza, colgaban huevos de avestruz, adornados de calcomanías que representaban las escenas más edificantes de la vida de San Ignacio de Loyola. En las paredes no había lugar para los simples mortales. Nada más que retratos de reinas y emperadores. Doña Graciana quería advertir de este modo al visitante sobre su escasa vocación por lo plebeyo. Considerando su alcurnia, no podía hacer otra cosa, pues afirmaba descender de un gentilhombre de la corte de Carlos IV. Una litografía, recortada probablemente de algún libro de historia, cuyo dibujo representaba a este monarca en el episodio de la ab-

dicación de Bayona. Al lado, una vieja imagen en colores de la reina Victoria de Inglaterra, junto a su real consorte el príncipe Alberto. En la pared de enfrente la reproducción en pequeño del cuadro de Winterhalter que representa a Eugenia de Montijo en la juvenil plenitud de su belleza. Colgando junto a ella, el retrato del esposo, Napoleón III, iluminado en cromo, con una pera y unos bigotazos como para asustar a los niños malos. Las moscas, que ignoran por fortuna las grandezas de esta tierra, se habían ensañado en particular con la imagen del desdichado emperador de los franceses, acribillándole la frente y las mejillas con los puntitos negros de sus irrespetuosidades. Así es que todo el imperial semblante parecía atacado de viruelas.

Más lejos, pero en lugar de preferencia, pues se hallaba frente a la puerta de entrada, una silueta de carnaval: el retrato al óleo del gentilhomme de la corte de Carlos IV. Según nos enteramos después, un artista trashumante que había llegado al tambo de Ezkerra realizó ese prodigio de mal gusto. Como no existían dibujos ni miniaturas, ni documentos, ni nada parecido, el pintor se guió por los informes verbales que Doña Graciana le diera de su remoto antepasado. Con material tan frágil, el artista reconstruyó a su modo

el tipo inasible de Don Juan Olarte de Alzaguirre. Trabajando a pura imaginación, vistió al gentilhomme con las ropas que se gastaban algunas centurias antes de que hubiera nacido su modelo. Calzas y gregüescos, estilo siglo XVII; golilla escarolada como en los personajes del Greco; puño de encaje; sombrero alón, recamado de pedrerías, con grandes plumas, como los que acostumbraba a pintar Velásquez; hopalanda de bandolero goyesco, con tizona estrafalaria, y una humilde chupa de dómine que contrastaba con el lujo del resto de la indumentaria. Aquella siniestra mezcla de épocas y de estilos había convertido al noble y lejano vizcaíno, en un personaje de comparsa. Pero lo más interesante era el rostro del gentilhomme. No atinando el retratista qué poner ahí donde debía de hallarse la cara, salió de su perplejidad, sin duda alguna, colocándole la popular fisonomía de Leoncio Lasso de la Vega. Muy probable que el desconocido autor del cuadro, en sus peregrinaciones de bohemio, hubiera tratado al inolvidable escritor. Y al pintar a un hidalgo, sin ningún punto de apoyo serio para reconstruir su semblante, pensó fatalmente en Lasso de la Vega. Alma piadosa en cuerpo de sacrílego, hizo revivir con la imagen familiar la fe de los profetas descreídos.

* * *

VIRGILIO SAMPOGNARO, que escribió páginas admirables sobre el autor de *El Morral de un Bohemio*, me habló una vez de ese pintoresco episodio, del cual, sin duda, tenía conocimiento por conducto de Lasgoity. Después de una larga amistad que no fué ensombrecido por contratiempo alguno, y que databa de la época en que Sampognaro fuera secretario del Presidente del Uruguay, don José Batlle y Ordóñez, lo hallé por última vez en Berlín con el espíritu bastante deprimido por el reciente fallecimiento de su esposa. Sampognaro ejercía entonces el cargo de Ministro Plenipotenciario, y alternaba sus funciones diplomáticas con tareas de investigaciones culturales, prodigándose en cursos y conferencias que despertaron la curiosidad de los estudiosos. Todo ello atrajo hacia él una atmósfera de interés y de simpatía que, por contragolpe beneficiaba también a quienes tenían la dicha de tratarlo. En asuntos literarios, con sutil sonrisa, Sampognaro, exponía juicios absolutos y tajantes, pero en medio de esa fina travesura, atiborrada de irónica misericordia, que hacía de él un humorista sin retórica, al estilo de Chesterton. Su charla chispeante revelaba, por encima de todo, la pericia del buen catador, a quien resulta muy difícil hacerle comulgar con la trivialidad o la medianía. Allá, en el *Hotel Adlon*, sobre Unter

den Linden, la sugestiva personalidad de Sampognaro reflejaba matices imprevistos, y su ingenio inagotable era una fiesta permanente en las diversas peñas que frecuentaba. En esas tertulias hacían rueda profesores de la universidad románica, artistas, miembros del cuerpo diplomático, corresponsales de diarios españoles y americanos... El ambiente era grato y familiar, porque aún los europeos que asistían a esas reuniones habían residido alguna vez en América.

Fué una tibia tarde de julio, en que habiendo salido de nuestro alojamiento del *Adlon*, caminamos sin prisa hasta más allá de la puerta de Brandeburgo. Después de evocar figuras lejanas y amigas, la conversación recayó sobre Lasso de la Vega. Entonces insistió Sampognaro para que le refiriera lo que había de cierto en la historia de aquel óleo que representaba a Don Juan Olarte de Alzaguirre. Cuando le describí el cuarto de Doña Graciana tal cual aparece en estas páginas, Sampognaro salió de su habitual seriedad. Detenía su marcha para reír, como si retozara.

—¿Sabe usted una cosa? —me dijo de pronto—. Que existe ahí un dato precioso para la iconografía de Lasso de la Vega. En la ampliación de mi trabajo lo tendré en cuenta. Porque ese gentilhombre

dé Alzaguirre nunca ha existido, excepto en la imaginación de Doña Graciana.

Y entonces me relató la historia de un sevillano de apellido Guerra, que había venido al Río de la Plata, y que trabajaba de pintor ambulante. Ese artista, bohemio incorregible, fué amigo de los Lasso, vieja familia de médicos andaluces. Particularmente se vinculó a Leoncio desde sus mocedades. Fué él quien le hizo las ilustraciones a la tesis sobre el *flemón difuso* que Lasso de la Vega, para doctorarse en la Facultad de Medicina de Sevilla, escribiera en esa época.

—¿Quién le dice a usted —agregó Sampognaro— que no fué ese mismo Guerra el que, acosado por Doña Graciana, y no sabiendo cómo avenirse con los rasgos de su modelo, saliera del paso pintando de memoria la cara de su viejo amigo?

Sampognaro volvió a sonreír, y haciendo con la mano un movimiento casi imperceptible, trazó en el aire la expresión de su desaliento.

—¿Quién sabe? —agregó—. Al fin de cuentas, esto no es más que una hipótesis...

Y se encerró en un taciturno ensimismamiento, inaccesible al choque de la controversia. Era una fría determinación en el sereno dominio de sí mismo. Serenidad que crecía en los momentos graves. Muy pocos conocían esta rara virtud que suscitaba

prodigiosa confianza y que el presidente Batlle tuvo ocasión de admirar en el que fuera su colaborador en días difíciles. Luego de abarcar la distancia, entre las interminables filas de autos que corrían en la alameda, concluyó con voz velada de emoción:

—No me he reído del cuadro en sí, sino que veo a Lasso con la fantasía. He mezclado un poco el sueño a la realidad. Pero me regocijo al pensar cómo se hubiera divertido Lasso, hombre de espíritu moderno, al verse, como tenorino de opereta, retratado con esa anticuada indumentaria.

Sampognaro tornó bruscamente a su mutismo. En el crepúsculo, una brisa agradable, que venía del parque del lago, empezó a soplar entre el follaje. En la frescura estival el aire traía olor de tierra mojada. Las frondas del Tiergarten se mecían blandamente, con ruido monótono, produciendo un arrullo que era como la vanguardia de la noche.

EL PINTOR había cobrado al matrimonio cuarenta pesos por su cuadro del gentilhomme vizcaíno Don Juan Olarte de Alzaguirre. Esta suma no le parecía excesiva a Doña Graciana. Al contrario. Era la prueba de que aquello debía ser una obra maestra. Ezkerra, en cambio, meneaba la cabeza con aire de duda.

—¡Bah!... ¡Bah!... La atorrante estar acá dos meses y todavía comer como un *zerría* (1).

Pero Doña Graciana le retrucaba de inmediato, echándole en cara su avaricia. ¡Qué se imaginaria él, tambero ignorante, lo que era la faena de un artista! Si en colores, nada más, se había gastado los cuarenta pesos. Y aunque Ezkerra, en el fondo de su corazón, estaba orgulloso de tan encumbrado abolengo, no cedía una pulgada de terreno a los argumentos de la consorte, chanceándose de su ilustre prosapia.

—¡Bah!... ¡Bah!... No venir con cuentos... Yo conocer paño. porque ser buen sastre— insistía tozudamente.

Por otra parte, la cosa más insignificante bastaba para provocar el desacuerdo. Disputaban por la menor bagatela. Reñían por cualquier tontería. En la mesa, si el juego de cristales que el viejo Hernandorena había mandado de Hendaya, no re-

(1) Cerdo, en vascuence.

lucía como era debido. Por ejemplo, si se dejaba de ver algún día el mantel a cuadros rojos y azules que el tío Larpurtarra les había regalado cuando se casaron. El vaseo protestaba ruidosamente, preguntando si lo dejaban guardado para que se lo comieran las polillas. A veces, en los momentos de calma, cuando al parecer reinaba la mejor armonía, el marido renovaba sus chanzas, que revoloteaban como cargosos tábanos. Ahora bromeaba con la excesiva flacura de su mujer.

—¡Cuidarte si venir pampero! ¡Agarrarte a postes de alambrado!

Al sentirse picada, Doña Graciana, que no era lerda para la réplica, respondía vivamente:

—¿Y vos?... ¡Con ese cara que parecer una fraile!

De nuevo se hacía el silencio, un silencio molesto, lleno de sobresaltos y suspicacias. Era una especie de paz armada, recelosa y vigilante, pero tan frágil, que bastaba la más inocente alusión para romperla y renovar las hostilidades.

*
* *

A PESAR de todo, nada de eso tenía consecuencias lamentables. Eran tormentas de superficie, que

no alteraban para nada el fondo sólido y afectuoso de aquella colaboración matrimonial. Como lo veremos en el curso de este relato, las controversias entre Ezkerra y su mujer no tenían significado alguno. No era más que deporte inocente, un entretenimiento singular para vencer el tedio de la vida campera. Nubarrones pasajeros, y el sol volvía a lucir en todo su esplendor. Porque las pequeñas batallas hogareñas se hacían sin acritudes ni gestos malhumorados. Todo aquel aparato de dicharachos y de réplicas consistía en un alegre escamoteo al aburrimiento. No obstante su diferencia de edad, Ezkerra y Doña Graciana se amaban sin demostraciones espectaculares, a su manera. La mujer había aguantado sonriendo todas las infidelidades del marido, con una mansedumbre en que se mezclaba algo de ternura maternal, como si las calaveradas de Ezkerra no fuesen otra cosa que las travesuras de un muchacho atolondrado. Ni Manèx, el hijo de la Jacinta, escapaba a este afecto un poco despótico, pero inquebrantable. Aquel chico inquieto, escurridizo, en quien se habían fundido dos razas hoscas y duras, le compensaba las amarguras de su esterilidad. Pero quería enderezarlo, vigilándolo estrechamente, apartándolo en lo posible de Patricio que, aunque nacido de matrimonio con bendición de cura, era un indiecito ladino

y lleno de mañas. Si Manex se mostraba dócil, Doña Graciana, encantada, hablaba de adoptarlo, y hacía proyectos para el porvenir. A veces el espíritu de aquel mestizo de ojos verdes como los de un gato, sediento de libertad, no estaba para consejos ni reconvenciones. Doña Graciana insistía, sin embargo, amenazante. El chico se empacaba, contestándole en su dejo de pereza aborígen, arrasando las sílabas.

—Total... ¿pa qué?... Usted no es mi mama...

Entonces Doña Graciana se exasperaba como si le hubieran arrojado un tizón encendido a la cabeza. Volvía a empuñar el rebenque de gruesa lonja que otrora le sirviera para castigar a Jacinta, la madre del muchacho. Y todo el vocabulario gaucho fluía, transfigurado, a sus labios trémulos:

—¡Malhaya, yo te voy a dar!... ¡Lobizón, guacho de Mandinga!

También le llamaba *alferra*, *asto-buru*, *ipurdi-zikin* y otras lindezas intraductibles, mientras corría detrás de Manex con el rebenque en alto. Sólo en los momentos de extrema cólera, Doña Graciana le recordaba el origen bastardo de su nacimiento, gritándole también *erritume* o *sasikume*, que son los equivalentes vascuences de guacho. Cuando el chico no lograba huir a tiempo, lo cogía de las orejas, repentinamente enternecida, y todo el castigo,

después de tanto alboroto, era arrodillarlo delante de la imagen del glorioso antepasado, con el objeto de que Manex viese lo que era un hombre bien nacido, una *categoría* que se había codeado con reyes y princesas. El mestizo permanecía largo tiempo inmóvil, en actitud sumisa de oración. Hacía esfuerzos sobrehumanos, sin embargo, para aguantar la risa. Sus ojos se movían con indecible zorrería cada vez que Doña Graciana se apartaba por cualquier motivo. El insólito personaje del cuadro, embutido en tan extravagantes vestiduras, le recordaban sin duda a los mamarrachos que tanto lo divertían en carnaval, cuando Ezkerra lo llevaba al pueblo. Una vez cumplida la penitencia, Doña Graciana dejaba libre al muchacho, pero con la promesa de ser juicioso y de no alejarse demasiado de las casas. Manex no salía de su fingida humildad. Contestaba a todo afirmativamente, con inclinaciones de cabeza. No quería hablar, por miedo de reír y de desatar una nueva tempestad. Se movía con disimulo hacia el lado del palenque, como si buscara algo en el suelo, sin cambiar su gesto de estudiada aflicción. Cuando había calculado bien las distancias, se disipaba súbitamente su postura de hipócrita arrepentimiento. Entonces volvía a dominar en él su sangre charrúa, y lanzando un alarido de triunfo, saltaba en pelo sobre el doradillo de la

patrona. Ya en campo abierto, enardecido por el galope, se golpeaba la boca a la usanza india, como movido por un mandato ancestral. Y se desfogaba gritando, ahora que nadie podía oírlo. Era el fantasma que llegaba hasta él desde el fondo de los siglos, el salvaje espoleado por la embriaguez de sentirse libre.

*
* * *

No TANTO las desazones como las sorpresas derivadas de su antigua conducta, habían hecho de Ezkerra un sujeto esquivo y desconfiado. Su fama de cortejador y mujeriego se había extendido en demasía, hasta el punto de que habiéndose sosegado hacía ya tiempo, su leyenda magnificada corría por los campos, inventándole cada día una nueva travesura. El vasco empezó a reír a solas de sí mismo. No se forjaba muchas ilusiones sobre el futuro. Se sentía un poco pesado; su vientre adiposo ya le incomodaba hasta para montar. Buen domador, a pesar de todo, su agilidad se resentía a cada nueva prueba. No sin melancolía, en los crepúsculos solitarios del campo, cuando arreaba sus lecheras entre los gritos de Manex y los silbidos de Patricio, añoraba aquellas horas radiosas del

Jai-Alai. Se conmovía pensando en lo que fuera el campo de sus victorias, cuando desde el borde de la cancha, corría con la velocidad del rayo, entre el aplauso atronador de los espectadores, para recoger la pelota a escasos centímetros del muro frontal, en un rebote corto con que le había querido sorprender la estratagema de su adversario. ¡Qué días de inolvidable gloria! Ya en el corral, después que los muchachos se habían marchado, Ezkerra quedaba solo con sus vacas, no sabía cuántas horas, rumiando los recuerdos. A veces, olvidado de todo, se estremecía al escuchar, entre mugidos, voces que lo llamaban desde las casas. Entonces se percataba de que era tarde y regresaba simulando distracción o indiferencia, pero con los ojos húmedos. Ahora vivía un poco de su leyenda, entre las mentiras y cuentos de los vecinos. No pasaba semana sin que llenasen los oídos de Doña Graciana con chismes de diversa naturaleza. Hasta Ña Camila, una vieja tuerta y desgredada con aficiones de curandera, que se había aquerenciado desde la época de los Barragán, le había llevado sus quejas de Ezkerra. Según Ña Camila, mientras trabajaba en la limpieza del galpón que servía para ordeñar, Ezkerra la habría perseguido brutalmente con sus abrazos y requiebros. Ciertamente que Doña Graciana era demasiado astuta para creer en semejante embuste. Pero

se lo transmitió a su marido en su tono zumbón, mezcla de chanza y de reproche. Esta vez Ezkerra se enfureció de veras. Hizo llamar a la vieja para reprobarle su atrevimiento, injuriándola delante del personal.

—¿Yo tocarte a vos?... ¡Recontra!... ¡Ni pagando tocarte a vos! ¡Tocarte!... ¡Ni con el clavo de un picana!

La vieja acabó negando su propia invención. No era eso lo que ella contara. Doña Graciana había entendido mal. La desmedrada galantería del vasco, que no se hubiera atrevido a tocarla ni aun desde lejos, ni con la punta de una picana, encendió el buen humor de todos. Y aquel episodio se disolvió, como tantos otros, entre bromas y risotadas.

*
* *

POR AQUELLOS días, acosado por las murmuraciones de sus linderos, Ezkerra proyectó una escapada a la capital. En su obstinación eúskara, el viaje era como una idea fija que se clavó en su mente con mayor energía aún, cuando llegó hasta él, en forma de rumor, la nueva invención de que tenía una concubina en Montevideo. Esta vez no fué Doña Graciana la que se había hecho cargo de la

maledicencia. La china Jacinta, saliéndole al paso de su caballo en los rancharíos de la orilla, le había increpado su conducta. Todo se sabía, todo se comentaba, con pelos y señales. La mujer había llegado de Azpeitía hacía un cuarto de siglo y vivía en la calle Gaboto, al norte, donde la conocían por el nombre de Juana la petiza. Era pequeña y redonda como un trompo. Reunía en su casa muchachos de vida alegre y daba fiestas para divertir a los señorones del Cordón, que la ayudaban a vivir. Se decía que, en época remota, siendo joven y bonita, había encendido la pasión de un jefe de Estado. Cuando el mandatario se aposentaba en compañía de algunos de sus serviles, la tropa rodeaba la manzana, y los soldados molían a palos al infeliz que, sin saberlo, se aproximara demasiado a la casa donde se refocilaba la lascivia presidencial. Cuando pasaron los años y Juana fué perdiendo sus encantos juveniles, las reuniones continuaron, sin embargo, en la casita de la calle Gaboto, donde nuevos personajes derrochaban el dinero, malgastando sus noches. Los vecinos oían hasta la madrugada, entre ruidos de copas, la algazara de las risas y las notas del piano. Atormentado por algún músico de ocasión, el instrumento estallaba en compases de polkas, valeses y mazurcas. Al final, y casi rayando el día, intervenían guitarre-

ros y todo se resolvía en milongas llorosas, compadronas, de corte con quebrada. El piso de madera se estremecía bajo los pies de los bailarines, quienes ponían toda su alma en marcar el ritmo de aquel antepasado del tango. Morían las risas. Cesaba la jarana. Los rostros se contraían en un rictus de melancólica seriedad. Cada hombre era un iluminado. Cada mujer, una sacerdotisa. Se transformaba en templo el escenario frívolo de la parranda. Porque la milonga vivía su ciclo heroico, y había la sensación confusa de que se descifraba, entre la niebla de aquellas notas lánguidas, el misterio de un abolengo inmortal.

* * *

EZKERRA acogió esta vez con imperturbable calma las consejas que recrudecían alrededor de sus aventuras reales o fingidas. No podríamos decir si esto halagaba su vanidad de antiguo Don Juan de rancherío. Las fábulas lo habían hecho crecer en jerarquía. Ya no estaban en juego chinas desarrapadas, sino una gran dama, de tanta importancia como si fuera reina, puesto que había mandado en la voluntad de un presidente. El no había visto en su vida a Juana la petiza. Pero, ¿por qué no podría ser cierto lo que se decía? De ahí que decidiese, en pocas horas, su viaje a Montevideo. De

este modo logró dar asidero a la patraña. Cuando todo estuvo dispuesto, las bromas de Doña Graciana empezaron a zumbar como moscardones en los oídos de Ezkerra. Había que felicitarlo. Ya tenía su *emaztorde*, y no era una cualquiera. Por fin había pensado seriamente en subir, en ser alguien como el antepasado del retrato. Si seguía así, escalando las alturas, acabaría por mirarla a ella, a su Graciana, por encima del hombro. Ahora podría asistir, sin preocuparse, a las orgías que, según ella, se celebraban a diario en la corrompida capital. Todos encontrarían bien cualquier *zaratakeri*, cualquier *piper-egin*, porque con sus nuevas amistades, aunque tambero, se hallaba en la categoría del gentilhombre del retrato. Doña Graciana seguía al marido como su sombra. Sin abandonar su risita fisgona, lo adulaba como si acabase de conquistar un marquesado. Los vascos, por más toscos que sean, poseen un fino sentido de ironía. Por tanto, Ezkerra sospechaba lo que había detrás de las socarronas alabanzas de su mujer. Eso, más que nada, lo afirmó en su primitiva decisión. Sin contestar, se retiraba a grandes trancos, alargando a cada zancada la distancia que lo separaba de Doña Graciana. Por fin, alcanzó su "oficina", cerrando la puerta con presteza y corriendo los cerrojos.

* * *

CUANDO se vió libre de las burlonas melosidades de su mujer, Ezkerra se puso a reflexionar. Aquel día se había olvidado hasta de la pitanza, trabajando de alambrador desde las primeras luces del alba. Quería poner un cerco a la parte libre del tajamar, aislando la lengua de tierra, para evitar que escapasen hasta el arroyo unos carpinchos mansos que Doña Graciana había criado desde pequeños con mamadera. A través del monte de mimbres, había clavado con la peonada los postes de eucalipto, atando y estirando los cables de acero hasta hacerlos cimbrar como látigos. Luego se había tendido en el suelo escasos minutos, a la sombra de algunos álamos dispuestos en cuadrilátero, que mostraban sus troncos descortezados por el frecuente rascarse del ganado. Y de nuevo a la ruda faena, hasta el anochecer. El cansancio lo dominaba en su pieza escritorio, entre los papeles, ahora que sentía los pasos de su mujer alejarse por el corredor. Las ideas rodaban pesadamente en su cabeza. Se había empeinado en marcharse, y lo haría sin remedio. Entre tanto, tamborilaba con los dedos en la mesa donde pagaba a su personal. No pensaba en jolgorios ni francachelas. Montevideo no lo atraía, en verdad, por los motivos que describía Doña Graciana. Pero su plan estaba trazado, y nadie tendría fuerzas para cambiarlo. En esta feroz

obstinación se parecía a su tío, el viejo Larputarra. Se contaba de él que, muchos años atrás, cuando el mundo era chico para la fama de Adelina Patti, afirmaba, sin haberla oído jamás, que aquella alondra celestial no cantaba cual *larratxori*, como se decía, sino como cualquiera fregona de bodegón, achispada por el exceso de sagardúa. Se le había puesto entre ceja y ceja la idea de que en su tierra se encontraban millares de maritornes con voces superiores o iguales a la de la Patti. Cediendo a los reiterados ruegos de su parentela, el opulento vascongado consintió en asistir a una representación de *Barbero de Sevilla*, en que la Patti cantaba en el papel de Rosina. Luciendo una gruesa cadena de oro, que le arrancaba desde el primer botón del chalecho hasta el bolsillo bajo, cerca de la cintura, donde guardaba el reloj, Larputarra tomó asiento entre sus dos hijas y algún otro familiar en su palco de Solís. Escuchó con gran compostura y comedimiento aquella voz divina que, según los entendidos de la época, no fuera jamás superada. Mientras duró el espectáculo, Larputarra no hizo signos de aprobación. Tampoco dió muestras de desagrado. Todas sus manifestaciones se redujeron a entornar los párpados con beatitud. Visto desde lejos, ese gesto podría ser de éxtasis, pero también de suplicio o de atroz aburrimiento. Cuando cayó

el telón, entre las ovaciones, y se apagaron los últimos acordes de la orquesta, el tío Larpurtarra fué requerido entre el susurro de frases admirativas que llenaban la sala. ¿Qué le había parecido la Patti? El viejo, al principio, no contestó. Avanzaba torpemente por el pasillo, balanceándose como un barco. Ya en la calle, al pálido resplandor de los mecheros de gas, entre el tumulto de caballeros de etiqueta y de elegantes mujeres envueltas en sus abrigos, empezó a silbar como si arrease novillos, para que su cochero reconociera el llamado. Entre tanto, con las piernas abiertas, golpeaba acompasadamente las losas de la acera con su bastón de médula de coronilla, engastado en oro. A través de los gritos, del restallar de los látigos, del rodar de los carruajes, del piafar de los troncos lujosamente enjaezados, que arrancaban chispas a las piedras desaparejas del pavimento, los familiares volvieron a la carga. ¿Qué le había parecido la Patti? El tío Larpurtarra miró, sonriendo, a su alrededor. Rozando el cordón de la acera, su coche se acercaba, tirado por dos alazanes con arreos de plata, de largas crines y de piel lustrosa, que trotaban como encabritados, entre vistosos escarceos, con el belfo lleno de espuma sanguinolenta. Cuando todos estuvieron dentro del coche, cómodamente arrellenados en las banquetas forradas de felpa azul,

los caballos arrancaron en gran estilo, según la costumbre de la época, en que el orgullo de los adinerados cifraba en el lucimiento de un par de magníficas bestias de tiro que despertara la admiración del público. El coche empezó a moverse. Primero fué una serie de retrocesos y tirones bruscos, mientras la fusta del cochero de Larpurtarra ahogaba a sus rivales con los chasquidos. Después el trote se hizo más regular, desvaneciéndose en un rodar uniforme y monótono. La tibia intimidad del interior se prestaba a las confidencias. Había, sin embargo, un gran silencio. Las luces de la calle entraban como espadas por la ventanilla, arrojando fugaz claridad y quebrándose en el rostro adormecido de los viajeros. De pronto se oyó la voz tímida de la hija menor.

—¿Qué te pareció la Patti, papá?

El viejo tosió para salir de su modorra. Luego empezó a pestañear, como si se recuperase súbitamente de una extraña fascinación.

—Bai, bai... —murmuró entre dientes—. ¡Pero, muchacha!... Si la yegua madrina de la estancia relincha mejor!

* * *

LA COMPAÑIA del ferrocarril, en su línea hacia los departamentos del este, había establecido entonces una estación intermedia en el Cordón. En un bajo, poco antes de llegar a la calle La Paz, se encontró de pronto Ezkerra con el reducido equipaje que había podido traer consigo. Frente a la estación, entre los desvíos ferroviarios, había un terreno baldío donde pastaban algunas vacas con sus terneros. Muy cerca, un túnel que atravesaba la calle Yaro, y más allá, en cuesta arriba hasta el dorso de la cuchilla, un verde pastizal salpicado de margaritas rojas como sangre. De ahí bajaba una cañada de aguas turbias, cortada por lagunas, en cuyas márgenes las lavanderas habían apilado montañas de ropa. Un tren de carga, que cruzaba en dirección al Manga, le ocultó por unos segundos el laberinto de calles cortadas, perdiéndose hacia el norte, entre manchas de casas blancas, que se agrupaban sin orden, aquí y allá, dispersas como ovejas de una majada. Ezkerra caminó en el sentido opuesto, dejando la cañada a la izquierda. Tuvo que trepar un pequeño barranco y llenarse las botas de fango, antes de alcanzar la primera línea ascendente de calles mal empedradas. Había llovido durante la noche, y entre los intersticios de las piedras que formaban el pavimento, las hierbas húmedas se extendían con idéntico vigor y la misma lozanía que

en un potrero. El vasco sonrió, sin quererlo, al pensar en tanto forraje desperdiciado. Rumiaba en su interior aquel fresco y jugoso alimento como si él mismo fuese su vaca pampa, tan dócil, con aquellos ojazos dulces que parecían los de una persona inteligente. Ezkerra vaciló de emoción recordando que esa madrugada el animal favorito lo había despertado con sus mugidos, y hasta le pareció, en sueños, que lo llamaba por su nombre.

*
* *

DESPUES de franquear una playa de maniobras, en la cual los rieles parecían jugar, entrecruzándose frente a dos viejos cobertizos donde se guardaban los vagones, se llegaba a un descampado, con restos de convoyes. Entre las ruedas, enmohecidas sobre los durmientes casi cubiertos por la gramilla, picoteaban los chingolos. Bajo los cobertizos, más vagones paralizados parecían dormitar. Una sensación de retiro y de sosiego dominaba el paisaje. Un palán-palán cubierto de flores amarillas crecía casi metido entre las vías. Al final del empinado callejón, a la altura de Cerro Largo, entre viejos árboles, se erguía un soberbio algarrobo, testigo solitario del pasado, palpitante aún en los

restos de aquellas quintas que el avance de la ciudad iba borrando con paso implacable. Aquel silencio que, en plena ciudad, le recordaba la paz del campo, hizo apresurar el tranco de Ezkerra. Y respiró con holgura cuando pudo escuchar el ruido de sus botas sobre las aceras de anchas losas que esta vez lo llevarían al Cordón de sus lejanas victorias. Lo sorprendió, llegando a la esquina, un toque de corneta seguido por estrépito de latas y galopar de pingos sobre el empedrado. Era el tranvía de caballos, llamado del Norte, que venía repleto a esa hora, negreando por dentro, y hasta con gente parada en los largos estribos, que eran como pasarelas ajustadas a los costados del vehículo. El mayoral golpeaba con el cabo del arreador el latón del pescante, a fin de azuzar a la yunta que tenía al alcance. Un látigo de larga trenza le servía para azotar los flancos del cadenero que galopaba en la punta. A intervalos, soplaban con verdadero frenesí la corneta que llevaba suspendida del cuello por una gruesa cinta. Ora lanzaba aullidos desaforados o estridentes silbidos que mantenían alerta a las bestias. Había que subir el repecho a media rienda, cuando, en el torbellino y el estruendo, sin que el coche retardara su marcha, se acercó el cuarteador. Montando un moro de gran alzada, enganchó el tiro con fina destreza, en un

solo movimiento de su brazo, y la soga cimbró con zumbido sordo y prolongado. El recién venido redobló los gritos, mientras alzaba el rebenque y hacía remolinos sobre su cabeza.

—¡Huuu!... ¡Huuu!...

Taloneando los flancos del moro, casi pegado al cadenero, atropelló antes que ninguno aquella especie de escalera empedrada que hacía cantar a las herraduras. A veces, el cuarteador traía a su cabalgadura como encuadrada entre dos fuertes tiros de cáñamo trenzado, sujetos a un balancín con garfio de hierro que enganchaba emparejando con la yunta de atrás. Entonces saltaba sobre el pescante con la agilidad de un gato montés. De pie, al lado del cochero, gritaba a la par de éste, espoleándolo con el codo entre las costillas. Agitaba las riendas con violencia y hacía crujir los arreos en la loca furia del galope. Nuestro cuarteador era un indio crudo, achaparrado y algo obeso, con media docena de pelos a guisa de bigote. Tenía aire de animal selvático. Con el sombrero agujereado, que apenas tapaba sus crines de bagual, y el pucho detrás de la oreja, parecía realizar su tarea sin preocuparse de nadie, con la dignidad de un sacerdocio. El tranvía pasó como exhalación, rozando el borde de la acera donde se hallaba Ezkerra. Los pasajeros eran filas de cabezas

que parecían empujarse unas a otras, escurriéndose como fantasmas ante la vista, galopando también hacia el repecho. Y todos gritaban para enardecer a las caballerías cual si estuvieran borrachos. El vasco quedó un momento atónito, mirando con azoramiento cómo aquel bólido se perdía entre el griterío, desapareciendo en el fondo de la calle.

* * *

LA ESQUINA VOLVIÓ a quedar en silencio, y Ezkerra caminó algunos metros para orientarse. De pronto empezó a palidecer, y sintió algo así como si una llovizna helada le viborease por la espalda. Había leído el nombre de la calle, y pensó de inmediato en Juana la petiza. Sí; no cabía duda. Se hallaba en Gaboto. Ella debía de vivir por ahí cerca. ¿Por qué el destino lo había empujado hacia esa encrucijada del Cordón? ¿Es que también él quería divertirse a su costa? El tambero salió repentinamente de su mansedumbre, y crispó los puños. Si algún enemigo invisible hubiera seguido sus pasos... Su presencia en ese sitio, ciertamente, habría dado asidero a los chismes. Por otra parte, ¿qué le importaba? ¿No era todo mentira? Sin embargo, miró desconfiado a su alrededor. La calle a esa hora permanecía desierta. Esto lo tranquilizó. Sospechaba que, llegando a las vías centrales, todo

su temor se disiparía. Así fué, en efecto. Después de un rodeo con el objeto de salvar la zona que para él era un avispero, alcanzó Magallanes. Una vez ahí, ya más dueño de sí mismo, avistó a la distancia la calle 18 de Julio como acostada indolentemente sobre la cuchilla.

*
* *

EZKERRA rió para sus adentros cuando pensó que ya se encontraba en la capital, y que su mujer lo imaginaría en perpetua juerga, en oprobiosos *zaratakeri*, como ella decía. El vaseo comparaba su verdadera situación, y comprobó interiormente cuán distinta era la realidad. Todas sus orgías consistían en dormir la siesta en la fonda *La Amistad*, presenciar alguna justa de pelota entre aficionados, en el *Jai-Alai*, o cruzar la plaza Artola para disputar con sus paisanos, en *Au bon Jules*, alguna partida de mus o escoba, y beber un vaso de vino. El *Bon Jules* era un negocio híbrido de café y cervecería, con una entrada amplia frente a la plaza. El interior estaba salpicado de alegres glorietas con rejillas de madera, donde trepaban enredaderas con las hojas cubiertas de polvo. Sobre el piso se extendía una mezcla de arenilla, tierra y balasto rojo, que se

pegaba al calzado. Al fondo, un juego de quillas, y a la derecha amplia cancha de bochas que constituía el regocijo de numerosos genoveses que allí se daban cita. A la izquierda, también sobre la plaza, un estrecho acceso reservado a los mostradores, junto al pequeño local cubierto, de ambiente más íntimo y tranquilo, que algunos parroquianos elegían para escapar al bullicio de afuera. La clientela no podía ser más heterogénea: criollos, españoles, italianos, predominando entre todos vascos y bearneses, en su mayoría tamberos de Carrasco, Olmos o Mosquitos. Los sábados, sobre todo, eran días de tenida, y la concurrencia desbordaba de satisfacción y de optimismo.

*
* *

EZKERRA se levantó tarde de la siesta, y lo sorprendió gran alboroto frente al cuartel del 4 de cazadores. La banda ejecutaba a esa hora su acostumbrado repertorio, y numeroso público se juntaba en el costado norte de la plaza. A través de la música se abría paso característico rumor de jarana, en medio de gritos destemplados y de risotadas. Eran algunos bearneses que distraían su aburrimiento, ejercitándose en zaherir en su lengua vernácula

a las chinas cuarteleras. Como éstas no podían entender, aunque comprendían la intención burlona, contestaban con obscenidades y gritos airados entre la ruidosa algazara de los espectadores criollos. Esa tarde Ezkerra había visto cómo un conocido suyo diera aviso a la autoridad policial de la sección, que jugaba plácidamente su partida de naipes en el *Bon Jules*. La prudencia exigía que las cosas no se complicasen. Con gesto que quería ser agrio, el comisario recomendaba compostura con voz en la que carraspeaba una fingida cólera. Pero en su semblante se adivinaba que no podía contener la risa. Después que todo quedaba en calma, volvía a sentarse con sus amigos, sonriendo bonachonamente, y reanudaba su interrumpida partida como si nada hubiese sucedido. Ya dentro del local, Ezkerra empezó a reconocer a sus viejas amistades. Bajo cada glorieta, en la mesa circular, se agrupaban hasta ocho personas. Todos se turnaban en el juego. Mientras unos hacían de zánganos, los otros empuñaban el mazo. Se jugaba por lo que se consumía, todo en medio de bromas, trincar de vasos y explosiones de buen humor. El tufo de las bebidas, y el humo del tabaco que se depositaba como un velo con forma de hongo en el techo de la glorieta, eran complemento del cuadro. Así acaecían aquellas pecaminosas parrandas que habían

sido la obsesión de Doña Graciana. Así eran los inocentes esparcimientos de aquellas gentes rústicas y honradas. Nada más simple ni primitivo que su espontánea y sana alegría. Verdaderos civilizadores, vascos y bearneses, que habían ganado el campo, conquistando el desierto hombro a hombro con los gauchos, se reunían alguna vez para relatarse sus experiencias o hacer jarana de sus propios errores.

*
* *

MUCHOS se habían asimilado las costumbres nativas, y se sentían ellos mismos gauchos, ya fuere en sus aptitudes para la faena campera o simplemente adoptando los modismos criollos, a los cuales mezclaban su propia lengua. Cuando Ezkerra entró en la glorieta, tenía todavía los ojos cargados de sueño. La pesadez de la siesta le había vuelto la boca pastosa y los movimientos torpes. Ni el aire primaveral de la plaza, ni la pintoresca lidia con las chinas cuarteleras habían logrado despabilarlo completamente. Ezkerra se reanimó al comprobar que en torno a la mesa los parroquianos vibraban en una contagiosa algarabía. Cada uno de aquellos hombres rudos era designado por

motes o apodos, que evocaban algún episodio de su vida. Esto daba ocasión casi siempre a alguna interesante anécdota. Entre los bearneses, por ejemplo, Gelourouns caminaba como derrengado, con una cabezota que parecía la continuación de su pescuezo cuadrado. Pero debía su nombre a la milagrosa cargosidad de sus chistes, que eran siempre los mismos, y con los cuales mortificaba a sus paisanos. A otro se le llamaba Incapasques; a otro, Adichat; a otro, Massacre. Pero Vigourdan sobresalía entre todos. En su tierra fué educado en los mejores liceos, y acá había sido maestro de primeras letras. También enseñaba latín a los estudiantes y criaba gallos de riña. Entre sus paisanos gozaba fama de ilustrado. Vigourdan tenía una frente enorme, con dos ojos saltones que parecían querérsele salir de las órbitas. Barba y cabello ralos, y pescuezo descarnado, con una nuez de Adán puntiaguda, como para agujerearle la piel de la garganta, y que nunca se estaba quieta, subiendo y bajando continuamente, como la gota de aire de un nivel. ¡Qué hombre extraordinario aquel Vigourdan! El cuello de su camisa parecía un trapo arrugado, y la corbata negra formaba con él una sola masa que parecía desbordar sobre la solapa grasienta, cubierta de caspa y de pelos. Vigourdan era el más jocoso y decidor de toda la compañía.

Animaba las reuniones con salidas chispeantes y cuentos oportunos. Nunca parecía fatigado. Reía poco. Con sus ocurrencias, sin embargo, hacía reír a los demás hasta descalabrarlos.

*
* *

EN CUANTO a motes, los vascos no marchaban en zaga. Nadie era llamado por su nombre de pila. El más viejo de la reunión era un sujeto flaco, con grandes orejas, y la boca hundida por la falta de dientes. La cabeza, floja, bailoteaba arriba de su cuello flaco, como encima de un alambre. Con las floñerías propias de su edad avanzada, reía siempre, con risita opaca, sin motivo alguno. No aguantaba las partidas muy largas, y muchas veces sus ojillos lacrimosos se cerraban, quedándose dormido con las barajas en la mano. A ninguno se le ocurría enfadarse por tal contratiempo. Un nuevo jugador venía a ocupar el puesto del durmiente, y el mus proseguía como si nada hubiera acaecido. A pesar de estos percances inevitables, el risueño anciano era siempre acogido con muestras de alegría. Los vascos se descubrían delante de él, y lo saludaban con un movimiento ceremonioso de la boina, llamándole Don Ergela (1). El

(1) Tonto, en vascuence. Léase: erguela.

viejo reía por toda respuesta, cual si sospechase que a los otros les vendría maravillosamente el mismo nombre cuando alcanzaran a sus años. Otro de la compañía había sido seminarista y chantre en sus mocedades; sus compañeros lo conocían bajo el alias de Urretxindorra (2), por su magnífica voz de tenor. Ahora tenía oficio más prosaico. Era repartidor de leche. A caballo o en jardinera, él mismo a la par de sus empleados, trabajaba en su cometido. Disputaba siempre con Vigourdan a propósito de Don Ergela. Era de facciones apolíneas y extraordinaria agilidad mental. Cuando a Urretxindorra le acometía algún pensamiento, no podía guardarlo mucho tiempo adentro. Las ideas le fermentaban en su interior, y tenía necesidad de sacarlas afuera para que se oreasen. Le molestaba no encontrar pretexto para desembuchar sus entripados. Vigourdan sonreía viéndolo venir desde lejos, y pisar el terreno de una finca cuyos secretos conocía de antaño.

—*Risus in ore stultorum abundat* — exclamaba Vigourdan, mirando de soslayo al viejo.

Urretxindorra se encogía de hombros. ¡Venirle a él con latinazgos! Ningún refrán ni proverbio alguno habían inventado los romanos sin antes haberlo aprendido de los vascos. Y se encrespaba al

(2) Ruiseñor. Pronúciase: urrechindorra.

recordar que en la escuela, allá en su tierra, los discípulos de San Ignacio querían meterle en la cabeza los textos griegos y latinos, cuando no tenían más que mirar en torno a la propia viña para recoger jugosas enseñanzas.

—Pues vea usted —decía en tono de réplica— Vea, si quiere esto: *Gizon erribera, edo ergela edo alferra*. Es lo mismo que su latín, pero mejor!

Y luego Urretxindorra, a su modo, lo traducía al criollo: “Hombre que ríe porque sí, zonzo o atorronte”. Al final, Vigourdan, que siempre tenía en su carcaj una flecha para arrojarla contra los vascos, se entregaba riendo con armas y bagajes. Aunque no fuese más que por el resto de la tarde, todos se ponían de acuerdo en cuanto a la superioridad de los vascos sobre griegos y latinos, bebiendo a la salud de todos. Luego aceptaban sin esfuerzo que cuando los clásicos no existían, ya los vascos poseían algunos milenios de cultura, y hasta habían descubierto América.

*

* *

OTRO de los contertulios, de un prognatismo tan exagerado que le daba cierta semejanza con la familia de los Hapsburgos, era conocido por Kokotz. Su mandíbula en punta, que casi le llegaba has-

ta el pecho, le había ganado este pintoresco sobrenombre. Kokotz era un personaje taciturno. Su mirada torva, su aire socarrón y desconfiado, le daban el aire de estarse cuidando de algún enemigo desconocido. Parecía insinuar las peores cosas con pocas palabras, pero nunca se manifestaba abiertamente ni en favor ni en contra de nada. Lo interesante es que, bajo su fría apariencia de hipócrita, era hombre de buen corazón, un verdadero héroe. Excelente nadador, se había encontrado en una tragedia histórica: el incendio del vapor *América*, y allí salvó a numerosas personas con riesgo de su propia vida.

Fuera de duda que otro de los personajes interesantes de la tertulia era Gorotz-Auntza. No venía con frecuencia, pero su entrada se saludaba siempre con bromas y frases ingeniosas, en medio de una alegría cordial. Debía el mote de Gorotz-Auntza, mucho menos poético que el de Urretxindorra, a sus cabellos ensortijados y dispuestos sobre el cráneo en forma de *kuskulla*, como dicen los vascos, o sean motas apretadas como racimos. Sus rizos que otrora fueran como bolitas negras, y dieran origen al sobrenombre, ya habían comenzado a blanquear y parecían las vedijas de un cojinillo gastado por el uso. Gorotz-Auntza era un hombre que había vivido en distintos ambientes

y visto muchas cosas. Su charla estaba salpicada de anécdotas y de ocurrencias. Dueño de una charla que navegaba desde Montevideo hasta el alto Paraná y el Paraguay, leía todo lo que caía en sus manos para distraer, a bordo, las largas horas de ocio y matar el aburrimiento del viaje. Así es que el fruto de su experiencia se mezclaba con el recuerdo de sus lecturas, y nunca se sabía a ciencia cierta si lo que contaba era cosa vivida o lo había sacado de los libros. La realidad había mordido, sin embargo, en su carne, y esto no se prestaba a los equívocos. Como el hierro de marcar, calentado al rojo, la naturaleza salvaje le había impreso sus huellas al igual que hace el hombre con los bichos cerriles, cazados por su astucia. El ojo derecho era una masa amarillenta, como clara de huevo cocida, y le faltaba el índice de la mano izquierda. Cuando trabajaba en su oficio de alambrador, al estirar un rollo de acero, el cable demasiado tenso reventó, chicoteándole el ojo y dejándole una cicatriz que le surcaba la sien hasta la oreja. La mano estropeada, sin uno de sus dedos, tronchado de raíz, tenía su origen en perances de contornos mucho más dramáticos. Mientras monteaba, asociado al dueño de extensos yerbales en Misiones, Gorotz-Auntza fué picado por una yarará. No había tiempo que perder, si él quería.

sobrevivir. Era necesario evitar una muerte segura con su cortejo de atroces padecimientos. El vasco puso su dedo herido sobre un poste de quebracho, cortándolo y haciéndolo saltar en el aire con un golpe seco de su machete de montear. Después hundió la mano sangrante entre las brasas del fogón, y la mantuvo allí, sin pestañear, hasta que él y sus compañeros sintieron el olor de la carne chamuscada. A las pocas horas, ya con el muñón cauterizado, no hablaba más del incidente.

—Tuve que abrir una picada en la mano —decía, sonriendo, en su jerga criolla.

El mismo machete que le servía para abrirse paso en la selva virgen, le había dejado en la mano recuerdos imborrables. Ahora barajaba los naipes entre el pulgar y el mayor, y era de una ligereza extraordinaria para descartar y orejear el juego. Cuando algún extraño, vale decir, alguien que no era de raza éuskara, manifestaba asombro por su sangre fría en el episodio de la víbora, Gorotz-Auntza sacudía los hombros con gesto de fastidio.

—¡Ta!... ¡Ta!... ¡Ta!...

Eso no merecía ni valía una palabra siquiera. Y el vasco agitaba la mano lisiada como si tratara de ahuyentar al importuno. Luego señalaba al norte con ademán vago. Allá, entre la gente de

los obrajes, era muy común encontrarse con peones a quienes les faltaba algo de la mano y a veces del pie. No quedaba otro remedio para defenderse del veneno de los reptiles. ¿Acaso no era más digno de admiración lo acaecido a un fraile, en tiempos de la colonia, y que le había relatado su abuelo? En aquella época en que la cintura de la ciudad estaba apretada por el desierto, las diversiones no eran excesivas. A la oración, después que se cerraban los portones, los funcionarios del cabildo y del gobierno militar, no sabían qué hacer para desceñir la soledad que se enroscaba dentro del recinto amurallado. Las noches de invierno, especialmente, eran largas y penosas. En el refectorio del convento de los franciscanos se reunían, para jugar a las cartas, algunos de los principales personajes de la ciudad. Entre los miembros de la cofradía, el vizeaíno Fray Toribio de Ollarra era fiel reflejo de su nombre: un gallo de verdad, fullero y amigo de pendencias. Fray Toribio había nacido en Guetaria, pueblo de Sebastián el Cano, el marino que, por primera vez, diera la vuelta al mundo. Amigo de los gauchos, cuyas costumbres había adoptado, no era extraño verlo a caballo de madrugada, lejos de los muros, con lazo y boleadoras, mientras hacía llorar las nazarenas en los ijares, galopando entre los car-

dales de la Cuchilla Grande. El preboste del rey, hombre frío y cruel, sospechaba que el fraile no hacía juego limpio, y había jurado sorprenderlo con la prueba a la vista. Y una noche, en el convento, en lo mejor de la partida, cuando el preboste calculó que Fray Toribio empalmaba contra el tapete la carta tramposa, desenvainó el puñal y le clavó la mano contra la mesa. Se hizo un silencio de muerte. Ninguno de los circunstantes se atrevía siquiera a mover la lengua. El fraile miró a su agresor sin que se alterase uno solo de los músculos de su rostro. De la mano sujeta por el acero, la sangre salía a borbollones, como de un surtidor, empapando la afelpada carpeta verde y derramándose como vino generoso sobre la mesa. ¿Estaría allí, clavada también debajo de aquella mano, la carta ilícita? ¿Se descubriría la prueba del fraude? Fray Toribio se movió apenas, mientras una imperceptible gota de burla se deslía en la comisura de sus labios... Todo sucedió en pocos segundos. Con la velocidad del rayo, Fray Toribio arrancó el puñal con la mano que le quedaba libre. Después levantó aquella masa pesada de carne sangrante y de coágulos negros. Fué un minuto de trágica espectación. Debajo, nada. Ni sombra de la carta sospechosa. Esta vez el adversario se sintió desilusionado. Pero el arma del frai-

le, tinta en la propia sangre, había seguido su movimiento en el aire, y con tajo certero, alcanzado la cara de su enemigo...

Gorotz-Auntza reía estrepitosamente al llegar a la culminación de la anécdota, mientras sus paisanos le hacían coro.

Media oreja del preboste del rey fué rebanada por el golpe maestro, cayendo en las losas del rectorio. Dicen que esa misma noche, Fray Toribio salió del convento con la mano vendada, llevando consigo el trozo de oreja del preboste, que arrojó luego fuera de las murallas, para que lo devorasen los perros cimarrones. El preboste del rey quedó así marcado por el resto de sus días.

—A partir de ese momento —concluyó el narrador— los gauchos no lo conocieron sino por el nombre de *Reyño*.

*
* *

Gorotz-AUNTZA había nacido en Motrico, el mismo pueblo costero de Churruca. El vasco atribuía a esa circunstancia sus aficiones por la navegación. Cuando hablaba del héroe, su paisano, se llevaba instintivamente la mano a la boina y hacía ademán de quitársela. Su único ojo relampagueaba como el de un cíclope iracundo.

—¡Churruca!... ¡Ese era un hombre, sí, sí!...
¡Y me vienen a mí con picaduras de víboras!

El verdadero hombre era para él un macho que no se derriete cuando sube la temperatura. Y entonces describía por centésima vez la grandiosa figura del marino de Trafalgar, en la cubierta del *San Juan*, combatiendo él solo contra seis barcos de la armada de Nelson, junto al sollado henchido de pólvora. Y luego la suprema agonía, con el puente barrido por la metralla, con más de la mitad de los servidores de las piezas muertos o heridos... Después la bala de cañón que arranca una pierna de Churruca más arriba del muslo... Pero hay que resistir mientras se respira. Le traen un barril de harina donde mete los flecos sangrientos de su miembro roto, para contener la hemorragia. Al final no se dirige más que a una tripulación de sublimes agonizantes. Y sobre el filo del abordaje, no manda otra cosa que sombras. No se da cuenta de que él mismo ya es también una sombra que pasa derecho a la gloria. Y Gorotz-Auntza, en el colmo de su admiración, crispando los puños, repetía:

—¡Y venirme a mí con víboras!... ¡Esto es no tener vergüenza!

La heroica agonía de Churruca conmovía a más de uno de la rueda que, con disimulo, se secaba

los ojos con el dorso de la mano. Pero el narrador se mantenía ajeno a todo. No abandonaba su tema a dos tirones. Perdía la vista en la distancia, divisando como en paisaje de ensueño, el nido del héroe, el blanco caserío de Motrico, recostado como una bandada de gaviotas sobre las olas verdes del Cantábrico. Porque Gorotz-Auntza conocía todos los pormenores de la vida de su coteráneo. Decía que había bajado a Montevideo, por breves horas, en el año 1788. Quería encontrar algunas de las piedras que en aquella ocasión hubiera pisado Churruca, a fin de arrodillarse y adorarlas. Agregaba que eso le sería empresa fácil, porque la ciudad, en aquella época, fuera de sus edificios capitulares, estaba constituida por unas pocas casuchas de adobe, diseminadas en el reducido espacio existente entre la bahía y los portones. Cuando alguien sonreía con aire escéptico, el vaseo golpeaba la mesa con el puño, citando nombres y fechas. Si, señores. En 1788 habían recalado dos barcos. Eran el *Santa Casilda* y el *Santa Eulalia*, bajo el mando del capitán de navío Don Antonio Córdoba. A bordo del último venía Churruca, que entonces revistaba como teniente. Cierro que habían fondeado de paso en la bahía, a la sombra del Cerro, pues la expedición iba con rumbo al estrecho de Magallanes. Su objeto era explo-

rar Tierra del Fuego, reconocer puertos, corrientes y mareas, a fin de informar al rey sobre las ventajas de las comunicaciones con el Pacífico a través del estrecho, usándolo como paso para el comercio y la navegación entre España y Lima. La cuestión es que Churruca bajó a tierra en compañía del teniente de fragata Don Ciriaco de Ceballos, con quien tenía a su cargo la parte geográfica y astronómica entre los expedicionarios. El tiempo que gastó acá es lo que se ignora. ¿Fue una semana? ¿Fueron, acaso, horas? Y Gorotz-Auntza retornaba melancólicamente a su idea fija. ¡Quién pudiera ser dueño de alguna de las piedras que pisó Churruca, ya fuera en la iglesia, ya fuera en el cabildo! No se consolaba con la certidumbre de perder las impalpables huellas de su ídolo. Y la mente, loca, le daba vueltas, como en una noria, alrededor de este problema desesperado, buscándole alguna salida favorable. Convencido del fracaso, su imaginación se dispersaba en lejanías indecisas. Al fin, la charla de los compañeros tomaba otro giro insospechado, pero Gorotz-Auntza, lejos de su tema, permanecía hosco y silencioso. Diríase que, al hurtarle sus ilusiones, estrangulaban algo de su propia vida.

*

* *

No es nuestra intención agotar la lista de los vascos que concurrían a aquellas reuniones. Muchos tienen que quedar forzosamente ignorados. Algunos por su relativo interés; otros, porque la distancia en el tiempo ha ido esfumando su recuerdo; no pocos, por el extravío de apuntes que rodaron casi medio siglo entre papeles, sin acertar con su destino. Pero falta consignar algunos de aquellos civilizadores que animaban con su presencia, de tarde en tarde, las tertulias del *Bon Jules*. Había quien, en el tráfigo con los criollos, perdiera por completo su acento foráneo. Tximista, por ejemplo, era uno de ellos. Verdadero gauchó, no sólo en el lenguaje, sino en los modales (1).

Le llamaban así, porque de mozo había sido ligero como rayo para el facón. Ya entrado en años, guardaba en sus maneras los restos de una jerarquía que le había dado su hábito de mando. No gustaba mezclarse en las conversaciones de los demás, pero gozaba inefablemente junto a la mesa de juego, con la jarana siempre desbordante de sus paisanos. Era flaco y esbelto, con dos ojos pequeños, y una nariz grande y encorvada como pico de águila. Cuando tenía treinta años menos, los gauchos de la otra banda le llamaban *Lanza Seca chico*, por su fiel parecido con el coronel Sá.

(1) Tximista (relámpago). Léase: chimista.

Tximista había amasado regular fortuna en faenas rurales, y pasaba temporadas de descanso en Montevideo, donde su mujer, Doña Julia, tenía algunos parientes. La historia del gaucho eúskaro era de las más cautivantes. Desde muy joven, recién llegado a estas tierras, había sentido la fascinación del campo y de sus aventuras. Apenas comenzada la guerra de la triple alianza, sirvió en Paraguay como peón de un vasco de nombre Arrúe, que se había hecho cargo del aprovisionamiento de las tropas de su paisano Don Bartolo, como llamaba familiarmente al general Mitre, quien, según él, descendía por los abuelos de gente de su mismo pueblo. Tximista hablaba de Paunero, de Rivas, de Flores, como si él los hubiera parido. Sentía especial debilidad por los jefes orientales. No les escatimaba elogios, pero tampoco se mostraba parco en las críticas. Decía, por ejemplo, que la acción de Yatay fué una gran barbaridad en la que se comprometió a casi toda la gente sin lograr objetivo alguno. Cuando se refería a Coronado, esbozaba el ademán cómico de defenderse la garganta con ambas manos. Después de transcurrido tantos años, no se había borrado la impresión que dejara en su ánimo el valor legendario de los soldados del mariscal López. Entre muchas anécdotas, relataba con marcada predilección el

ataque a los barcos brasileiros en Paso-Pucú, cuando Genes hizo revivir el heroísmo del drama antiguo. Se trataba de apoderarse, sin otra arma que sables, de unidades acorazadas imperiales, primero en canoas, luego a nado. Aquella locura heroica tenía que ser fatalmente ahogada en sangre. Y Tximista describía a Genes, con el rostro aplastado, embadurnado de rojo, peleando siempre, el ojo colgándole de un hilo sanguinolento... Cuando alguien le hablaba de la superior organización de los aliados, Tximista meneaba varias veces la cabeza antes de responder.

—Se cuentan muchas mentiras —exclamaba.

Después repetía en vascuence la misma idea, para que sus paisanos lo entendiesen bien.

—*Bai... Bai... Asko gezurra...*

Agregaba riendo que los aliados entraban en densas bandadas, sin reparar en pérdidas, y que los imperiales habían traído numerosos negros esclavos, *zenbatasun beltza*, que morían como mosquitos...

Tximista regresó de Paraguay antes que terminase la guerra. Era entretenido oírlo hablar luego de sus correrías entre los pampas, cuando los indios llegaban hasta Azul. Se jactaba de haber pernoctado en los toldos de Coliqueo, y hasta de haberle enseñado el arte de ordeñar, cuando este

indio amigo había arrimado su tribu entre Junín y 25 de Mayo. Por su parte, el cacique lo había obsequiado con una punta de ganado cimarrón. El trato con los salvajes lo había vuelto esquivo y reservado. Su desconfianza nacía con la madrugada, cuando galopaba en la llanura, el rifle en la diestra, para otear los malones, y no se calmaba hasta el anochecer. Por el movimiento de los ñandúes o de las manadas de venados; por el galopar de las tropillas, había aprendido a adivinar la proximidad del malón. El olor de indio era algo nauseabundo que se mezclaba a la pestilencia de la grasa de ñandú con la que se embadurnaban el cuerpo, que asustaba de lejos a los caballos y que hacía tambalear a cualquier "cristiano". Y antes que la polvareda del torbellino apareciera a la distancia, y que se oyese el trueno de los bárbaros, golpeándose la boca en la soledad de la tierra devastada, ya Tximista había hecho sonar la campana, para convocar a los otros vascos armados, detrás de los altos corrales de piedra rodeados de zanjás, donde los asaltos se rompían infructuosamente, unos tras otros, hasta morir bajo una granizada de balas. Con la cooperación de algunos criollos y de gente de su raza, se había abierto paso hasta Bahía Blanca, donde acampaba Catriel, en procura de buenos pastizales para fun-

dar su industria. Los nombres éúskaros, que ahora salpican la vasta planicie con estancias y caseríos, descienden de aquellos esforzados paladines que fueron, en verdad, los primeros civilizadores de la Pampa.

Después Tximista fué uno de los baqueanos del general Roca en su campaña del desierto. Acaso fuera también el principal informante de Blanes, para ayudarlo a fijar en el lienzo los detalles de la memorable expedición. Era pintoresco, por otra parte, oírle recordar a los ciudadanos prominentes de aquella época. Muchos de ellos vivían aún en el tiempo en que Tximista evocaba su pasado. Cuando se refería a Domingo, a Nicolás, a Julio, ya sabíamos de antemano que se trataba de Sarmiento, de Avellaneda y de Roca. Lentamente, mientras avanzaba en su disertación, se iba sumergiendo en un mundo prodigioso, dentro del cual desaparecían todas las jerarquías. Era algo así como una república fraterna, completamente artificiosa, en que el afecto nivelador hacía tantos estragos como el odio y la indisciplina. Otra vez Tximista volcaba sus simpatías sobre los capitanes de la Banda Oriental. Recordaba la frase que ya corría por los fogones de todos los campamentos cuando él pisara por primera vez las costas del Plata. Acaeció después de Caseros. Era la respues-

ta de Fausto Aguilar a Urquiza, cuando éste ofreciera recompensar el heroísmo del temible lancero: "¡Fausto Aguilar da su sangre, pero no la vende!". (1).

¿No había sido aquélla la misma lanza de Coquimbo? En la fría madrugada, antes de cargar a la muerte, Fausto Aguilar grita a sus gauchos que se quiten los ponchos, "porque en el otro mundo no hace frío". Y Tximista volvía a exaltar la figura de Roca, por haber reconocido esa fibra indomable que el tiempo no había logrado cambiar. Luego mezclaba rudos adjetivos vascuences a sus ditirambos sobre el genio militar de su antiguo jefe.

—¡Sí, señores!... ¡Sí!... Cuando Julio decía: "quiero un criollo de verdad", era lo mismo que si dijese: "traíganme a un oriental" (2).

(1) Estanislao del Campo, en su poema *Fausto*, se refiere claramente a Fausto Aguilar en los versos siguientes:

¿Dotor, dice? Coronel
De la otra banda, amigazo!
Lo conozco a ese criollazo,
Porque he servido con él!

Esto habla, con sencilla elocuencia, del prestigio que gozaba entre los gauchos de esta banda el famoso centauro oriental.

(2) En el invierno de 1922, aquel exquisito hombre de mundo, escritor y diplomático que fuera el Emir Arslán, nos reunió en su mesa con otros amigos, entre los cuales se hallaba Julito Roca, como llamaban familiarmente al hijo del general. Jurisconsulto, po-

Y entonces empezaba el largo desfile de los Arias, los Estomba, los Arredondo, los Villegas, y otros audaces estrategos que acompañaron al General Roca en sus empresas. Tximista se agrandaba al margen de los recuerdos, evocando también la bárbara montonera de Sandes ante los oyentes absortos.

—Patria chica o patria grande, no importaba... Pero siempre era la patria lo que estaba en juego —decía pausadamente, marcando las sílabas.

Tximista insistía en que si un jefe de los nombrados olfateaba la certidumbre del combate, era que la cosa iba de veras... Y que *odola jausi*, correría la sangre... Rodaban las horas, era ya el tiempo de marcharse, y Tximista seguía perdiéndose en los detalles de los entreveros con los indios, a veces bajo la lluvia, el sol o la escarcha, pero siempre en medio de la sed, del hambre y las enfermedades.

—
Lítico de nota, quien ocupara más tarde la vicepresidencia de su patria, y que conservaba vivo el culto de su padre, era además un conversador lleno de fina seducción. Al recordarle el episodio, me dijo más o menos: "Todo eso es más que probable. Mi padre tenía especial inclinación por "sus muchachos", como él llamaba campechanamente a quienes lo acompañaran en momentos difíciles, cualquiera fuese su jerarquía. Esas familiaridades no le desagradaban, porque eran fruto de una tolerancia afectuosa en la que se mezclaba el recuerdo de los peligros vividos juntos".

*
* *

DOÑA JULIA venía únicamente los domingos, y se sentaba a una mesa apartada, con su marido. Era nerviosa, y no se estaba un momento quieta. Baja, algo gruesa, pero de rasgos finos, caminaba balanceándose como un pato. La cara parecía pequeña para sus grandes ojos de un azul sombrío. Las manos regordetas, de dedos menudos, acompañaban con gestos breves todas sus palabras. Se veía de lejos que Doña Julia había sido bonita en sus buenos tiempos. Siguió a Tximista en todas las andanzas de su vida campera. Tenía dos hijos varones que trabajaban en la estancia de San Luis, y una hija casada que vivía en Tandil. Había sido mujer de gran energía, limpia de conducta, que no toleraba faltas ni a su marido ni a sus hijos. En contraste, una excesiva libertad de lenguaje, fruto de su invariable buen humor, hacía huír discretamente de su lado a las señoras, y muchas veces a los hombres. Jamás se le oyó, sin embargo, una palabra grosera o vulgar. Es que Doña Julia prefería los temas escabrosos. Ella después los aderezaba, como los chorizos a la vasca, con toda clase de picantes. El marido festejaba aquellas ocurrencias con su risilla forzada, seca, como de compromiso. En contados momentos su perfil de ave de

presa parecía iluminarse con resplandores de ternura. Pero Doña Julia no hablaba para Tximista, que se sabía de memoria todas sus historietas, sino para aquellos sus paisanos anhelosos, aunque algo irónicos, que se apretaban contra las mesas, a fin de escucharla. Y empezaban a llover los chistes de grueso calibre, que caían como adoquines en un cristallero de loza fina. A veces, en medio de las carcajadas, los vascos hacían ademán de empujar el codo, guiñándose el ojo con malicia. Pero hasta en eso también se equivocaban. Doña Julia no estaba *mozkorra*, como ellos decían, bromeando, porque en su vida no había bebido otra cosa que agua. Embriagaba, eso sí, al auditorio, con su gracioso desenfado; lo sazónaba con su pimienta como se hace con los platos desabridos. Y cuando todos estaban bien adobados por la obra combinada del vino y de los cuentos picarescos, ella, siempre fresca y rozagante, después de pagar el gasto, se escurría sin ceremonias, prendiéndose a su marido, y caminaban juntos hacia el portalón de salida. Mientras se alejaba, el aire traía desde lejos el eco de su risa, cortada por hipo, sonando a la distancia como el asustado cacareo de la gallina debatiéndose bajo la garra de un carancho.

* * *

Los que seguían bebiendo, y estaban ahora con los ojos achispados, *begiyak ñirñir euki*, eran los divertidos contertulios, ajenos ya a la influencia enervante de la mujer de Tximista. Algunos se habían marchado, y nuevos personajes ocupaban su sitio. El sortilegio de Doña Julia estaba roto, y una desconocida austeridad parecía descender sobre las cabezas inmóviles. En medio de aquellos héroes del trabajo, había alguien, sin embargo, que nunca hiciera nada útil en su vida. Así, al menos, lo decían sus amigos. Era Biluzera. Sus paisanos le llamaban de ese modo, empleando una contracción de las palabras *Barrabila-luzera* que traducen ese estado romántico de holgazanería que los criollos designamos con un vocablo único. Por extraño contrasentido, era el más joven de todos. Su cráneo formaba una masa de cabellos tupidos y revueltos, que le daban aspecto de animal montaraz. Tenía frente estrecha y poderosas mandíbulas. Por otra parte, era fuerte y musculoso como toro de lidia. Sus cejas parecían dos arcos, rotos por un vértice, encima de los ojos. Constituían, en verdad, dos signos de sorpresa permanente, dos acentos circunflejos que prolongaban hacia arriba la forma de los párpados. El suceso más trivial contribuía a mover las velludas ojivas. En el diálogo, Biluzera daba la sensación de estar escuchando siempre cosas de provocar asombro. Aquellas figuras se enmar-

caban hasta formar punta por cualquier motivo, aunque no se hablase más que del calor, de la lluvia o del viento. Sus ojos grises, fríos, penetrantes, vigilaban desde el centro de los arcos. La nariz chata, con dos grandes agujeros negros, como hocico de perro, cuyas aletas palpitaban siempre como si olfateasen. Diríase que era un galgo rastreando la presa. Biluzera perdió la única oportunidad que tuvo de trabajar, cuando al fallecer su único hermano, quedó dueño de una fonda de la calle Daymán. La vendió casi de inmediato, porque no quería complicaciones con una clientela que, según él, era demasiado exigente.

—La vida es corta —repetía a menudo—. No vale la pena hacerse mala sangre.

Era su máxima favorita, y no habría en el mundo fuerza bastante que lo hiciera cambiar de parecer. Visitaba con frecuencia a sus coterráneos, tanto en la ciudad como en el campo. En la casa de Ezkerra pasaba horas enteras tumbado de espaldas, contra los arriates de floripones, bajo los árboles del patio, mirando el firmamento a través del follaje de los naranjos. Cuando se aburría de ver atropellarse las nubes, como baguales en el corral de cielo, recortado por el recuadro de las arboledas, cambiaba de fatiga, echándose en el sillón de paja de Doña Graciana hasta hacerlo crujir de do-

lor bajo su peso de elefante. Tenía dientes y apetito de yacaré. Era capaz de devorarse media ternera. Además, se sentía con fuerzas para beber litro y medio de vino navarro en cada comida, porque, según sus teorías, había que juntar sebo mientras se era joven, que ya vendría tiempo de moderarse a la vejez, y mucho más aún cuando él estuviera bajo tierra. Todo lo expresaba así, con ejemplos tomados a ras del suelo, en su lengua tosca y desprovista de imaginación. En las noches de calor encendía su fogata con ramas de matajojo, para espantar a los mosquitos, y luego se echaba al costado, sobre una estera vieja. Con las manos cruzadas detrás de la nuca, mordisqueando alguna brizna de gramilla, permanecía en esa postura hasta despuntar el alba. Al verlo así, con los ojos desmesuradamente abiertos, se le creería interrogando a los astros. Y las cejas en punta, inmobilizadas en aquel gesto familiar de deslumbramiento, parecían responder con su muda sorpresa a los asombrosos misterios del universo.

* * *

SE CUENTA que solamente una vez salió Biluzera de su inercia. Y fué para cumplir una suerte de mandato biológico: el instinto ancestral de los vascos de ponerse siempre al lado del débil. Hallán-

dose solo en las casas, durmiendo la siesta, lo despertaron gritos que procedían del galpón de los peones. Biluzera escuchó con sobresalto, restregándose los ojos, levantando, casi hasta tocar la raíz del pelo, el acento circunflejo de sus cejas. ¿Qué podría ser? Ezkerra y Doña Graciana habían salido temprano con rumbo al pueblo. No era probable que hubiesen vuelto. La mayor parte de la peonada se hallaba trabajando en el campo. Biluzera prestó oído de nuevo a aquel barullo. De pronto, un quejido penetrante desgarró el aire, y lo hizo saltar del catre de tijera, arrastrando con una mano el cuero de oveja que le cubría los pies. En el galpón vió a Manex y a Patricio, arrinconados contra un montón de pasto seco que servía de pienso para las vacas. Los chicos se defendían de dos mocetones que los atacaban a planchazos, en medio de risotadas salvajes. Biluzera reconoció a Chocho y Nicasio, mensuales de *Los Tamarindos*, la estancia de Don Juca Trinidad, un hacendado riograndense, lindero y excelente amigo suyo y de Ezkerra. Se veía por sus bamboleos que habían bebido más de lo necesario. En el pago eran conocidos ambos por su excesiva afición a la caña, y se diría que esa vez le hubiesen bebido media pulpería al gringo Saverio. Sus caballos se habían soltado del palenque. Uno de ellos, un colorado, pa-

recía no sentir prisa por marcharse, y pacía ávidamente junto al alambrado, haciendo sonar el freno. El otro, más arisco, un roano jaspeado, de manos finas y con la pata derecha calzada de blanco, se había pisado la rienda, y arqueaba el pescuezo como caballo de calesita, haciendo girar el anca sobre un eje imaginario, al igual que en los circos.

Los borrachos esgrimían largos facones y golpeaban con el plano a los chicos. Estos trataban de escurrir el bulto, defendiéndose lo mejor que podían con el brazo levantado, al mismo tiempo que gritaban en son de alarma. Al franquear la puerta, Biluzera vió que un hilo de sangre chorreaba de la frente de Manex. Entonces lanzó un grito de bárbaro, que estremeciendo las alfajías del techo, paralizó a Chocho y Nicasio. Ambos quedaron en suspenso, con el facón en alto, mirando con estupor aquella montaña de músculos que avanzaba hacia ellos. Pero reaccionaron prontamente, cuando pasó el primer momento de sorpresa. La subconciencia les reveló con claridad prodigiosa, entre la neblina de la borrachera, el instinto ventajero de su superioridad sobre un hombre desarmado. Nicasio fué el primero que habló. Las palabras caminaban en su voz pastosa con tanta dificultad como una hormiga en el engrudo.

—¡Ta güeno!... ¡Vos también querés leña, trompeta?... ¡Vení nomás a sacar la cara por los gurises!

Y le tiró un tajo que podría haber atravesado a un buey. Biluzera lo desvió con el cuero de oveja, haciendo quites como en una corrida de toros. Al hallar el vacío, Nicasio se tambaleó hasta dar contra la pared de adobe. El golpe le hizo perder el equilibrio, y se le cayó el cuchillo. Rápido como luz, el vasco le ayudó a incorporarse, y le puso de nuevo el arma en la mano. Esto enfureció al borracho hasta hacerlo arrojar espuma. Entre tanto, Biluzera sonreía. Le había tomado el gusto a su nueva diversión y quería prolongarla. Ahora era Chocho el que se le venía encima. El vasco estiraba su fuerte mandíbula, azuzando a sus toros ebrios, mientras el cuero de oveja se movía, ora de frente, ya de costado, o pasaba silbando como una ráfaga por arriba de los facones.

—¡Ju!... ¡Ju!... *Zezen ederra*... ¡Toro lindo!... ¡Ju!... ¡Ju!...

Con sus quites había logrado sacar del galpón a los dos borrachos, quienes empezaban ya a dar muestras de fatiga. Patricio y Manex, algo repuestos del susto, se iban acercando cautelosamente para contemplar la escena. Admiraban ahora el soberbio capeo de Biluzera, así como su destreza para

hacer bailar a los peones de Don Juca aquella danza incoherente que empezaba a divertirlos. Finalmente, en un supremo esfuerzo, Choclo y Nicasio atropellaron juntos. El cuero de oveja recibió varios tajos. Numerosas hebras de lana flotaban blandamente en el aire. Choclo, facón en mano, se acercó demasiado. Su imprudencia le fué funesta. Biluzera levantó el pie, golpeándole la muñeca con la punta de la alpargata. El cuchillo disparó como flecha y fué a clavarse en una viga del cielo raso. Choclo, vacilante, quedó un segundo atónito y embobado, mirando hacia arriba, mientras el vasco chapurreaba riendo:

—No poder alcanzarte cuchillo, muchacho... ¡Estar muy alto!

Esta vez los chiquilines se destornillaban, golpeándose las manos. Manex, que había restañado la pequeña herida de la frente con la manga de su camisa, gritó en tono de burla:

—¡Sosegate, Choclo!... ¿No ves qu'estás mamao?

Al verse defraudado, loco de rabia, Choclo se lanzó sobre los muchachos. Pero el improvisado toreador estiró una pierna, y la puso como barrera, rígida, para cortarle el paso. Patricio y Manex redoblaron sus risas. La posición violenta de Biluzera, con el cuero remolineando, mientras hacía equilibrio como una garza, era un envite para el

otro adversario. El juego se prolongaba demasiado. Nicasio, en efecto, aprovechó el descuido. Con todo, entorpecido por el alcohol, adivinó la ventaja. Tiró un puntazo por elevación que atravesó la boina del vasco, lastimándole el cuero. Y aquí acabó todo. Al sentirse pinchado, Biluzera olvidó que el arte de la tauromaquia posee reglas inviolables. Millares de vascos que dormían en su sangre, y que a través de milenios habían luchado en las montañas contra todos los pueblos de Europa, le subieron de repente a la cabeza. Aquellas generaciones del Cantábrico, violentas y ásperas, se dieron cita en él, tumultuosamente. El salvaje que llevaba adentro rompió su cáscara bonachona. Pateando con furia el cuero de oveja, como potro boleado, lo arrojó contra unas macetas de malvones. Luego, juntando las muñecas como si las tuviera esposadas, hizo una cuña entre los ebrios. En seguida rompió aquellas esposas imaginarias, separando los puños, con un movimiento de gancho. El ariete se abrió para los costados con tal violencia, que mientras Nicasio pasaba de nuevo la puerta del galpón, yendo a caer de bruces contra una madeja de arreos, Choclo voló algunos metros en sentido contrario, golpeando con la nuca en la rueda de la carretilla del estiércol. Ambos quedaron inmóviles, dormidos con un sueño muy parecido al

de la muerte. Desde lejos, mudos de asombro, Patricio y Manex asistían a aquella descomunal demostración de fuerza física. Pasó un rato de silencio. La fiesta había acabado. Entonces los muchachos empezaron a reírse con ganas de la flaqueza de quienes habían sido hasta ese momento sus perseguidores.

—¡ Si salieron los dos como escupida é músico! — comentó Patricio.

Pero Biluzera no estaba para bromas. No se le habían marchado sus malas pulgas, porque persistía aún sin duda el dolor del puntazo. Los antepasados que le subieran por la sangre, no habían vuelto todavía a sus casas. Con gesto malhumorado, ordenó a los muchachos que trajesen agua. Manex regresó de la bomba con una lata que había sido de petróleo, sujetándola por la agarradera de palo que llevaba en el medio. El vasco vertió agua, cachazudamente, sobre la cabeza de los dos peones.

—Mojarse mucho por dentro —decía mientras los refrescaba—. ¡ Ahora mojarse por fuera!

Patricio ya había montado su azulejo, y partido al galope para llevar la noticia a *Los Tamarindos*. El chico se hallaba todavía bajo la impresión de esa extraña y formidable esgrima. Pero el fin de aquello había sido, en verdad, una escena de boxeo poco habitual, rematada por el doble *hook* de un

púgil que tuviera que vérselas con dos antagonistas. Entre tanto, Biluzera había quitado el cuchillo a Nicasio, que conservaba aún en la mano, colocándolo sobre las macetas, junto al facón de Choclo que, minutos antes, Manex desclavara del cielo raso. El vasco sonreía penosamente al contemplar todo ese armamento que de nada había servido ante el golpe de su puño desnudo, que era igual a una patada de burro, un *ostiko asto*, como decían sus paisanos. Después cargó con el cuerpo de Nicasio, cual si fuera un borrego y lo dejó caer blandamente, recostándolo sobre la carretilla, donde Choclo ya empezaba a mover los párpados y sacudir la pesadez de su aturdimiento. Con las sogas de manear las lecheras hizo luego un lío con los dos beodos, envolviéndolos como a salchichones. Nicasio empezó también a mover su cabeza mojada como la de un biguá. Pesadas gotas le chorreaban desde la frente, resbalando por su tez morena hasta perderse en el cuello sucio. Abrió los ojos y vió la cara francota de Biluzera que lo miraba bonachonamente. Fué el primero que rompió el silencio.

—Mire, don Lucero, que jueron los gurises qu' empezaron... Cuando íbamos rumbiando pa las casas, nos tiraron con bosta...

Al sentirse llamar Don Lucero, el vasco abrió tamaña boca y soltó la risa. Algo roneó a su lado.

Era el compañero de Nicasio que se desperezaba de su sopor alcohólico. Aquel cráneo parecía una mazorca a medio deschalar. El cabello de barba de choelo era una masa ocre nadando en el agua. Otra voz menos enérgica se abrió paso, sin emoción, opaca, desde el charco.

—Afloje la guasca, Don Lucero... Mire que si el viejo Churrinche nos ve ansina, dejuro que se v'a rair de nosotros por tuitos los años que le quedan.

Biluzera meneó la cabeza como si dudara. Después de un momento interrogó en su media lengua:

—¿Estar los muchachos bien refrescaos?

Ambos prisioneros hicieron seña que quiso ser afirmativa, mientras Choelo seguía roncando:

—D'endeveras que los gurises nos bostearon primero... ¡Por mi madre!

Frunció los labios como cuando se jura haciendo cruz. Inútilmente ensayó mover su mano atada. Luego continuó murmurando entre dientes:

—¡Sabandijas!

Biluzera sonrió paternalmente, y recuperó su antigua calma. Con la misma flema de antes, empezó a desatar las sogas, mientras carraspeaba, fingiendo enojo.

—¡Muchachos pícaros!

Luego se susurró a sí mismo, para el vasco indómito que llevaba adentro, y que lo escuchaba:

—¡*Mutilak zital!*

Al fin, Nicasio y Choelo quedaron completamente libres. La precaución, por otra parte, había sido innecesaria. Los vapores de la caña y de la ginebra no se habían disipado aún. Flotaban como una bruma densa y pesada sobre las cabezas de aquellos mocetones que apenas podían enderezarse. Biluzera les volvió la espalda, rumiando con fastidio la idea de su siesta interrumpida por los cuatro atolondrados que lo forzaran a abandonar el descanso. Sabía que era cosa de muchachos, pero no se conformaba con aquel esfuerzo que había gastado inútilmente. Fué por el cuero de oveja que había quedado prendido de los malvones. Lo arrastró campo afuera, siguiendo la huella de los carros. Al costado de los trillos, no muy distante del galpón, una fresca mancha de pasto, de un verde jugoso, rompía la monotonía del suelo color de barro. Biluzera revoleó su cuero, espantando a una bandada de mistos, que había buscado refugio a la sombra del tierno gramillar. Luego se tumbó de espaldas, su posición favorita, arrollando el cuero a guisa de almohada, con la lana vuelta hacia afuera. Arrancaba a intervalos puñados de hierba. Levantando los brazos, dejaba caer las briznas, co-

mo una lluvia, sobre su vientre. Los párpados se le fueron cerrando, lentamente. Del lado del arroyo empezó a soplar una brisa fría. Y Biluzera se durmió, sin otro abrigo que el poncho azul de la tarde.

*
* *

ALLÁ, a las cansadas, se sintió rechinar el eje de un carro que venía costeando el bajo. Del lado del tajamar se alborotaron los teros, y los perros que dormitaban en la cocina, ladraron sin moverse de su sitio, como se hace con los amigos de la casa. Se acercaba gente conocida. A los pocos momentos se oyó como un susurro el galope del azulejo y la voz de Patricio:

—Y'avisé a Don Juca, pues... ¿Aónd'están los mamaos?...

El vaseo se incorporó. Haciendo visera con una mano, escrutó a la distancia. El carro lechero de *Los Tamarindos* trepaba la loma en dirección a las easas, al trote largo del mismo tostado que Don Juca prendía a veces del sulky. Adelante galopaba Patricio. A las dos cuadras comenzó a sentirse el eco de la voz rezongona de Churrinche. No se sabía a ciencia cierta la edad de este nuevo personaje. Cuando entró a servir con el padre de Don

Juca, era ya viejo. Fuerte, pequeño, retacón, tenía la cara llena de pelos, como un carpincho. La barba, las cejas y el bigote estaban salpicados de manchas color amarillo rojizo. Los ojitos diminutos, escondidos en aquel matorral, eran apenas visibles. En el pago le llamaban Churrinche por sus opiniones políticas de un rojo intransigente. Era compadre del caudillo Ciriaco Sosa. Y cuando el "comandante", en tiempo de guerra, acampaba en las inmediaciones, los contrarios no lo pasaban del todo mal, si antes habían sido recomendados por Churrinche.

Cuando el viejo divisó desde lejos a los dos muchachos, tirados todavía junto a la carretilla del estiércol, su rezongo que subía del bajo como un murmullo de tormenta, se hizo más inteligible. Golpeaba nerviosamente el lomo del tostado, sacudiendo las riendas que tenía empuñadas entre sus dedos secos y sarmentosos.

—¡Mandinga!... ¡Cantó el chajá y dispararon las nutrias!... ¡Miren la mozada de aura!... Si es pa rairse hasta quedar atoraol!...

Ciriaco y Choclo lo oyeron también. Trataron de enderezarse. Pero la borrachera era más fuerte que ellos, y volvieron a caer. Esto no escapó al ojo avizor de Churrinche, cuyo carro había disminuído la marcha. Se acordaba de sus tiempos, cuando se

entreveraba en las pulperías, y dejó a más de uno con las tripas al aire.

—¡Ajá!... ¡No pueden ni estar paraos! Tenían qu'haber servido con el finao Caraballo, mandinga! ¡Quién me diría a mí, Casto Galán, por mal nombre Churrinche, que se m'iba pasar una macaca sin que m'estaqueasen en cueros, de noche, bajo la helada!

Y el viejo seguía exaltando, con su voz rezon-gona, las virtudes disciplinarias del general Caraballo para curar a los "mamaos". El carro se había detenido junto al galpón. Churrinche miró un rato a su alrededor antes de apearse. Luego saltó, maneó el tostado y se dirigió a Biluzera con la misma cantilena:

—¡Qué mozada la de aura, amigazo!... Si es pa llorar de risa... Les vi'hacer dar una baqueteada de mi flor por mi compadre Ciriaco... Espere nomás la primera patriada, cuando el clarín toque a degüello... ¡Ya verán esos sotretas lo qu'es canela!

Aturdido por aquel torrente de palabras, el vaso no contestó. Permaneció silencioso, ya mirando a Churrinche, ya a los dos mocetones que en su marasmo, parecían avergonzados por la presencia del capataz de Don Juca Trinidad. De la tierra se desprendían esos vapores suaves, con olor a

pasto recién cortado, que dominan después de una jornada calurosa. Patricio trajo el roano y el colorado de las riendas. Desensilló, les quitó el freno, les puso bozal, y los ató del cabestro a la parte trasera del vehículo para que los llevaran de tiro. Luego extendió los aperos dentro del carro para que sirvieran de cama a Nicasio y Choclo, mientras no se les fuese la mona. El rezongo de Churrinche continuaba, entre tanto, como el zumbido de un tábano. Los muchachos habían intentado trepar por sus propios medios, sirviéndose de las ruedas como de una escalera. Pero todo su esfuerzo fracasó. Durante dos ensayos para subir, vinieron rodando hasta quedar sentados en el pasto. Por tercera vez hicieron la prueba en medio de la jarana de Manex y Patricio. Entonces Biluzera, que también reía, los levantó en vilo como a dos muñecos, sentándolos suavemente dentro del carro.

—¡Ya no se vendrán p'abajo esos flojones! —gruñó Churrinche, que no había cesado de conversar.

En seguida ocupó su puesto en el pescante, y volvió a empuñar las riendas.

—¡Qué mozada la de aura!... ¡Ni p'achurarla! Desde arriba seguía maldiciendo contra la juventud del presente, que malgastaba el tiempo en

las pulperías, chupando caña de la peor clase, y que de puro floja se doblaba bajo el peso de una lanza. A todo esto Biluzera se aproximó a Choclo y Nicasio, quienes, sin decir palabra, escuchaban como atolondrados los rezongos del viejo. Les puso cariñosamente en los hombros sus manazas de gorila, exclamando:

—Ya saber, muchachos, ¿eh?... Si gustar venir por otro “arrevés”...

Fué su despedida. Desde el pescante, Churrinche descargaba su cólera, a rebencazos, contra el tostado.

—¡Tomá otro yaguarazo, maula!

El carro arrancó con violencia, rumbo a *Los Tamarindos*, con los dos caballos de tiro. Biluzera y los chicos se tuvieron quietos, mirando indiferentes cómo el vehículo se hundía en el bajo, y se alejaba entre gritos y barquinazos por el trillo, saltando en los baches, hasta serenarse en la huella ancha de las carretas...

*

* *

BILUZERA carraspeó y se marchó a trancos pausados, golpeándose blandamente las piernas con una varita de mimbre. Patricio y Manex lo seguían a la distancia. Después de aquella jornada memora-

ble, el vasco era para ellos un ser sobrenatural, algo así como los héroes inverosímiles de que les hablaba Doña Graciana, que surgían del fuego de las montañas, o de las olas del Cantábrico para descender entre los bosques, dispersando a las brujas de los aquelarres, pulverizando basiliscos, sembrando el terror entre endriagos y vestiglos... Biluzera, insensible a aquella admiración infantil, proseguía caminando hasta su aposento con la misma pachorra de siempre. Aquel hombre era, en verdad, un filósofo, un *jakintzaren*, como decían sus paisanos. No se alteraba por nada, aunque se le desplomase el mundo encima.

La tarde caía lentamente. Biluzera se detuvo a la entrada del patio. Estiró cómicamente el hocico, husmeando en el aire, cual si quisiera catar el tiempo. Luego escudriñó el horizonte, calculando el curso del sol, y pensó en Ezkerra y su mujer que no tardarían en llegar. Después atravesó el patio, y se metió en su cuarto, dejando la puerta entornada. Patricio y Manex se detuvieron en el umbral, interrogándose con los ojos, suspensos. Al cabo de un rato, empezó a venir de adentro un resuello lento y acompasado. Los chiquilines se retiraron en puntas de pie, como los gnomos de los cuentos de hadas, para no turbar el sueño del gigante.

EZKERRA se sentía feliz como nunca, lejos de los chismes de sus vecinos y de los celos fingidos de Doña Graciana. Dividía su tiempo entre la fonda y el *Bon Jules*. Cuando no se sentía de buen humor, rehusaba entrar al *Jai-Alai*, donde se realizaban siempre interesantes torneos de pelota. Hacía un juego de palabras, diciendo que no estaba para fiestas (1). Su ingenioso retruécano no era más que un pretexto para escapar furtivamente a la morriña que le traía el sitio de sus jornadas victoriosas de otro tiempo. Ello no era obstáculo para concurrir a reuniones de pelotaris que no evocaran saudades ni representasen en su espíritu las escenas del pasado. La cancha de un simpático paisano de nombre Errekart, a quien de apodo llamaban Otxoa (2), le ofrecía esos saludables esparcimientos. Eran inocentes calaveradas que realizaba a hurtadillas de sus legítimos admiradores de antaño. Allí se reunía con Martín Gordo, con Ezcurra, con Arbiza, con Paysandú o algún otro viejo amigo. La pelota iba y venía como en los mejores tiempos, botada de *tanpur*, en sesgo; corría como ráfaga a ras del suelo o se deslizaba como rayo por el techo de la galería de espectadores, para ser recogida en el aire con respuestas elegantes y golpes

(1) *Jai Alai*, en vascuence, significa fiesta alegre.

(2) Léase *Ochoa*. En vascuence, lobo.

maestros. Los muchachos de la época, y que hoy peinan canas, se divertían sobremanera viendo jugar a Martín Gordo, que hacía rato había dejado atrás los cien kilos, con su cara rozagante de pan casero a medio amasar y su triple papada. Era maravilloso ver desplazarse, con agilidad de felino, a aquel campeón de todos los pesos, cuyo volumen extraordinario de carne y de grasa no impedía que corriese a la par de los más delgados, doblándolos a veces en velocidad. Los jóvenes espectadores que habían aprendido algunas palabras de vascuence, le dirigían pullas que él contestaba con bonhomía, pero en frases de fina intención, pues, aunque parezca raro, Martín era tan ágil de ingenio como ligero de cuerpo.

*
* *

EN ESTO cifraban los pequeños extras que se permitía Ezkerra. Porque, después de todo, alejarse demasiado de la plaza de Artola, era para él tan importante como emprender un viaje a la luna. Dejar el Cordón, jamás. ¿Qué dirían en sus pagos, si alguien lo hubiese encontrado vagando sin rumbo, por ese centro pecaminoso, entre zambras y obscenidades? No gustaba de los halagos de confección, de las aventuras que ya se encuentran hechas y que duran tanto tiempo como el dinero que

se tiene en el bolsillo. Prefería el amor sobre medida, como los trajes. Por otra parte, sus paisanos le habían informado que en la zona encerrada entre Brecha, Yermal, Santa Teresa y Camacúa, existía un barrio poblado por niñas amigas de *urdainkeri*, que desde sus ventanillos llamaban a los hombres casados con gestos significativos. Los sábados de noche, particularmente, más aun si había algún barco de guerra extranjero anclado en el puerto, un verdadero torrente humano circulaba por esas calles. El tráfico se volvía infernal, y no languidecía hasta el amanecer. Aquello era un mercado de carne fatigada y enferma. En los cafetines de la esquina se freía pestado y se bebía caña. Payadores improvisados armaban, al son de las guitarras, vivos contrapuntos, que la mayoría de las veces acababan a puñaladas. A ratos las interesadas salían hasta la calle, semidesnudas y con el cabello suelto, para ofrecer impúdicamente su mercancía. A media noche una humareda densa llenaba la calle. Era como un vapor cálido, atravesado por gritos de marineros borrachos y cantos de milongas, en que el olor del rebaño humano, sudoroso, se mezclaba con los vahos del alcohol y el tufo de las frituras.

Cuando corrían rumores de revolución, el cuadro podía cambiar en pocos segundos. Si algún matón

orillero lograba avizorar a Cabo Negro, por su facón largo como una espada o por sus milicos vestidos de civil, daba en seguida la voz de alarma.

—¡Araca!... ¡Muchachos!... ¡La leva!... ¡La leva!...

A ese grito todo el Bajo se estremecía. Algo así como una vibración eléctrica recorría la espina dorsal de aquella compacta muchedumbre. Un movimiento de vaivén, casi epiléptico, la poseía. Hasta que, al fin, se iba afinando como un monstruo que se desangra. Muchos se atropellaban para escapar por las calles transversales. Algunos conseguían su objeto. Pero no pocos quedaban metidos en la red. Los que habían sido cercados, sin posibilidad de fuga, se alineaban brevemente al costado de la acera, y marchaban luego, de dos en fondo, rumbo a los cuarteles. Una sonrisa sutil, como mueca de pícaro, asomaba a sus labios cuando le venía el recuerdo de algunos de los paisanos suyos que visitaron el Bajo. No habían ido a parar a los cuarteles, ciertamente, porque eran extranjeros y tenían quien defendiera sus derechos. Pero, en cambio, habían dado con sus huesos en el hospital. Ezkerra se rascaba la mandíbula, mientras sonreía, revolviendo los recuerdos. ¡Que le vinieran a él con invitaciones de esa especie! Nada mejor que el Cordón. Ya era bastante atrevimiento alejarse has-

ta la cancha de Otxoa. Es verdad que lo hacía en las horas de la mañana, en medio del ajetreo y del vivir de las personas decentes. Pero al declinar de la tarde se hallaba siempre en su querencia. Si le daba por caminar hacia el Este, siguiendo 18 de Julio, no ultrapasaba jamás los límites de Caiguá, donde se detenía algunos minutos en la pulpería de *El Chivo*, en cuyo palenque había siempre caballos maneados de lecheros procedentes de Maroñas y de la Blanqueada. Después de subir unos escalones de madera, flojos y gastados por el uso, se llegaba junto al mostrador a través de un corredor estrecho, flanqueado por bolsas de azúcar y tercios de yerba. Allí el patrón servía en vasos sólidos y retacones su famosa caña de La Habana, entre estriberas con pasadores de plata, fajas vascas para jugadores de pelota, cintos tachonados de monedas y medallas, rebenques y facones con cabos vistosos, recados superpuestos en los estantes como libros en los anaqueles, mostrando sus lomillos primorosamente labrados.

Si desandaba el camino, Ezkerra se santiguaba al pasar frente al *Cristo*, no obstante alardear de incrédulo entre sus paisanos. Lo hacía, eso sí, rápidamente, con movimiento vago del pulgar, pues miraba antes de reojo, como si lo acorralasen testigos invisibles, ya que no quería ser sorprendido

en acto de renunciamento. Si no tenía prisa, cruzaba la calzada para entrar en el almacén de la esquina de Yaro, y estrechar la mano de Don Remigio, un español con patillas y aire paternal. Don Remigio cultivaba esmeradamente su extraordinario parecido con Ramón de Campoamor, el poeta de las *Doloras*, cuya imagen estaba por entonces muy en boga. Además tenía a su cargo el cuidado del *Cristo* que se hallaba en el fondo de la hornacina con aspecto de capilla, separada de la acera por una verja de hierro pintada de celeste pálido. Don Remigio cuidaba de las luminarias y de la limpieza del lugar. De noche, en la calle escasamente alumbrada, vigilaba desde la puerta del negocio por si algún sospechoso, con muestras de piadosa contrición, no resultaba a la postre malandrín vulgar, de esos que cometían el sacrilegio de pasar una caña con pega-pega a través de la reja para apoderarse de los gruesos *vintenes* de cobre que las devotas arrojaban "para velas".

En la trastienda del almacén, el dueño de la casa solía relatar la dramática escena de que fué protagonista El Zorro, un sujeto de mala entraña, alcoholista empedernido, que, al intentar la impiedad del robo, sintió paralizársele la mano y cayó al suelo presa de siniestras convulsiones. Don Remigio le prestó auxilio, llevándolo a su negocio y prodigándole sus mejores cuidados. El Zorro se

reanimó. Pronto recuperó la noción de sí mismo. Pero ese episodio fué el principio de su arrepentimiento. La afición a la bebida desapareció. Trabajaba en unos hornos del Campo Chivero, y muchas veces recorría a pie, empujando una carretilla de mano cargada de ladrillos, la zona entonces desierta que lo separaba del *Cristo*. En llegando allí, se ponía de hinojos, rezaba fervorosamente, acabando por desparramar como ofrenda todo su salario en el piso de la capilla. Decían las viejas que El Zorro había cumplido su promesa hasta el fin, viviendo como un perfecto cristiano, y muriendo en paz con Dios y con todos los ángeles y santos.

Las curvas de la fisonomía de Ezkerra aumentaban al escuchar, no sin estremecimientos, el milagroso relato de Don Remigio, pues a su cara de luna llena había que agregarle ahora dos ojos redondos como patacones. Aquella riqueza de orbitales que sudaban asombro, no desaparecía fácilmente. Ezkerra salía de nuevo a la calle y contemplaba en silencio, detrás de la verja, la figura macilenta del Nazareno, apenas turbada por el débil resplandor de las candilejas. Y le parecía que, en medio de su atroz angustia, la imagen irradiaba una dulce calma. Por otra parte, buscaba la profunda paz del paraje que lo sumergía en un océano de frescura. Había oído decir a los señores que se reunían en frente, entre los frascos de

la botica de Don Tomás Semería, y que eran algo así como las lumbreras del barrio, que todos aquellos lugares, hasta cuarenta años atrás, habían sido cardales y campos de pastoreo. Se afirmaba también que, a principios del siglo, las tropas de desembarco de sir Samuel Auchmuty cercaron y dieron muerte en ese mismo sitio al fundador del hospital de Caridad y a los voluntarios que le acompañaron en su salida de descubierta. En la tertulia, que se realizaba casi siempre en la rebotica, después de cena, se trataban todos esos temas. Con sonrisa llena de bondad, pero con algo de melancolía, Don Tomás hacía los honores de la casa. Con la barba en punta, los modales suaves, su palidez de cirio que le daba cierto aire monacal, se movía entre pócimas y retortas como un alquimista de la edad media, pero sin desatender la charla de sus visitantes.

* * *

EZKERRA cambiada pocas palabras con Don Tomás Semería, nada más que las necesarias, porque temía meter baza entre aquellos señores graves, que sabían tantas cosas. Según la hora, finalizaba allí su recorrida, regresando a la fonda. Si no era muy tarde, seguía por Yaro abajo. En la esquina arreglaba con Don Juan, el dueño de las *Bolas de Oro*, las condiciones del partido del día siguien-

te en *Bon-Jules*. Luego, en mitad de la cuadra, entraba al tambo de Bernasconi. Quedaba allí un rato palmeando a las vacas, llamándolas por sus nombres como a viejas amigas. Después se retiraba, con paso lento, hacia Colonia, doblando en dirección a Gaboto. Una de esas tardes, no habría andado dos tercios de la calle, cuando lo sorprendió arriba de su cabeza estruendo de hierros y cimbrar de alambres. Bandas de chicuelos, de regreso de la escuela de Francisca Vacca, arrojaban por elevación desde el centro de la calzada, trozos de banana y de pan en medio de risas cristalinas que sabían a cantos de pájaros. Esos niños de entonces, que son los viejos de ahora, se acordarán que aquellos obsequios estaban destinados a los bulliciosos monos enjaezados como corceles que, prendidos de una argolla corrediza, se deslizaban en la azotea por los alambres que coronaban las montañas de chatarra de Don Manuel Fernández Tablas. Abajo, entre columnas heteróclitas de cosas viejas, Ezkerra oía canturrear la voz de Don Manuel, mientras se acompañaba con el martillo en medio de un golpeteo infernal de latas.

*Vexo Vigo, vexo Cangas,
Tamén vexo Redondela.
Vexo ponto de Sampaio
Camiño da miña terra.*

Pero Don Manuel, aunque gallego, no era de Vigo. Había nacido en Ribadeo, en la diócesis de Mondoñedo, de la provincia de Lugo, allá, a la vera del Eo, donde la ría se mete tierra adentro, entre espesuras y vericuetos, hasta tocar los confines de Asturias. El romántico cambalachero decía que su tierra era lo mejor que había hecho Dios. Y en verdad que, después de conocer aquella pintoresca región de Galicia, se piensa que Fernández Tablas no se hallaba del todo equivocado. Ezkerra enderezó por un estrecho corredor, abierto entre viejos tarros de pintura y montones de ropa apolillada, hasta topar con una tabla colocada horizontalmente, que hacía las veces de mostrador. Adelante se abría un mundo de tinieblas, de donde salía, como chorro lírico, la voz entonada del señor de aquella cueva. Ezkerra se preguntaba, intrigado, como se las arreglaría Don Manuel para distinguir los objetos entre las densas sombras de su negocio. El vaseo golpeó fuertemente las manos, y adentro cesó el canto. También acabó el ruido de latas. Dos puntos brillaron en la oscuridad. Eran los ojos del extraño anticuario, quien avanzaba sin dificultades en medio de su laberinto de mercaderías, entre gruesas telarañas que colgaban de todas partes.

*
* *

Don Manuel se acercó con pasos cautelosos. Antes de llegar a la luz, se detuvo algunos segundos. Un oso saliendo de su caverna no hubiera dejado impresión diferente. Era petizo, con cabeza sólida y enmarañada. Su barba entera, de un negro sucio, le llenaba toda la cara, desde las patillas hasta la garganta. Dos ojillos maliciosos, apenas disimulados por una cortina de pelos, acechaban desde el fondo de las órbitas. Un poco en las mejillas y otro poco en la frente, como islotes, quedaban algunos retazos libres de vellosidades, donde la piel se mostraba en manchas de color terroso. Don Manuel no se había lavado jamás en su vida. A lo sumo se recortaría la barba a tijeretazos, sin cuidar su simetría, cuando le molestaba. Llevaba siempre encasquetado un sombrero hongo que, según algunos, no se lo quitaba ni para dormir. Su única coquetería consistía, de vez en cuando, en untarse el cabello y la barba con algún resto que le quedaba de aceite Monpelás, que era la gomina de entonces. Don Manuel parecía, en suma, la resurrección de uno de aquellos primitivos germánicos, los suevos, que a la caída del imperio romano inundaron Galicia bajo sus tribus bárbaras. Por otra parte, entre los trebejos ordinarios para uso

doméstico, Fernández Tablas, ofrecía en venta las cosas más absurdas e inverosímiles, como ser, fragmentos de la túnica de Abelardo para curar el mal de amores, pequeños sobres para novios con cabellos entremezclados de Romeo y Julieta, el manto de Putifar, la carabina de Ambrosio y hasta el último suspiro del general Prim encerrado en una caja de roble. El astuto Don Manuel tenía pendiente a la numerosa clientela con su prosopopeya de sabihondo. Deslumbraba a los papanatas mediante frases sin sentido, pero que parecían disfrazar inquietantes profundidades y sutiles misterios. Cuando alguien, por ejemplo, se detenía demasiado frente a algún cuadro insufrible que representaba a una Diana grotesca, azuzando la jauría contra Acteón, Don Manuel lo observaba desde la sombra. Si el candidato valía la pena, se asomaba como un tucutuco por el corredor de acceso a la calle, y decía con aire indiferente.

—¿Le justa el Murillo? Para usted cinco pesos... Pero no diga nada... ¿eh?...

Así cerraba trato, recomendando siempre mucha discreción y reserva sobre esas obras maestras que malbarataba, repartiéndolas sin rebozo a todos los vientos. Los vecinos más viejos del Cordón, que conocían todas sus finas estratagemas de negociante, se encogían de hombros con simpatía, exclamando:

—¡Qué Don Manuel!

Pero no todo era artimañas en la vida de Fernández Tablas. Bajo aquella costra obscura latía un lírico de verdad, un enamorado de la belleza. La melancolía de su raza se desahogaba en canciones. Si en la tarde que lo visitara Ezkerra entonaba aires de su solar nativo, era precisamente porque se sentía triste. Había muerto Rosita, y en ese momento estaba preparando el ataúd para el velatorio. Conviene advertir que Rosita era uno de los monos de Fernández Tablas. Aquellos seres ágiles y desenfadados, verdaderas caricaturas humanas que constituían el principal entretenimiento del vecindario, eran toda la familia de Don Manuel, sus únicos amigos, algo así como los hijos de sus entrañas. Si ese amor era real o fingido, no lo sabremos nunca. Lo cierto es que en aquellas veladas mortuorias, Don Manuel creaba todo ese extraño ceremonial que parecía más bien la lúgubre fantasía de un humorista. El ataúd con el cadáver era colocado junto a la amplia ventana de estilo colonial, defendida de la calle por gruesa reja de hierro. El simio, acostado entre flores y cirios que lloraban lágrimas de cera, permanecía hasta la madrugada con las manos juntas, los ojos abiertos, y mostrando sus blancos dientes. Don Manuel no había podido cerrarle los ojos ni la bo-

ca, y el velludo semblante de Rosita mostraba aún la desesperación de su agonía. El chiquillerío alborotado, las comadres del barrio y hasta el agente de facción en la esquina, se acercaban a la reja con cierto temor supersticioso. Algunos se hacían la señal de la cruz, porque todo aquello les parecía arte de brujería. Solamente los sesudos señores del Cordón reían bonachonamente, dejando caer su habitual muletilla:

—¡Qué Don Manuel!

* * *

LOS VECINOS recordaban que sólo en una oportunidad el velorio acabó en escándalo y hasta con intervención de las autoridades. Como siempre, el gentío se apiñaba en paz junto a la ventana, acompañando al muerto y haciendo comentarios en voz baja. Entre la concurrencia se hallaba cierta mujer de cara morena y curtida, con dos ojos sin vida y gruesas cerdas desgrednadas que se revolvían debajo de un pañuelo astroso que le tapaba apenas la cabeza. Cubría sus hombros un chal de punto medio raído. Su vestido de un negro que el uso había vuelto verde, demasiado largo, tenía como cola de novia que barría la acera, levantando nubecillas de polvo y arrastrando inmundicias. Aquella mujer era la famosa Cañón Rayado, que

siempre armaba gresca en los boliches y peleaba con la policía a brazo partido. El alcohol, la miseria, los dolores de una vida errabunda habían borrado de su semblante todo vestigio de sexo. Ni un resto de feminidad, ni una sombra de coquetería en aquél montón de carne doliente y gastada. Todo denunciaba padecimiento y ruina: en la boca desdentada, cuyos labios parecían temblar como a impulsos de un rezo interior; en las mejillas surcadas de viejas cicatrices abiertas por la furia despiadada del machete de los milicos. Casi siempre andaba sola. Pero a veces, como decían en la jerga policial “tiraba en yunta” con Petrona, o Soledad Varela, chinas que no marchaban en zaga en cuanto a modales y vocabulario. Sucedió que aquel día unos taitas del barrio empezaron a hostigar a Cañón Rayado con bromas de todo calibre. Aunque la mujer tenía ya medio litro de caña por lo menos entre pecho y espalda, permanecía silenciosa, contemplando al mono muerto, sin preocuparse de lo que pasaba a su alrededor. Pero los matones demostraban una terquedad inconcebible, porque, sin duda alguna, también habían bebido con exceso. Porfiados en extremo, redoblaron sus burlas. Si interrumpían algunos minutos su jarana, era para entrar en el almacén de Gaboto y Colonia, “refrescarse el gañote” con una ginebra,

según sus propias expresiones, y luego volver a la carga. Ante el asombro de todos, Cañón Rayado no había cambiado de postura. Muda, inmovible, como si viviera en otro mundo, arrastrada lejos por una marea de sueños. Obstinados cada vez más en su propósito de sacarla de quicio, los compadres cambiaron de táctica. El más audaz, esgrimiendo un puñal de hoja larga y fina como la de un estilete, dió una punzada con disimulo a la parte trasera de Cañón Rayado. Y ése fué el primer compás que desató el candombe, la chispa que inflamó la pólvora. Los campos de Troya y de Agramante, ni la realidad o la ficción, vieron jamás tan descomunal combate. La reyerta fué memorable en los anales del Cordón. Al sentir el puntazo, la irascible dama descolgó una tela que representaba a los reyes magos arrodillados junto a la paja del establo de Bethlem, contemplando, en actitud de adoración, al niño Jesús. El grueso marco dorado del cuadro se hizo astillas sobre la cabeza del atrevido. El público de hombres, mujeres y niños que asistía al velorio del mono, empezó a lanzar gritos desaforados. En medio del tumulto se oía distintamente la voz acongojada de Fernández Tablas, que clamaba por su obra de arte, que él había clasificado como un Rafael de subido precio. Nadie podía prestarle au-

xilio en aquel caos. El cuadro famoso se había convertido en un banderín de guerra. Cañón Rayado lo empuñaba con brío incomparable. Los taitas, con los facones en posición de guardia, trataban de contener aquel huracán. Se veía que no deseaban herirla, retirándose en orden, pues la mujer, con furia inconsciente, se les echaba encima de las armas. Podían haberla atravesado varias veces, de parte a parte, pero a lo sumo la pinchaban en el brazo. Esto la enfurecía más aún. Las punzadas, aunque débiles, la hacían corcovear como a un redomón. Era como ponerle banderillas a un toro bravo. Echando espuma por la boca, vomitaba en pocos segundos todo su léxico arraballero, salpicado de prodigiosas obscenidades. Aquello era como para poner los pelos de punta a un indio crudo y sonrojar al sargentón mejor probado. Se oía en el barrio un correr de persianas y ruidos de puertas que se cerraban con estrépito. Las madres empujaban anhelosamente a sus niñas hacia el fondo de los zaguanes, y ellas mismas hubieran querido taparse con cera los oídos, como el discreto Ulises, para no sentirse atraídas por el vértigo de lo indeseable. Los guardias de servicio intentaron inmovilizar a Cañón Rayado, tomándola de sorpresa por atrás y echándole en la boca un cojinillo para bloquear sus indecencias.

Pero todo fué inútil. Hubo varios ensayos. Al fin tuvieron que confesar su impotencia. No se sabía de donde sacaba sus fuerzas aquella mujer flaca y endeble. Mientras venían los refuerzos, Cañón Rayado se encarnizaba contra los matones que provocaron el escándalo, haciendo trizas las inocentes figuras de los reyes magos, colgando como andrajos de los restos del marco. Entre tanto, lanzaba gritos que eran como los feroces alaridos de un malón. Esos aullidos, según el vecindario, se oían desde las Tres Cruces. Al fin llegaron soldados a caballo. Cuando repercutió el ruido lento del galope sobre el empedrado, empezó la desbandada. Eran los indios del escuadrón, habituales desde larga data a ejercitarse con sus corvos sobre los lomos del pueblo soberano. Aquella noche la mitad de los concurrentes al velorio durmió en la comisaría.

* * *

NADIE SABÍA exactamente la edad de Don Manuel Fernández Tablas. Si era joven, no lo parecía; si viejo, era de presumir que tenía escuela y donaire para sortear la ofensiva implacable del tiempo. El ojo más experto le calculaba de treinta a cuarenta años. Pero es que Don Manuel, como los símbolos, carecía de edad. Al decir que te-

nía costumbres morigeradas se afirmaba demasiado poco. Su vida era casi ascética. No fumaba ni conocía el alcohol. Su alimento consistía en un poco de leche que Urretxindorra le llevaba personalmente, y algún trozo de carne que él mismo hervía dentro de una vieja lata de aceite, cuyos costados estaban negros por la constante caricia de las llamas. No salía de su covacha sino en las tardes muy calurosas de verano, cuando adentro le faltaba el aire, y se ahogaba entre su ferralla. Se paseaba indolentemente, abanicándose con una pantalla de paja trenzada. Si, por casualidad, cruzando la calzada de Gaboto, se dirigía en dirección a Magallanes, miraba de reojo, con odio reconcentrado, la cueva de Catrera, su paisano y colega, pero también su enemigo mortal. Cintos, riendas, cabestros, tiradores, tachos atados con cuerdas, relojes inservibles, caronas viejas, cuernos de venado y otras chucherías formaban como un telón de teatro cerrando la puerta de la casa de su rival. Catrera, con sus dientes amarillos y saltados en la cara de comadreja, espiaba de detrás de aquel extraño cortinado todos los movimientos de su contrario. Ambos se atribuían recíprocamente la culpa de sus propias desgracias. Pero no obstante habitar tan cerca uno de otro, casi hasta tocarse el fuego y la estopa, nunca se produjo la esperada conflagración.

*
* *

LA ÚNICA debilidad de Don Manuel era el amor. Amaba con esa pasión exaltada de los tímidos que se turban sólo al escuchar un roce de faldas. Afirmaba que había dejado en España numerosas novias, cuyas cartas ahora guardaba dentro de una cazuela vieja y sucia de hollín. Y era para atenuar sus tiernas nostalgias que le había puesto a los micos hembras el nombre de sus antiguos amores. En los labios de la gente se dibujaba una sonrisa escéptica, mezclada con algo de piedad, al pensar que aquel montón de carne pálida, de pelos y de mugre, pudo haber sido amado por alguien. Sin embargo, los hechos parecían trabajar a contrapelo. Cuando acertaba a entrar al negocio una buena moza, Don Manuel se escabullía como una rata entre sus trastos y pingajos. Quedaba largo rato en las tinieblas, enterrado entre las telarañas, y solamente salía después de haberse calmado su sobresalto. Porque "una mujer" no era el objeto de las preocupaciones amorosas de Don Manuel, sino "la mujer". No amaba particularmente a una, sino a todas.

Después del incendio que destruyó su casa, a principios del siglo, Don Manuel hizo cubrir las aceras con inscripciones en letras de alquitrán que

rezaban así: "*Manuel Fernández Tablas se va para Ribadeo, y se despide de las niñas del Cordón*". Si hubiera que creer en la doctrina pitagórica de la metempsícosis, Don Manuel habría sido, dos mil años atrás, alguno de aquellos enigmáticos hierofantes de Afrodita que morían de amor sin conocer el pecado. Y era así efectivamente. Sin saberlo, vivía entre ritos inviolables. Porque su culto amoroso era desinteresado, espiritual, platónico. Su éxtasis contemplativo se mostraba como un contraste dramático entre su inasequible quimera y la fascinación de sus deseos reprimidos. La liturgia de su amor ritual le hizo prodigarse en aquellas inscripciones de despedida. Por otra parte, la brusca noticia de su partida para Ribadeo produjo verdadera consternación en el barrio. La gente miraba desolada los restos de aquel templo de altares enmohecidos, de chucherías, de latas viejas, de cosas inservibles, de ferralla sin valor, donde Don Manuel, entre el chillido desapacible de los monos, había velado durante tanto tiempo el sueño casto de su lujuria. Para otros observadores más despiadados, era todo al revés. Había cesado la fantasía lúbrica de una castidad fracasada. De cualquier manera, todos lamentaban su marcha. No se sabía que hubiera hecho mal a nadie. Su limpieza de conducta, ya que no de cuerpo, era

proverbial. Excepto las travesuras propias de todo comerciante que se respeta, el vecindario lo consideraba honrado a carta cabal y amigo de realizar cualquier gauchada en favor del prójimo.

* * *

AL DÍA siguiente del velorio de Rosita, muy temprano, Ezkerra esperó a Urretxindorra frente a la montaña de cachivaches que era el negocio de Fernández Tablas. El antiguo chantre y discípulo de los jesuitas acostumbraba a dejar la leche en un hueco de la ventana, vertiendo de su tacho en la jarra que Don Manuel escondía en la hendedura del carcomido marco, para que no fuese vista desde la calle. A veces, entre las primeras luces del amanecer, Don Manuel esperaba al amigo con la casa abierta. Lo hacía apearse de su cabalgadura y le servía una taza de café bien caliente, que él mismo preparaba en una pava monumental, de esas que antaño habrían servido sin duda para cebar mate a todo un regimiento. No bien hería sus oídos, en el silencio matinal, el trotecito corto de *Elurtza*, la yegua de Urretxindorra, la sombra del cachivachero se escurría hacia la puerta para franquear la entrada. Casi siempre el repiqueteo de los cascos sobre el empedrado, marcaba el ritmo de las canciones vascuences del ji-

nete que rompía con su voz armoniosa el húmedo cristal de la madrugada. Urretxindorra fué una de las últimas encarnaciones del vasco lechero, que ha desaparecido por completo. Acaso fué la más refinada, la más poética de aquellas figuras legendarias que se hundieron en el pasado. Muchas de sus canciones eran de corte picaresco; él mismo las componía sobre temas criollos. Urretxindorra trataba de acomodar la medida de sus versos al compás del trote de su yegua. De este modo, cantando, ayudaba la marcha, sin sentir fatiga.

Arroyo Seco karrikan
Neskatxa gazte barrikan,
Zangoan goiti, buru beiti,
Bera bakarrikan.

Aquel canto evocaba la divertida historia de la muchacha de Arroyo Seco, que algunos bromistas dejaron completamente sola, pataleando dentro de una barrica, con la cabeza para abajo...

Cuando sentía las primeras notas, *Elurtza* paraba las orejas, y sus remos finos marcaban el compás, escribiendo en el piso de piedra de la calzada el acompañamiento de la canción. La vestimenta del vasco, durante las tareas del reparto, era distinta de la que usaba en sus tertulias del *Bon Jules*. La boina ladeada compadronamente, un clavel rojo como la sangre en la oreja, fuerte

camisa de lana gris con rayas azules y bombachas ajustadas hasta los tobillos. Al cinto un puñal pequeño con cabo de cuerno de venado, donde ensartaba la manija del arreador cuando tenía necesidad de apearse. Además, apretado entre la cincha y la carona, llevaba un viejo machete policial, regalo de Fernández Tablas. En aquella época la vida en la ciudad estaba expuesta a constantes peligros, y era prudente adoptar precauciones. Urretxindorra, con su despreocupación euskara, era uno de los pocos que en aquella época se atreviera a afrontar el ridículo montando una yegua, cuando no lo hacía ningún criollo auténtico. Pero *Elurtza* era una señora yegua. Le había puesto ese nombre, que en vascuence quiere decir *Nevada*, porque le recordaba, bajo su inmaculada blancura, los paisajes de invierno de su tierra. En los menores rasgos se adivinaba su fina aristocracia, su prosapia principesca, su alcurnia árabe. Completamente blanca, con la cola y las crines oscuras, los cabos casi negros, parecía el sueño de un sultán de *Las Mil y una Noches*. Descendía de padrillos selectos que había importado el general Máximo Tajés. Tenía el hocico negro y brillante como si estuviera barnizado. Los ojos grandes y sombríos, rodeados por aureola azulada, parecían los de una mujer con ojeras. Urretxin-

dorra cuidaba de *Elurtza* como si fuera una niña. El mechón de crines de la frente estaba siempre peinado y limpio, esponjándose con sutilezas de velo de novia a cada envión del galope. Cuando hacía mal tiempo y la lluvia enlodaba la calle, el vasco montaba cualquier matungo de sus dependientes. Su sensibilidad no resistía al desagradable espectáculo de hundirse en los charcos y de ver manchado de fango aquel pelo de nieve.

* * *

CUANDO Urretxindorra se apeó, casi al rayar el día, distinguiendo la figura de Ezkerra, se dirigió hacia él, campechanamente, luego de poner a la yegua la manea de cuero crudo. Allí hablaron sin prisa de sus negocios: de vacas próximas a parir, de lecheras que se habían secado, de vaquillonas recién servidas que necesitaban pastoreo, de toros de raza, de terneros, de cerdos y de forrajes. Después de agotar el tema tambero, se preguntaron con interés por sus respectivas familias. Entre tanto, Don Manuel palmeaba suavemente a *Elurtza*, llamándole, “mi tesoro” y “mi nena”. Los vocablos más tiernos y cariñosos se abrían paso entre el cortinado de pelo que obstruía la boca ancha y cordial de Fernández Tablas. De vez en cuando, un terrón de azúcar se deslizaba en el

belfo de la yegua. Don Manuel no se cansaba de mirarse retratado en las dulces pupilas de *Elurtza*, que le traían a su espíritu la imagen vacilante de las niñas del Cordón, a quienes había sacrificado su erotismo platónico y sin esperanza. Aquellas niñas del Cordón, de andar lánguido y grandes ojeras, que se envenenaban románticamente con fósforos al más leve contratiempo amoroso. Y en la brusca transición, al pasar de una cosa a otra, Don Manuel iba dejando jirones de recuerdos, ensartados en los agudos pinchos de su chararra, mientras el café de las visitas, olvidado entre espirales de vapor, se derramaba sobre el fuego...

*
* *

AQUELLA mañana, antes de marcharse, Ezkerra había presenciado la llegada de un escribiente que, en su azoramiento, no acertaba a expresarse. Venía invocando el nombre del comisario para que Don Manuel le prestara hasta la noche el equipo policial que había sido empeñado el día anterior. Antes de la hora del rancho vendrían "de arriba" a revistar a los milicos y el jefe quería "quedar bien". Después de la ceremonia todos los trabajos le serían puntualmente devueltos. Don Ma-

nuel, con su mueca bondadosa, llevó al empleado hasta el desván, para que allí, casi entre las tinieblas, ayudado por una vela de sebo, apartase lo que más le viniera en gana. Entre pilas de chafalonía, había de todo lo que puede pedir la imaginación más exigente. Juegos de cuanto pudiera apetecer un celoso guardián del orden público. Correaes pesados como arneses de caballería, morriones coronados por un penacho rígido con forma de pera escarlata. Arreos de gala, gruesos como jaces muleros. Además había machetes en sus vainas de cuero, esposas roídas por el orín, uniformes con botones dorados, cintos con cadenilla de bronce, de donde pendían aún sables enmohecidos...

Era la época en que los gobernantes dilapidaban en su provecho los fondos del erario y traficaban con la hacienda pública. El ejemplo venía de arriba y llegaba hasta las más bajas jerarquías de la administración. Los agentes del orden, los celadores, como se les llamaba entonces, tenían que realizar esfuerzos sobrehumanos para juntarse con sus miserables sueldos. Por otra parte, las pagas llegaban casi siempre con retraso a su destino, cuando no quedaban empantanadas en mitad de la ruta, entre las manos de intermediarios voraces que especulaban con la miseria de aquellos in-

felices. Los vigilantes tenían que empeñar o vender hasta su machete para vivir. Muchas veces eran equipos policiales enteros que se exhibían en cambalaches como el de Fernández Tablas, e iban a parar a la postre en las casas de familia para servir de entretenimiento a los muchachos. Los polizontes rondaban, famélicos, por la zona cuya vigilancia se les había asignado. Si eran bien parecidos, distraían su solitario aburrimiento haciendo la corte a las criadas de opulentas casonas. Ese amor les rendía beneficios incomparables. No era extraño, cuando los señores, a altas horas, regresaban del teatro, encontrarse en la cocina con el guardia civil de servicio, en amable plática con la cocinera que le guardaba siempre, entre los restos de la cena, los mejores bocados.

Los vecinos más serios y maduros relataban jaraneando el divertido episodio de que fuera actor, algunos años antes, un diplomático español. Se trataba de Manuel Vázquez Llorente, ministro a la sazón de España en Montevideo. Una dama linajuda, cuyo abolengo databa de los fundadores hispánicos, lo había invitado a una cena en su honor, y en la que participarían también otros miembros del escaso cuerpo diplomático de la época. La casa solariega de la dama no estaba situada en el Cordón, sino en la ciudad vieja. Era una

noche de invierno en que el pampero barría las calles desiertas, entre remolinos de hojarasca, cuando el ministro de España, metido en el frac y embozado hasta los ojos en su capa militar, se dirigía al lugar del convite. Vázquez Llorente advirtió, frente a la casa, que había llegado con excesiva anticipación. Esclavo de la etiqueta, empezó a dar vueltas por los alrededores antes de llamar a la puerta. La calle estaba poco alumbrada, y densas sombras envolvían la cuadra. El pampero rugía arriba sin reposo, y el diplomático español buscó abrigo en el pequeño portal de servicio para guarecerse del viento y esperar que corrieran los minutos. En eso sintió que la puerta cedía, que unos brazos fuertes le estrujaban en la oscuridad. Después alguien le daba un beso con insoportable olor de ajo, mientras le metían apresuradamente un envoltorio debajo de la capa. Al mismo tiempo una voz de mujer se explicaba como en sordina:

—Tomá, viejito, por ahora... Vení más tarde, cuando los atorrantes que invitó la señora no estén en casa...

La puerta se cerró sin ruido, y el ministro volvió a quedarse solo en el portal, sin saber lo que le pasaba. Hombre de mundo, al fin, sonrió y miró el contenido del envoltorio. Adentro había dos alas

de pollo asado, junto con algunos trozos de pechuga. Vázquez Llorente, que era un hombre no desprovisto de ingenio, como lo demostraran sus escritos, abarcó de inmediato la situación. Comprendió que él era uno de los atorrantes que importunaban los amores de la cocinera. Riendo interiormente de su aventura, escudriñó el fondo de la calle a la difusa luz del farol del alumbrado, hasta divisar a un policía en uniforme, que miraba con insistencia hacia la casa. El caballero español se encaró resueltamente con él, y le dijo con hidalga cortesía:

—¡Me han encargado esto para usted, hombre!... ¡Y que le aproveche!...

El guardia civil apretó el envoltorio con el brazo, musitó un "muchas gracias" casi imperceptible, desapareciendo rumbo al cafetín donde acostumbraba a devorar sus presas. Cuando el diplomático español tenía ocasión de relatar a sus amigos el sugestivo incidente, no podía menos de exclamar entre accesos de buen humor:

—Cumplí a fe de español como buen caballero, devolviendo al milico lo que le pertenecía, con excepción, naturalmente, del beso oliendo a ajo... Conviene observar, para mi disculpa, que el novio de la cocinera era un mulato fornido con una barba de cuatro días...

Vázquez Llorente, de regreso a España, hace ya por lo menos seis décadas, publicó en Madrid un libro en el cual describe sus experiencias por tierras de América. En algunas de sus páginas, con estilo virulento y cáustico, refiere la vida montevideana de la época, y se burla de aquella sociedad que pensó, acaso ingenuamente, que podía comprar con agasajos la benevolencia de su juicio.

AQUELLA tarde se observaba un gran alboroto en el *Bon Jules*. Había llegado Txingorra, inesperadamente, y no podía suceder nada bueno. Era un vasco alto, cargado de espaldas, casi sin pelos en la cabeza de calavera, según decían, porque llevaba siempre la boina encasquetada hasta los ojos. Su nariz era roja, llena de verrugones, y cubierta de puntitos negros, como frutilla madura. Poseía un criadero de aves en los alrededores del Manga. Llegaba de tiempo en tiempo, manejando las mulas de una jardinera cargada de gallinas, pollos y huevos, que repartía en las fondas de sus paisanos. En cierto sentido Txingorra podía considerarse como un precursor de la industria avícola en el Río de la Plata. Se ignora por qué causa los vascos estaban tan prevenidos contra él. Cuando se acercaba demasiado a las mesas de los jugadores, éstos silbaban como desatinados, mientras que, con disimulo, hacían los cuernos por debajo, cerrando el puño, al mismo tiempo que dejaban libres el índice y el meñique. Ezkerra, sin explicarse el motivo, experimentaba también ese temor supersticioso. Además de *Txingorra* que, en vascuence, significa granizo, también le llamaban *kukusu* (pulga), *zorri* (piojo), *izurri* (peste), *larrapota* (langosta), *sukarra bellegi* (fiebre amarilla) y otras cosas que se han olvidado. Todos, eso sí, eran nom-

bres de plagas y calamidades. El aludido soportaba con increíble paciencia las invectivas más o menos veladas que le iban dirigidas. Al entrar no saludaba, porque sabía de antemano que su saludo no le sería devuelto. Con aire hosco, enfurruñado, buscaba su asiento, en la glorieta más apartada, junto a una mesa solitaria, casi barrida por las ramas colgantes de las madreselvas. Allí quedaba largo rato sumido en sus reflexiones, taciturno, mirando fijamente el suelo arenoso, color ladrillo. A veces llevaba él mismo su comida, que era un espantoso revuelto de huevos, tocino, chorizos y morcillas, que se hacía servir junto con una jarra de vino. Todo aquello iba a parar a un plato grande como palangana. Antes de hundir el rostro en su pitanza, revisaba prolijamente el contenido, murmurando como si rezara:

—*Zingarra, lukainka, odolki eta arroltzeak...*
Ona... Ongi...

Y engullía en silencio, despaciosamente, mientras sus paisanos lo miraban desde lejos, recelosos, apuntando hacia el suelo con el índice y el meñique en el puño cerrado...

* * *

EN LA MESA próxima Ezkerra oyó hablar a Vigourdan de las chicas de Uztai, unas solteronas

simpáticas, no sin atractivos, cuyos antepasados habían sido dueños de medio Cerdón. Los vascos y bearneses le trabucaban el nombre al pronunciarlo en su lengua. Cuando el barrio era una aldea separada de la ciudad por un vasto campo de pastoreo, una dehesa, como decían los cabildantes de entonces, que se extendía desde Médanos hasta Juncal, ya la familia de Uztai había echado raíces en el Cerdón (1). Los últimos retoños de ese añejo tronco fueron aquellas solteronas cultiparleras que, resistiéndose a envejecer, reunían en su casa todo lo que había de fresco y de juvenil en el querido solar de sus abuelos. Las gentes decían que las chicas de Uztai hablaban en difícil. Es posible. Pero, en realidad, aquellas mujeres desconocidas fueron las primeras cultoras de la antorrea, del floripondio y otras formas de ese tropicalismo literario tan revelador de la semicultura hispano-criolla. Fueron algo así como sacerdotisas del amanecer. En los estrechos límites del Cerdón fundaron esa escuela de lo cursi, que campea todavía en todas las manifestaciones del arte y hasta en los discursos políticos. Su gusto por lo alambicado era legendario. En sus saraos famosos no se admitía a quien amagara siquiera con las sombras

(1) Casi un siglo más tarde, el Presidente Berro declaró incorporado el Cerdón a la ciudad, por Decreto de Diciembre 31 de 1861.

de palabras consideradas vulgares y plebeyas. No se decía, por ejemplo, matrimonio feliz, sino *dulce himeneo*, como en tiempos de Racine. Si a algún inocentón desprevenido se le ocurría decir pez o pescado, la concurrencia se llevaba en seguida la mano a las narices, alejándose de él con gestos de repugnancia, como si despidiera mal olor. Debía decirse "los habitantes del cerúleo abismo". *Huevo* era un vocablo grosero y antipático que no venía jamás a los labios de aquella gente refinada. No se admitía siquiera el inofensivo sinónimo de *factura*, como se acostumbra todavía a usar en extramuros. Para hacer buena impresión había que decir: "*el fruto de la consorte del alado vigilante de la aurora*". La negra que atendía la mesa, mostrando siempre sus blancos dientes entre la pulpa roja de su boca, no habría entendido si se le hubiera dicho:

—Morena, sírvenos el té con mucho azúcar...

Si alguien se le hubiera dirigido en esa forma, era más que probable, era seguro, que la negra creyese que estaba loco de remate. Para ser escuchado cortésmente había que expresarse así:

—*Africana, escáncianos tu infusión de hojas chinecas con materia dulcificante en grado superlativo...*

*
* *

Todos REÍAN a carcajada limpia. Ezkerra observó a Vigourdan, con el rostro congestionado, que se apretaba las caderas con ambas manos. La nuez de Adán daba golpes bruscos en la garganta como un montacargas descompuesto. Hasta Biluzera, de suyo tan indiferente y apático, se estremecía con estertores de risa iguales al ladrido de un cuzco. Txingorra miraba de lejos, como si se despabilase de un sueño, contento sin duda de haber pasado a segundo plano. Aquel demonio de Vigourdan, como profesor de latín y recitador de Ovidio, tenía entrada de preferencia en el templo de los selectos. Comentaba la última reunión del cenáculo en la que fué el ídolo de los contertulios. Con afectado descuido, dejó caer algunas combinaciones truculentas, disparatadas, de raíces latinas y griegas que había preparado expresamente. La impresión fué de atroz prosternamiento. Todos quedaron mudos de asombro. Se le exigió que declamara varias veces su absurda fraseología, como se hace con los tenores en el teatro. Aquel Vigourdan, desgarrado y feo, con su extraña cabezota y su cuello de avestruz, se transformó de pronto en un Apolo digno de ser modelado por Praxiteles.

—Acá me ven ustedes —exclamó riendo—. Yo, que no sabría conducir ni la jardinera de Txin-

gorra, me veo de pronto convertido en Auriga del Sol!

Y citaba nuevas y complicadas frases, que había preparado para la reunión del día siguiente, y que lanzaría como al desgaire, dejando a todos turulatos. Y volvía a ejercitarse en su retórica imposible, a afinarse en una esgrima sin sentido, pero tan del agrado de aquellas señoras y caballeros que vivían en la más humillante servidumbre de la frase. Las mujeres quedarían aleladas. Los hombres permanecerían atacados de pasmo. Todo sería estupefacción y sobrecogimiento. Vigourdan gozaba en su interior con el tremendo efecto que producirían sus palabras. Y después, entre sus amigos, se reiría de buena gana, porque, fuera de su traje manchado de grasa y cubierto de caspa, era un hombre de buen gusto.

*
* *

AL FIN, mientras se formaban los cuadros de jugadores para distribuirse las cartas, la conversación anduvo mariposeando sobre temas diversos. Medio en serio, medio en broma, se discurría sobre cualquier cosa. Vigourdan estaba en su día, y era como el bastonero en aquel pericón de palabras que se entrecruzaban como las parejas del

baile eriollo. Jugaba de compañero con Ezkerra, amonestándolo con puyazos y salidas chocarrerías, cada vez que los naipes le negaban triunfos. A una jugada de su pareja, que le pareció la de un perfecto chambón, Vigourdan se encrepó, empezando a dirigir sus dardos contra los vascos. En esa ocasión los bearneses estaban en mayoría. Para mal de Ezkerra, faltaba Urretxindorra. Este era el único que hacía demostraciones de sapiencia hasta "pararle el carro" a Vigourdan. Comprobando su lamentable inferioridad, el vasco se limitaba a contraer los músculos de la cara y arquear el lomo, como un gato acosado por los perros.

Vigourdan, mientras tanto, proseguía machacando con su sorna habitual. Se preguntaba qué sería de ellos, los bearneses, si no fuera por los vascos. En tiempos anteriores a Juana de Albret, los bearneses hubieran tenido que limpiar las caballerizas, amontonar el estiércol y ocuparse en otros menesteres indignos. Gracias a los vascos, los bearneses fueron relevados de ejercer oficios villanos. Pero, aun así, los sires de Albret no los consideraron con méritos suficientes como para ennoblecerlos, otorgándoles la jerarquía de palaciegos de primera clase. Fué durante la juventud de Enrique IV que se les permitió usar espadín y llamarse gentileshombres. Esto les daba el derecho de

penetrar en la cámara privada de la reina de Navarra, y retirar de madrugada el *pot de chambre* de sus altezas...

Mientras los bearneses reían, inflando los carrillos, Vigourdan fingía una cómica seriedad. Los vascos se sumaban también al coro, simulando entretenimiento, para no dar a entender que aquello les molestaba. Ezkerra, acurrucándose como una perdiz entre los rastros, se agachaba detrás de algún vecino, apabullado por tanta sabiduría. Y entre los pensamientos que se atropellaban en su mente rústica, como novillos en un rodeo, apareció clara la imagen del gentilhomme que colgaba del clavo en el cuarto de Doña Graciana. Luego sonrió para sus adentros, asociando la idea del hidalgo Juan Olarte de Alzaguirre con el oficio tan poco edificante de que hablaba su compañero de juego. Vigourdan, con aire indiferente, seguía repartiendo los naipes manchados de vino, canturreando:

*La haït sur la montagne u pastou malhurous
Sigut aü pe d'u haïi négat dé plous
Sounyabe aü cambiamen dé sas amous.*

Parecía un gallo en el centro del ruedo de un refidero, rodeado de plumas ensangrentadas, pisando el pescuezo del vencido, entre cantos de victoria. Ezkerra se acordó de que el padre Larra-

mendi le había dicho que Luis XIII no desdeñó asistir a una misa de esponsales en la iglesia de San Juan de Luz, cuando viniera hasta la frontera española a encontrarse con Ana de Austria, la hija de Felipe III. Cuando se aventuró, balbuciente, en ese terreno, Vigourdan lo atajó de nuevo, con risa sardónica:

—¡Pamplinas! ¿Que el rey se detuviera en un pueblo vasco?... ¡Pamplinas!... ¡No iba a mandar a sus mosqueteros a encontrarse con Ana!

Ezkerra volvió a encogerse y Vigourdan a crecer. El bearnés se palpó su casaca negra que le llegaba casi hasta las rodillas. De sus faltriqueras extrajo un libro que le había mandado Paul Groussac, con las cubiertas de un rojo pálido, y lo puso sobre la mesa. Distraídamente, empezó a tamborilar con sus dedos manchados de tabaco, mientras apretaba las barajas con la otra mano. ¡Los bearneses! Ellos sí que habían fabricado reyes. Hasta el último campesino poseía la majestad de un soberano. Y Vigourdan, exasperado por su propio entusiasmo, se perdía en los detalles de una anécdota del tiempo de Enrique de Bearn, cuando ya éste era rey de Francia. Un día que cazaba en tierras de sus abuelos, se alejó demasiado de su séquito, extraviándose en el bosque. Mientras buscaba infructuosamente la salida, el monarca se topó con un

leñador, bearnés como él, a quien rogó que lo sacara de aquel dédalo de tupidos follajes y de altas hierbas. En tanto caminaban juntos, se entretenían hablando en su lengua natal. De pronto, una ocurrencia ingeniosa cruzó por la cabeza de Enrique:

—Dime una cosa —exclamó—. ¿Tú nunca has visto al rey?

El paisano se encogió de hombros, y dijo que no.

—¿Te gustaría verlo? —insistió el monarca.

El patán volvió a encogerse de hombros, pero no respondió. Enrique el bearnés, en un amplio ademán campechano, señaló los lindes del bosque. Luego guiñó un ojo y puso la mano sobre la espalda de su acompañante. No había nada de principesco en la sencilla actitud de aquel rey popular y deseoso de inspirar confianza.

—Pues mira —continuó—. Cuando lleguemos al primer claro, verás a un grupo de vistosos y apuestos caballeros. Aquel que permanezca con el sombrero en la cabeza, míralo bien. ¡Ese es el rey!

La conversación prosiguió en el mismo tono hasta que, al salir del bosque, se encontraron con el brillante séquito. Los caballeros mostraban algún desasosiego por la excesiva tardanza del soberano. Del grupo brotó una voz sonora en la que vibraba alegre sorpresa:

—¡El rey!

Y todos, movidos como por oculto resorte, se quitaron sus grandes sombreros de plumas que barrían el suelo. Enrique volvió entonces su cara de triunfo hacia el campesino:

—¡Y bien! —exclamó—. ¿Sabes ahora quién es el rey?

El paisano miró al séquito de caballeros. Luego dirigió sus ojos a Enrique, y meneó la cabeza.

—¿Quién es el rey?... ¡Hombre!... ¡O tú o yo!...

¡Enrique y el campesino eran los únicos que habían permanecido con el sombrero puesto! Vigourdan saboreaba la anécdota con especial delectación, le daba mil vueltas, hasta agotar sus últimas consecuencias. ¿Quién era allí el verdadero soberano? Imposible saberlo. Lo cierto es que el último destripaterrones bearnés, no sólo se sentía igual a los reyes, sino que se lo decía a su propio monarca. Aquella lección igualitaria lo llenaba de orgullo. ¡Ah, los bearneses! ¡Qué raza prodigiosa! Vigourdan quería transmitir a los demás su convicción entrañable, aquella fe infantil que arraigaba en lo más profundo de sí mismo. Si alguien hacía intento de contradecirle, empezaba a redoblar con los dedos sobre la cubierta del libro, o lo mareaba con

su canturreo, haciendo esta vez una incursión en la lengua de oc.

La malauto, a la capeleto,

Dins la viseto virouleta,

La mountéron. Lou preire, en subrepelis blanc,

Buto la porto... (1).

* * *

LA CHARLA languidecía por falta de combustión. No se escuchaba más que el crujido de los naipes sobre la mesa o entre las manos de los jugadores. Era inútil forcejear para volver a encender la llama. Cuando desaparecía el estímulo del tema o del interés, la conversación no podía estirarse, y se secaba sin violencias, como un manantial en el verano. Moría naturalmente, lo mismo que, después de un día radiante, el sol se hunde en el ocaso. Todos aceptaban sin esfuerzo esta contrariedad, y parecían gozar de esos minutos de silencio y de calma, cual si fueran una recompensa de su fatiga. Pero estaba escrito que aquella placidez no debería durar mucho tiempo. Un grito desapacible que

(1) "La enferma fué subida a la pequeña capilla por la escalera de caracol. El cura, con sobrepelliz blanco, empuja la puerta..."

Estos versos, que mascullaba, cantando, Vigourdan, pertenecen al canto XII de Mireio (Mireya), de Mistral.

venía del fondo de la casa, un grito entre enfadado y jocoso, rompió el silencio con ruido de cristalería que estalla en pedazos. Era el encargado del establecimiento que se dirigía sucesivamente tanto a Incapasques como a Gelourouns, arrastrando un tarro de leche con la tapa sujeta por cadena metálica. Desde la mesa de los jugadores venía el rumor de la zambra que el suceso había despertado entre las personas reunidas en el salón vecino. Al servirle directamente del tarro a alguien que pedía leche recién ordeñada, saltó del fondo una rana verdosa que fué a golpear la cara del cliente, que era una persona seria, nada menos que el juez de paz del distrito:

—¡Una rana! —gemía el encargado—. ¿Dónde se ha visto tamaño escándalo?

Aquello era intolerable. Incapasques y Gelourouns, que eran los socios que traían la leche, debían dar explicaciones. Lo primero que se les ocurrió fué decir que como las lecheras pacían en campos bajos, convertidos por la lluvia en verdaderos bañados, no era extraño que hubieran tragado alguna rana. Después, ante el estruendo de las risas, considerando esa historia demasiado inverosímil, cambiaron de táctica, descargando la culpa contra algún bromista de mal gusto. La jarana siguió después el mismo rumbo. Massacre contó

que en los momentos de escasez, el arroyo Carrasco quedaba en seco. Hasta Ezkerra también metió baza, diciendo que, sin agua, no podrían vivir los lecheros. Es cierto que, a veces, se les iba la mano, pero esto no tenía importancia. Y narró su encuentro con el presidente Idiarte Borda, quien, como buen descendiente de vascos, era sencillo y bonachón. Se retiraba cierto día, después de dejar la leche en el umbral, cuando escuchó que lo llamaban. Era el presidente en persona que salía a realizar su paseo matinal.

—¡Oye, muchacho!... Mira que el agua que trajiste ayer, tenía muy poca leche, ¿eh?

Pujos de risa se levantaron de todas partes hasta formar una verdadera tormenta. ¡Si sería importante el agua, que ocupaba el primer lugar! ¡Y era un presidente de la república el que lo reconocía! No hay duda que se trataba de un grande hombre. Y acababan exaltando las condiciones de aquel gobernante impopular, pero que gozaba de cálidas simpatías entre los vascos. Gorotz-Auntza recordaba que lo había conocido casi niño, cerca de La Lata, en el viejo camino a Mercedes, cuando todavía rondaba por allá Iparraguirre, el épico cantor de la tierra eúskara. Mientras tanto, Kokotz asentía con movimientos rítmicos de cabeza, exagerando aún más su descomunal prognatismo,

como si quisiera agujerearse el pecho con la punta de su mandíbula. Gorotz-Auntza continuaba explicando quién era Iparraguirre. Antes de crear su *Gernikako Arbola* había vivido la vida de los gauchos. Se había expatriado por voluntad propia, abandonando España, desilusionado, después que el pacto de frágil reconciliación, conocido en la historia por *abrazo de Vergara*, lo inhabilitaba para proseguir la lucha. Vino acá joven, fundó una familia, y retornó a su solar con luengas barbas de plata, para entrar en la muerte y la gloria casi al mismo tiempo. Al cabo de sus andanzas por el mundo, regresó al hogar, donde lo esperaba todavía su vieja madre, casi centenaria. La anciana disimuló su sorpresa y le reconvino en un tierno reproche:

—*Joshe Mari, au alda eskolatik etorzeko orduba?* (1)

Y acabó la leyenda del trovador vasco, pero que antes había sido payador entre los criollos. Y Gorotz-Auntza se puso a silbar fuerte, como un chistulari en las fiestas aldeanas. Era ésa la manera de ocultar su emoción. Kokotz, por su parte, seguía aprobando, como si cabeceara de sueño, golpeándose acompasadamente el pecho con su enorme mandíbula...

(1) “José María, ¿es hora ésta de regresar de la escuela?”

*
* *

DESPUÉS del batiborrillo de risa y de cosas serias que hubo sugerido la inesperada intervención de la rana, las ideas empezaron a entumecerse de nuevo. En la calle la sombra de los eucalip-tus y paraísos se alargaba lentamente, signo de que anochecía. Del portalón abierto, la claridad parecía retirarse hacia el fondo del solar de Ar-tola. Un prolongado redoble de tambores, mezclado con intempestivos toques de clarín, venía del cuar-tel. Probablemente había formación en la plaza de armas. En eso entró el chico de la fonda con un papel doblado en la mano. Sorteó con presteza las mesas atiborradas de concurrencia, y se dirigió di-rectamente al sitio donde los vascos y bearneses acostumbraban a disputar sus partidas. Desapare-ciendo casi entre la humareda del tabaco, en un recodo, entregó el papel a Ezkerra. El vasco ofi-ciaba de zángano en ese momento, vale decir, mi-raba jugar, esperando su turno. Con flema, sin de-jar de vigilar el juego, desdobló el papel. En se-guida empezó a deletrear su contenido. Sus labios se movían como si hablasen en voz baja. A me-dida que avanzaba en su lectura, la cara de Ez-kerra se iba poniendo intensamente pálida. De pron-to arrugó el papel, y acercándose a Vigourdan le

susurró algunas palabras al oído. Este dejó las car-tas sobre la mesa y contrajo la boca en una mueca de sorpresa. Gorotz-Auntza se puso de pie al no-tar la turbación de Ezkerra, y quitó el papel de sus manos. Luego se esforzó por desarrugarlo, plan-chándolo sobre el muslo. Ambos trataron de descifrarlo nuevamente con las cabezas tan juntas, que las *kuskullas* de Gorotz-Auntza casi rozaban la ca-ra de Ezkerra. Se oyó una maldición en vascuen-ce. El *dongeski* rodó como un trueno hasta per-derse en el otro extremo de la plaza. Hasta Don Ergela levantó su cráneo flojo, vacilante, y la risa de enfermo desapareció de sus labios. Una voz ca-vernosa, casi lúgubre, se abrió paso en aquel mun-do de súbitas inquietudes.

—Eso tenía que suceder... ¡Es Txingorra!...

Otras imprecaciones se unieron a la batahola, entre arrastrar de mesas y ruido de zapatos que trituraban la gravilla del piso. Cayeron algunas banquetas. Todos abandonaron sus asientos, estre-mecidos, palpitantes, como si soplara un viento de muerte. En medio del estrépito, Tximista crispó su puño cuadrado, y pareció erguirse y crecer co-mo en sus buenos tiempos de pelea contra la india-da brava.

—¡Txingorra!

Desde lejos, el “vasco con mala sombra”, los

ojos desmesuradamente abiertos, miraba sin comprender, aterrado, al puño amenazante surgiendo de aquel grupo de seres sobrecogidos que se empujaban en una ronda loca de superstición y de miedo. Sin embargo, la racha maléfica parecía detenerse junto al umbral. En la plaza de Artola, atestada de gente bulliciosa, la banda del batallón rompía, con sus marchas triunfales, el sueño lánguido del atardecer.

*
* *

AL DIVISAR las casas, y sentir de nuevo el perfume de los naranjos y jazmines, Ezkerra pareció serenarse. No alcanzaba a comprender todavía el significado del mensaje que le mandara el padre de Patricio. ¿Cómo podía ser eso la influencia de Txingorra? Era ridículo. La misma idea le daba vueltas y más vueltas en la cabeza, como un tornillo que se le metiese adentro de los sesos hasta producirle dolor. El mensaje no era muy explícito, pero elocuente. "Doña Graciana se muere", decía. Antes y después, algunos garabatos difíciles de entender. Nada más. La parte esencial, en verdad, era lo que leía claro. Doña Graciana estaba en su cuarto, blanco de cal. Acostada, inmóvil, respirando con dificultad. Ezkerra la contempló al-

gunos segundos. Después paseó una mirada vaga por las guirnaldas de papel que hacían cruz en la habitación, por los huevos de ñandú con calcomanías, por las paredes enjalbegadas de donde pendían el cuadro del gentilhombre de la Corte de Carlos IV, el retrato de Eugenia de Montijo, la escena litografiada de la abdicación de Bayona, las figuras de Napoleón III y la reina Victoria... Todo estaba limpio. No había huellas de pánico. Hasta los utensilios de uso personal de Doña Graciana, se hallaban en orden sobre una mesita cubierta de paño blanco con encajes. Ezkerra observó que su mujer tenía la cara del color de las paredes, la nariz como si hubiese sido apretada con pinzas, y un reflejo de plata debajo de los párpados. Sus rasgos se habían afinado extraordinariamente, y con los cabellos desparramados sobre la almohada, se veía de improviso frente a una Graciana distinta de la que había dejado. Algo inconcebible y extraño desfiguraba aquella fisonomía maternal. Una mano colgaba fuera de la cama. Ezkerra arregló el acolehado violeta. Luego alisó las sábanas, torpemente. Después cogió entre las suyas aquella mano flaca y dura, estropeada por el trabajo, y rompió en un sollozo prolongado:

—¡Gaizua!... ¡Pobrecita!...

Frases entrecortadas por rugidos sobrenadaban

en aquel naufragio de agonía. Ezkerra no se acordaba haber llorado alguna vez en su vida. Aquello era un desgarramiento atroz, como si otra persona distinta se escondiese adentro y lo conmoviera desde sus entrañas. Solamente, cuando se sintió menos afligido, pasó al cuarto vecino. Trastornado todavía, con un mareo de cosas y de personas que bailaban en su pensamiento, Ezkerra inquirió sobre lo acaecido. Doña Graciana había enfermado la semana anterior. A la cabecera quedó Ña Camila, la misma vieja tuerta que había inventado aquella desopilante historia de los requiebros de Ezkerra. Su arte de curandera le daba algún dominio sobre el tratamiento de males que ella había clasificado según su importancia, como ser, paletilla caída, madre, padrejón, chucho, culebrilla, mal de ojo y calentura del Diablo. Los primeros días todo se resolvió con friegas de ungüentos a base de grasa de ñandú y de venado, derretida con raspaduras de caparazón de peludo. Después vinieron los jarabes, que eran infusiones de pitanga, cambará y raíz de junco, con mucha miel silvestre de lechiguana y caña paraguaya. Como la enferma empeorase, el padre de Patricio, que había quedado a cargo del establecimiento, decidió llamar al Dr. Perroni, un médico italiano del lugar. Después de auscultar y examinar a Doña Graciana, el Dr. Perroni diag-

nosticó una neumonia infecciosa. Agregó que el caso no podía ser más grave. El médico, que a falta de mayores méritos, era un hombre sin impaciencias, calmoso y de sólido buen sentido, no dió ninguna esperanza. Fué entonces que se garabateó aquel mensaje que fuera atribuido a la mala sombra de Txingorra, y que despertara tanta alarma y preocupación entre los amigos de Ezkerra.

*
* *

EN EL CUARTO próximo, entre algunas personas con cara compungida, que hablaban en voz baja, como si ya oliesen a muerto, se hallaba el Dr. Perroni. Era un hombre petizo, de anchas espaldas, y el cabello casi rojo, húmedo y lacio, apretado contra el cráneo, como el pelo de esos lobos de mar llamados pelucones. Su rostro acribillado de pecas, sonriente, con dos ojillos sin pestañas, verdes y lacrimosos, inspiraba confianza. De vez en cuando se levantaba de su asiento, pasando a la habitación vecina para reanimar a la moribunda con inyecciones. Por su parte, Ña Camila había considerado la llamada del médico extranjero como un insulto a su dignidad profesional. Se había marchado antes de la madrugada, echando pestes y maldiciones contra todos los de la casa. Aquella mo-

mia desgredada, cuyas carnes secas olían a cocina de rancho, como charque ahumado, no podía conformarse. La ofensa a sus habilidades de curandera le hacía hervir la sangre.

—¡Quién me iba a decir!... ¡Se acabaron los criollos en esta tierra!... ¡Es al fin!... ¡Llamar a un gringo sarnoso pa que cure la calentura 'el Diablo!...

El viento de la noche traía hasta los ranchos las duras imprecaciones de Ña Camila, cortadas por carcajadas siniestras como castañeteos de ave agorera.

—¡Aura sí que ya'stá finadita!... ¡Qué han de curar esos gringos!... ¡Ponerles nombres raros a los males que manda Tata Dios... ¡Eso es toda su cencia!

*
* *

La voz se fué apagando lentamente, devorada por la distancia. En los ranchos, las mujeres sobrecogidas por las maldiciones de aquella bruja, se persignaban. Huían del vano de las puertas. Cuidaban de las lámparas y los candiles, evitando que echasen humo, o despabilaban las velas de sebo con unas tijeras viejas, para que no goteasen. Nadie había dormido en la casa. En la cocina los peones

encendieron una gran fogata, y tomaban mate en silencio. Ezkerra se paseaba como un sonámbulo desde la pieza donde se reunían los vecinos y las comadres, hasta la alcoba de Doña Graciana. Una hora antes de despuntar el día, se escuchó un galope acompasado. Luego, el sofrenar de pingos del otro lado del patio, junto al palenque.

—¡Ave María purísima!

Era el cura Larramendi, buen gaucho, que se apeaba después de haber galopado cuatro leguas.

—Sin pecao... ¡Adelante! —contestó el padre de Patricio.

El cura venía con su sacristán, que en ese momento se ocupaba en manear los caballos. Larramendi era alto, huesudo, amojamado, con unos pies que le salían de debajo de la sotana, enormes como embarcaciones. Tenía la nariz tajante como una proa, sus cejas en arco parecían un paréntesis de calma sobre el punto negro del ojo vivaz y malicioso. Larramendi se había encontrado sin desearlo en el Quebracho, cumpliendo su ministerio. En lo más recio de la batalla, sintiendo hervir su sangre torera, se olvidó por completo de su misión espiritual para reclamar un arma y prorrumper en gritos de *¡Abajo el Gobierno!*

Cuando la aventura acabó en desbande, se encontró, sin saber cómo, todavía con la carabina

humeante, prisionero en la carpa del General Tajes. En su juventud el padre Larramendi había sido como tiburón para el agua de mar. Cuando los cruceros ingleses eran una línea oscura e indecisa en el horizonte, se arrojaba a las olas en las rompientes del Cubo. Hacía apuestas con Kokotz para alcanzar los barcos. Hasta llegó a competir con un criollo descendiente de eúskaros, que llamaban *Chiquito*, considerado el más extraordinario nadador de su tiempo.

*
* *

EL CURA avanzó haciendo sonar sus gruesos zapatos, seguido de su sacristán, que acababa de encender un farol. La concurrencia, aun enervada por los improperios de Ña Camila, se calmó súbitamente a la sola vista de una sotana. El padre Larramendi estrechó en silencio la mano de Ezkerra. Luego pasaron ambos al cuarto de la moribunda y cerraron la puerta. El sacristán quedó prudentemente afuera, con el farol en la mano. Al cabo de un rato lo llamaron para que también entrase. Quedaron encerrados mucho tiempo en la habitación de Doña Graciana. A los vecinos y comadres que rodeaban al Dr. Perroni les parecía que aquello duraba un siglo, acuciados como es-

taban por el deseo de saber lo que pasaba adentro. Pero tenían la certidumbre de que la sombra que rondaba por los ranchos desde el anochecer, se había filtrado a través de las paredes. Al fin la puerta se abrió de par en par, y apareció la alta figura del padre Larramendi que se hacía la señal de la cruz, mientras sus labios se agitaban en el murmullo de una oración. Un poco atrás, Ezkerra, muy pálido, caminaba arrastrando los pies, sostenido por el sacristán. En la cama Doña Graciana, demacrada, yacía inmóvil, con los ojos entreabiertos, fijos en un punto invisible del espacio. Algunos mechones de cabellos grises se esparcían sin orden, haciendo manchas en la almohada. En el pecho un crucifijo de bronce, y casi al lado de la cabeza una candelaja de beata, recién encendida, que lloraba lágrimas de estearina, mientras la vacilante luminaria hacía danzar sus sombras escurridizas sobre la cara de la muerta.

HABÍA caído un chaparrón momentos antes de que el cortejo llegara al cementerio de las orillas. Nubes negras se amontonaban en el horizonte, y el tiempo parecía amenazar con nuevos chubascos. El camposanto era un viejo potrero, todo alambrado, que acababa en el bajo del arroyo. Un pastizal que había crecido hasta tocar los brazos de las cruces y que cubría de verdor la huella de las sepulturas. El ataúd de pino era llevado por Urretxin-dorra, Vigourdan, Biluzera y Kokotz. Atrás caminaba Adichat para relevar a los que se cansaran. Adelante, el padre Larramendi, dominando al grupo con su estatura. Todos los amigos de Ezkerra se hallaban presentes. Hasta Don Ergela, con su incomprensible sonrisa, estaba también allí. No había querido faltar a la conmovedora ceremonia. Después venían las gentes de los contornos, el dueño de *Los Tamarindos*, Don Juca Trinidad, su capataz el viejo Churrinche. Alejados respetuosamente, Nicasio y Choclo caminaban, con otros mensuales de la estancia, al costado del cortejo. Hacían sonar las espuelas en el pasto mojado, mientras se golpeaban a cada paso la bota con la lonja del rebenque. Detrás, lejos, casi perdidos en la distancia, Manex y Patricio seguían el último rastro de Doña Graciana. Olvidándose de las reprensiones de su patrona, los muchachos habían dado vueltas

todo el día, como almas en pena, en torno a los ranchos. Con ese supersticioso respeto de la muerte que domina en las almas agrestes, no habían querido aproximarse demasiado al cadáver, acaso por miedo de irritar a los malos espíritus. Ahora que estaban seguros de que no verían más a Doña Graciana, marchaban a tropezones, como acosados por fantasmas, después de una noche sin dormir, y con los ojos enrojecidos por el llanto.

Habían llegado al borde de la fosa. El ataúd descansaba en el suelo, entre los yuyos húmedos. Algunos truenos lejanos, como el rodar de un tren de artillería, estremeció la atmósfera. El padre Larramendi, impasible, rezaba sus oraciones en vascuence. Las rachas que subían por el declive del arroyo, desgajaron las últimas frases de su responso:

—*Orain eta gure eriyotz-aldiyan. Olantxe.* (1).

Un nuevo retumbar de tormenta trepó por la ladera hasta disolverse sobre las escasas tumbas. Los miembros del cortejo se apresuraron a descender el cuerpo. Ezkerra tiró el primer terrón, que resonó sombríamente sobre las tablas del ataúd. Luego le siguió Gorotz-Auntza, esparciendo el puñado de tierra con aquella su mano heroica, que mostraba los estragos de la yarará. Del fondo de la

(1) Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

huesa salió un eco cavernoso. Poco a poco, el ruido de oquedad se fué apagando, a medida que la fosa se llenaba con el desparramar de los terrones. El camposantero acabó la tarea, echando gruesas paletadas. Después alisó la tierra, plantando la cruz en la cabecera. El cortejo se dispersó en medio de un solemne silencio. Aquí y allá se veía algunos huecos de viejas tumbas, donde el agua de la lluvia había formado charcos amarillentos. La gente se apresuraba a ganar el trillo sin pasto, que viboreaba del otro lado del alambrado. En ese sitio, entre cinco espinillos desparejos y agrupados en rueda, estaban atados los caballos y esperaban los coches. Atrás, rezagado, quedaba Tximista conversando con el comisario, Don Exaltación. Panzudo y de ojos saltones, Don Exaltación señalaba en el firmamento con el cabo de plata de su rebenque, las masas oscuras del aguacero. Mientras tanto, la brisa traía algunas frases cortadas: ganado orejano, malones de indios, potreros para buenas invernadas, perros cimarrones atacados de rabia, zafras y yerras, todos los peligros y satisfacciones de la vida campera. Una lechuza pasó chillando y casi les rozó las cabezas. Don Exaltación hizo un movimiento de sorpresa. Luego se estremeció, santiguándose:

—¡Cruz diablo!

Palpándose el pecho, se tranquilizó al comprobar que estaba en su sitio el escapulario milagroso, que lo había acompañado con buena suerte en todos los entreviros, y que, según él, poseía la virtud de desviar las balas.

*
* *

EZKERRA ocupó su asiento en el pescante del break, y empuñó las riendas. Don Juca y el viejo Churrinche le expresaron sus sentimientos de pesar, apretándole la mano. Luego partieron al galope, rumbo a *Los Tamarindos*, seguidos de su peonada. En seguida vinieron los otros, la gente del pago y los vascos de su relación. Sin mucha ceremonia Tximista y Kokotz se acomodaron en la parte trasera del coche. Don Exaltación, ya montado en su pío blanco, con el apero de plata, y baticola riograndense, labrada como encaje, caracoleó alrededor del coche, la mano tendida hacia Ezkerra, haciendo sonar los chapeados. Después partió al trote largo, saludando al resto de la concurrencia con un cortés revoleo del rebenque. El Padre Larramendi, Biluzera y el sacristán habían salido ya en una volanta vieja, sin capota, que crujía y saltaba en los baches. Ya no se oían truenos. Pero un olor acre de barro mohoso presagia-

ba el diluvio. Vigourdan y los otros también se habían adelantado en un coche. Ezkerra miró por última vez hacia el lugar donde dormía Doña Graciana. Una pareja de teros se había posado sobre la tumba, y picoteaba en la tierra recién removida. Chasqueó el látigo en el aire pegajoso, pesado, donde ya sudaba el temporal. El break arrancó con violencia. El cielo aparecía súbitamente negro y una serenidad milagrosa, inexplicable, apagaba todos los ruidos de la naturaleza, como si el fin del mundo se agitara sobre aquella humanidad triste, transida de dolor y fatigada de arrastrarse sobre la tierra. Pero la sorprendente calma no era más que un preludio en la cólera de los elementos. Ya los coches habían desembocado frente a los galpones, en el terreno libre de yuyos, duro como suelo de rodeo. Una explosión espantosa seguida de un reguero de chispas azuladas que asustó a los caballos, vino de la altura. Otro punto de calma y roncaban de nuevo los nubarrones. Casi al mismo tiempo verdaderas cataratas de lluvia cayeron sobre la tierra aún empapada. Ráfagas de agua densa, aturdiendo a los hombres y a las bestias, formaba oleajes en el campo, corriendo hacia la hondonada entre los baches, por la huella de las ruedas, con rumor de torrente. El paisaje había desaparecido por completo. Se miraba a lo lejos co-

mo al través de un vidrio esmerilado. Los chorros de lluvia latían como arterias. La tierra devolvía el agua, que salpicaba hasta alcanzar el cielo de nuevo, y parecía que el universo se disolviese para siempre en el prolongado sollozo de la tormenta.

* * *

EZKERRA cumplía con sus tareas habituales en el establecimiento. Biluzera y Kokotz habían quedado con él para acompañarlo. El resto de los amigos se había marchado. Las jornadas eran siempre monótonas y aburridas. Todo se movía en el cuadro rutinario de las cosas camperas. A veces, algún contratiempo imprevisto sacudía aquella monotonía: un ternero que había venido al mundo con las patas envaradas y era necesario matarlo; una oveja abichada, ya casi moribunda, que se ocultara entre los cardales y que la indolencia de los peones no había descubierto cuando aún se estaba a tiempo de curarla; un toro medio bravo que se había descornado, cabeceando toda la noche contra el corral de piedra, un zorro cebado descubierto en el patio antes de la recorrida matinal, que fuera cercado primero y convertido luego por los perros en un andrajo de carne sanguinolenta. Ningún otro acontecimiento turbaba la paz de la casa después de la muerte de Doña Graciana. Pero

había algo de desolación en aquel arrastrar de días que se sucedían sin descanso y tan iguales unos a los otros; algo de mortal en aquella quietud sin esperanza. Al atardecer, recostado al alambrado, Ezkerra escrutaba el horizonte como si aguardara a alguien. Luego, con los ojos muy abiertos, miraba hacia la casa algo descuidada ahora, sombría, con el corredor lleno de hojas secas y cubierto de polvo. Se encogía de hombros y hablaba consigo mismo.

—Sí... Sí... ¡Ya se dejará de amolar!

Los peones que escucharon repetidas veces esta frase, no acertaban a comprender a qué invisible enemigo se refería Ezkerra. Entonces dieron en sospechar de que la estabilidad mental del patrón empezaba a resentirse. Les parecía absurdo, sin embargo, de que se tambaleara en el vacío aquel luchador de amplias espaldas, recio, con tan sólida y exacta visión de la realidad. A la hora de la siesta, cuando los ranchos dormitaban en la pereza del campo, Ezkerra pasaba el cerrojo a la pequeña habitación que le servía de escritorio, donde amontonaba las facturas, y los conformes, y los vales, igual que en los días que buscaba la soledad para echar sus cuentas, antes de reunir la paga de los mensuales. Allí se le oía hablar solo y en alta voz, cual si dialogase con fantasmas.

La voz se filtraba penosamente por las rendijas, y tenía siempre en el silencio los mismos ecos extraños.

—Sí... sí... ¡Ya se dejará de amolar!

En muchas ocasiones la puerta se abrió bruscamente, apareciendo Ezkerra con aire receloso, cual si temiera ser sorprendido. Después de mirar, desconfiado, a todas partes, se dirigía en puntas de pie por el corredor polvoriento, bajo el alero de tejas, hasta la alcoba que fuera de Doña Graciana, y allí espiaba largo rato por el ojo de la cerradura. No veía nada, naturalmente, porque la pieza se hallaba envuelta en sombras. Apenas el reflejo pálido de la cal en la luz incierta que resbalaba por la fisura de los postigos. Desde que se llevaron a Doña Graciana, el cuarto había permanecido cerrado, y nadie entró en él, ni el propio Ezkerra. Sin embargo, una atracción fija, misteriosa, arrastraba al vasco hacia el sitio en que su mujer vivió los últimos momentos. Ezkerra trataba de luchar bravamente en su interior. Pero era aquello un mandato enigmático, incoercible, que escapaba a su control. Al fin caía vencido de nuevo, y otra vez a luchar y a caer, arrollado por la enfermiza tentación.

*
* *

BILUZERA Y KOKOTZ se sentían cada vez más inquietos por las rarezas de su amigo. Una noche, después de la cena, mientras disputaban su habitual partida de escoba, Ezkerra tiró bruscamente los naipes y desapareció como flecha por la puerta que daba al campo. Los compañeros de juego quedaron espantados, mirándose uno al otro, largo rato, sin saber lo que decirse. Al fin Biluzera, conmovido, se llevó el índice a la sien y lo hizo girar con movimiento de tornillo.

—*Gizona eroa* —exclamó.

Kokotz, mohino, asintió con la cabeza, murmurando como en un eco:

—Sí... sí... Loco.

Luego, con voz más fuerte y segura, agregó:

—Loco... sí... sí... Pero hay que salvarlo...

Como Ezkerra tardara en regresar, ambos se levantaron y salieron al campo. El aire fresco de la noche los reanimó. No había luna, pero las constelaciones brillaban en lo alto, con una pureza incomparable. Aquel lírico atorrante que era Biluzera, echó la cabeza para atrás, doblando la nuca, como si quisiera bañarse de infinito.

—Mira, Kokotz, —exclamó después de un momento— ¿Salvarlo?... Quizás... Pero Ezkerra se muere... se muere de amor... Ésa es su locura.

Kokotz rió sin saber por qué. Se acarició con el dorso de la mano su enorme mandíbula. Entre tanto, parecía reflexionar. ¿Sería posible que aquel hombre hecho para los trabajos rudos, robusto como un toro, verdadera fuerza de la naturaleza, cayese en sentimentalismos frívolos, como cualquier hortera? Eso estaba bien para los neurasténicos llenos de vicios, que viven sin pensar en nada y que se mueren por cualquier cosa. Para Ezkerra, no. Y mucho menos, enloquecer por la pérdida de una mujer que le llevaba muchos años de ventaja. Todas estas ideas se le embrollaban torpemente, muy adentro, hasta taladrarle los sesos. Su instinto infalible de las cosas se rebelaba. Le parecía descabellado, sin sentido alguno, que se pudiera pensar en serio sobre la posibilidad de morir por tales futesas. Biluzera lo interrumpió en sus pensamientos.

—Mira allá arriba —dijo— ¿Qué se le importará de nosotros y de nuestras miserias a esos millones de mundos? No vale la pena hacerse mala sangre. Comer bien, dormir mejor... y algo más si se puede... Eso es todo.

No bien intentaba elevarse, Biluzera se precipitaba rudamente contra el suelo. El hombre práctico que había en él, y que no se sentía seguro sino volando a ras de tierra, volvió a dominarlo.

*
* * *

CASI a tanteos, los dos amigos prosiguieron en la búsqueda de Ezkerra, bajo las estrellas. Del lado del tajamar la brisa trajo rumor de ladridos.

—¿No estará allá? —observó Kokotz.

Biluzera rióse para sus adentros, haciendo carraspear la garganta.

—¡Oh!... ¡No!... —repuso— Los perros ladran así a las sombras, pero nunca al amo...

Siguieron andando en silencio. El cielo estaba tan puro, que las constelaciones eran como joyas al alcance de la mano. Una humedad sutil, impalpable, los envolvía. Kokotz se tocó las ropas, y retiró las manos mojadas. Entonces se acordó de una leyenda eúskara que identifica al rocío con el llanto de las estrellas. Su amigo se encogió de hombros en un gesto de incredulidad. Luego, con el índice, apuntó en silencio a la Cruz del Sur, cuyos cuatro diamantes brillaban como un aderezo en el esmalte negro de la noche.

—*Gau... Goizollanda zaarra!* (1)— acentuó, en vascuence, modulando las sílabas para que su amigo abarcara todo su significado.

Después volvió a reír con gorgoritos apagados, que parecían venirle del vientre. En eso sintieron gritos desde los ranchos. Reconocieron la voz del padre de Patricio que los llamaba. Ezkerra había

(1) Noche... ¡Vieja coqueta!

sido encontrado cerca del patio, sollozando debajo de unas matas. Al salir al campo, hizo un rodeo y volvió de nuevo a la casa. De esta manera logró despistar a Kokotz y Biluzera, pudiendo desfogarse a sus anchas en la obscuridad, junto al camino de ladrillos que marcaba la entrada a la cocina de los peones.

El padre de Patricio juró que Ezkerra estaba *asombrado*, y que esa misma tarde había galopado tres leguas largas para ver si Don Froilán le sacaba a Mandinga del cuerpo. Biluzera, incrédulo, esbozó un ademán de duda. Pero Kokotz se manifestaba dispuesto a creer. Por lo menos no costaría nada intentar la prueba. El peón de Ezkerra, estimulado por esa muestra de aprobación, volvió a hacer la defensa de Don Froilán, que era un brujo muy "mentao" en el pago por sus curas milagrosas. El "agua de Don Froilán", particularmente, gozaba de fama. Servía para todo, menos para lavarse.

Don Froilán había encargado con empeño que le trajesen una camisa de Ezkerra, pero sin pecar. Esto quería decir que esa pieza de ropa no tenía que haber conocido antes el contacto de cuerpo humano alguno. Es que, para los brujos, no sólo los hombres y las mujeres son capaces de caer en pecado, sino también las cosas. Don Froilán había des-

cubierto con sus menjurjes y sortilegios, una solidaridad tan estrecha en todos los órdenes de la naturaleza, que la posibilidad de cometer falta alcanzaba hasta los elementos más imponderables. Biluzera seguía meneando la cabeza, tozudamente aferrado a sus dudas. Mientras tanto, marchaba hacia el comedor, donde ya se encontraba Ezkerra, más serenado, ocupando el mismo asiento que abandonara minutos antes. Al ver a su amigo, con los ojos sin brillo, con las mejillas flácidas, cayéndole como colgajos de carne, con las gruesas arrugas que le surcaban la frente, Biluzera cambió en seguida de opinión. Entonces se arrimó al padre de Patricio y le susurró casi al oído:

—Hay que agarrar los caballos del break... Mañana temprano salimos...

Luego tornó a la mesa, recogiendo las cartas como si nada hubiera ocurrido. Kokotz se sentó a su lado. Ambos observaban de reojo, con disimulo, la figura de Ezkerra. Aquella cara de luna llena, francota y optimista, se había desinflado. Era un espectro de antaño, verdadero *illargi*, luz muerta, como los vascos designan a la luna. Kokotz distribuyó los naipes sin hablar, y Biluzera recogió la primera baza. Ezkerra hizo escoba con el siete de oros. Los contrarios tornaron a jugar. Ezkerra volvió a hacer nuevamente una escoba con

otro siete. De vuelta al juego, y dos escobas más con un considerable arrastre de oros... Biluzera lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Caramba!... Cuatro escobas, sietebelo, las setenta, cartas, oros... ¡Vaya una suerte!

Ezkerra sonrió. Una gota de ironía resbaló entre sus labios finos y apretados.

—Sí... sí... ¡Una suerte bárbara!

*
* *

LA TAPERA de Don Froilán estaba situada en medio de un fresco gramillar que las margaritas y macachines esmaltaban de rojo y amarillo. En torno había restos de ranchos derrumbados, que parecían cuevas cubiertas de trébol, como antiguas vizcacheras. Allí fueron otrora los puestos del primer Barragán, hidalgo español, a quien el rey Carlos III otorgara el dominio de esas vastas tierras. El brujo habitaba la ruina principal, defendida, por anchos zanjones, de alimañas y sabandijas. Como la cumbre se venía abajo, Don Froilán la apuntaló con troncos de coronilla. A fin de evitar la caída del adobe y de los terrones que se desprendían cuando la lluvia ensanchaba las grietas, el viejo reaseguró los panes con barro nuevo, rellenando los intersticios para que el te-

cho no aflojara. Aún así había quedado en resto de solera, debajo del cual Don Froilán dormitaba en las tardes calurosas. Pero de tanto alisar el barro y de redondearlo para que el agua no se estancase arriba, el mojinete perdió sus salientes. Así que la tapera fué cambiando su aspecto de rancho. Aquello parecía de lejos un camoatí. Su forma de avispero, con la entrada disimulada por un cuero de yegua, le daba cierto aire casi solemne en aquella desolación apenas turbada por los ruidos misteriosos del desierto.

Adentro, el humo del fogón encendido sobre el piso de tierra, lastimaba la vista. Colgados de los puntales de coronilla, había racimos de yerba carnífera, yerba de perdiz, apio cimarrón, ñangapiré, espina de la cruz, mastuerzo... Manojos de juncos y de totoras se amontonaban en los rincones de la tapera, entre enredijos de sogas, lazos, cabestros y boleadoras, que olían a grasa de carpincho. Don Froilán vivía solo, sin más compañía que dos perros flacos. Era un viejo de melena gris, que casi le tocaba los hombros. Tenía la barba tordilla y dos hermosos ojos serenos, redondos y amarillos como los del ñacurutú. Enjuto, con los pómulos de un color aceituna sucio. Las manos eran zarpas largas y oscuras. En la punta de los dedos, uñas como las de un mataco,

otro siete. De vuelta al juego, y dos escobas más con un considerable arrastre de oros... Biluzera lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Caramba!... Cuatro escobas, sietebelo, las setenta, cartas, oros... ¡Vaya una suerte!

Ezkerra sonrió. Una gota de ironía resbaló entre sus labios finos y apretados.

—Sí... sí... ¡Una suerte bárbara!

*
* *

LA TAPERA de Don Froilán estaba situada en medio de un fresco gramillar que las margaritas y macachines esmaltaban de rojo y amarillo. En torno había restos de ranchos derrumbados, que parecían cuevas cubiertas de trébol, como antiguas vizcacheras. Allí fueron otrora los puestos del primer Barragán, hidalgo español, a quien el rey Carlos III otorgara el dominio de esas vastas tierras. El brujo habitaba la ruina principal, defendida, por anchos zanjones, de alimañas y sabandijas. Como la cumbrera se venía abajo, Don Froilán la apuntaló con troncos de coronilla. A fin de evitar la caída del adobe y de los terrones que se desprendían cuando la lluvia ensanchaba las grietas, el viejo reaseguró los panes con barro nuevo, rellenando los intersticios para que el te-

cho no aflojara. Aún así había quedado en resto de solera, debajo del cual Don Froilán dormitaba en las tardes calurosas. Pero de tanto alisar el barro y de redondearlo para que el agua no se estancase arriba, el mojinete perdió sus salientes. Así que la tapera fué cambiando su aspecto de rancho. Aquello parecía de lejos un camoatí. Su forma de avispero, con la entrada disimulada por un cuero de yegua, le daba cierto aire casi solemne en aquella desolación apenas turbada por los ruidos misteriosos del desierto.

Adentro, el humo del fogón encendido sobre el piso de tierra, lastimaba la vista. Colgados de los puntales de coronilla, había racimos de yerba carniceira, yerba de perdiz, apio cimarrón, ñangapiré, espina de la cruz, mastuerzo... Manojos de juncos y de totoras se amontonaban en los rincones de la tapera, entre enredijos de sogas, lazos, cabestros y boleadoras, que olían a grasa de carpincho. Don Froilán vivía solo, sin más compañía que dos perros flacos. Era un viejo de melena gris, que casi le tocaba los hombros. Tenía la barba tordilla y dos hermosos ojos serenos, redondos y amarillos como los del ñacurutú. Enjuto, con los pómulos de un color aceituna sucio. Las manos eran zarpas largas y oscuras. En la punta de los dedos, uñas como las de un mataco.

que parecían hechas nada más que para escarbar la tierra.

Después de chupar el mate hasta hacer resonar la bombilla, volteaba la cebadura sobre una carona vieja, y la dejaba al sol, a fin de que secase. De este modo, la misma yerba le servía varias veces, tanto para matar las horas como para distraer su estómago. La boca de Don Froilán, que desaparecía entre tanta barba, no podía verse sino cuando se abría para engullir algún trozo de asado o cuando lanzaba alguna de sus estruendosas carcajadas, que eran como los alaridos de una tribu de indios ebrios. Apenas los perros ladraron y sintió el rodar del break, Don Froilán la dejó el cuero de yegua, exclamando:

—¡Bien haiga'el que lo trujo, si viene pa sacarse los males!

Esperó en silencio que Ezkerra y sus compañeros se apeasen. Luego agregó:

—Por mal nombre me llaman *el brujo*... Con yuyos todos colejimos en algo e'brujería... Pero si no se comprenden los yuyos, no se da con la güeva, amigazo!

Después de saludar a sus visitantes, se encaró con Ezkerra.

—¿Su oficio, compadre?

El vasco consideró con respeto la figura de

aquel gaucha, cuya aureola medrosa le perturbaba interiormente. En seguida respondió:

—Tambero, Don Froilán...

El viejo carraspeó un momento, como si meditase:

—¡Ajá!... ¿Tambo?... ¡Ajá!...

No pronunció una palabra más. Se metió en la tapera haciendo seña para que lo siguiesen. Avivó el fuego con leña de molle y algunas astillas de tala. La madera, algo verde, ardió con chisporroteos que parecían detonaciones. Un humo espeso y azulado fué sumergiendo lentamente los objetos todavía visibles. Don Froilán se arregló el chiripá, que era como un poncho con flecos, doblado entre las piernas. Se quitó las botas, calzándose en los talones desnudos un par de nazarinas que chirriaban en el piso de tierra como bandada de pechos amarillos. Luego retiró del montón de cabezadas, pretales y bocados, un sobrepuesto de cuero de zorro, algo así como quillango indio, que apretó con el cinto, arrastrándole de atrás hasta las corvas, como uno de esos culeros que usaban antaño los negros en carnaval. Se ató a la cabeza, en forma de vincha, un pañuelo color crema, para evitar que el pelo le cayese sobre los ojos. Cuando todo estuvo pronto, descolgó de detrás de los aperos una faca brasileira de

dimensiones descomunales. Apuntó para arriba con aquella especie de lanza, como si fuese a atravesar la cumbrera de su camoatí de barro, exclamando:

—Güeno, aparceros... ¿Les parece d'empezar?

En medio de la densa humareda, los visitantes movieron la cabeza en señal de aprobación. Don Froilán volvió los ojos a su cliente:

—Tambo, me dijo... ¿no?...

Ezkerra, algo inquieto, hizo un gesto afirmativo. Entonces Don Froilán desplegó la "*camisa sin pecar*". Primero la palpó y la olfateó para cerciorarse de que no lo habían engañado. Luego la lanzó al aire, como una bandera, barajándola con su facón. En seguida comenzó una danza loca en torno al fuego, con la camisa en alto, que subía y bajaba, atravesada por el acero, flameando como en un mástil, desgarrada, con jirones palpitantes que se doblaban y caían mustios a lo largo de la temible daga.

—Tambo sí, tambo no, tambo sí, tambo no...

A la música monótona de sus palabras acompañaba el ritmo metálico de las espuelas en el piso de tierra. Don Froilán seguía bailando su danza frenética, poseído por Lucifer, mientras gritaba como desaforado:

—Tambo sí, tambo no, tambo sí, tambo no...

Don Froilán echaba ya espuma por la boca, y

tenía la barba tan húmeda, que parecía la hubiese sumergido en el barril del agua. La camisa nueva de Ezkerra ya no era otra cosa que un montón de guñapos sucios y pingajos deshilachados. Al fin Don Froilán arrojó el facón, cayendo como una masa inerte contra los aperos. Rendido y desfalleciente, inmóvil, con los ojos de ñacurutú cerrados, parecía muerto...

*
* *

EZKERRA y los otros vascos experimentaron alguna alarma. Pero el padre de Patricio los tranquilizó. Aquello no era de importancia. Formaba parte de la comedia que Don Froilán estaba desempeñando. Pasaron algunos minutos de silencio, apenas turbados por el chisporroteo de la leña verde, que seguía quemándose en el fogón. El viejo abrió los ojos, se enderezó lentamente y respiró hondo. Muy serio y circunspecto, con parsimonia, se desembarazó de las nazarenas y del cuero de zorro que le cubría la parte trasera. Mientras se calzaba las botas, habló con un dejo de fatiga, arrastrando las sílabas.

—Con el agua é la vida y la muerte, acabamos la cura... Si hay lugar en el coche, vamos p'allá...

Dicho esto, Don Froilán recogió una tacuara, que

pasó por la abertura del rancho, asegurándola luego con tientos al costado del break. Desapareció de nuevo en su cueva para volver con un cucharón de cobre, abollado hasta lo inverosímil, que probablemente habría servido en otro tiempo de candil. Después extrajo de su cinto un naco brasilero, invitando a los presentes. Mientras las visitas se arreglaban en el coche, Don Froilán, con su pequeño facón de trabajo, sentado sobre la grama, picaba concienzudamente el tabaco sobre la bota. Cuando todo estuvo listo, saltó sobre el pescante con agilidad de yaguareté. Mientras tanto los caballos empezaban a trotar blandamente, hundiéndose hasta los garrones en el alto y tupido pastizal.

*
* *

A MEDIDA que avanzaban, se iba dibujando a la distancia, cada vez más firmemente, la ceja obscura del monte. La cañada serpenteaba al costado. El agua no se veía claramente, pero la adivinaban en el verde jugoso de los matorrales. Una línea achaparrada de *sarandises* marcaba con su dibujo cortado el curso irregular y escondido de la corriente. Las perdices parecían salir de debajo de las ruedas, volando ruidosamente y ha-

ciendo bellaquear de sorpresa a los caballos. Al fin se entró a bordear un pajonal. Aquí y allá, pequeños montones de estiércol de carpincho denunciaban la proximidad del agua. Un carao solitario, espantado por el ruido, levantó vuelo, pesadamente, estirando hacia la cola sus miembros zancudos. Parecía una bandurria gigante, con su fino y largo pico, y su plumaje negruzco, salpicado de marrón claro. Desde el break se oía distintamente el silbido de las martinetas en celo. Los vapores de la mañana se habían disipado hacía rato. El sol calentaba la tierra, y del cielo azul, sin nubes, descendía una luz milagrosa que espolvoreaba de oro la inmensidad del campo. Luego un viejo trillo flanqueado de albardones, los matungos husmeando el bajo anegado, los vasos hundiéndose en el pasto flojo con su característico "chas-chas", zumbido de mosquitos, frescura con olor de cañaverales y de barro... El break trepó luego una loma seca, moteada por ramilletes de paja brava.

—Güeno ah'í nomás —dijo sencillamente Don Froilán.

Los caballos, sofrenados, acortaron el paso hasta detenerse por completo. El viejo dió un brinco y se plantó en la ladera, mirando hacia el bañado. Una línea sinuosa de resaca que se perdía a lo

lejos, señalaba el sitio de la última inundación. El padre de Patricio había cargado con medio ternero. Desinteresándose de los compañeros, empezó a juntar restos de hojarasca y de esa leña esponjosa traída por las crecientes. Había que encender el fuego. Al pie de la ladera, en la misma hondonada, el arroyo se disimulaba entre breñales impenetrables. Era una verdadera red de cañas y plantas acuáticas, que ocultaban la vista del agua. Muchas veces algún novillo arisco se había perdido en la maraña inextricable, entre el fango y las raíces traicioneras. Cuando eso sucedía, no había lazo ni jinete capaces de llevarlo a terreno firme, y era necesario abandonar la empresa. Don Froilán hizo sombra con la mano a sus ojos de ñacurutú, y escrutó atentamente el centro del remanso. Allí se veía, cercado por camalotes, entre setos vivos de caraguatá, apretado por berros espesos y racimos de musgo, un redondel de agua no más grande que un puño. El viejo llamó a los tres vascos y les señaló con su mano uñosa de quirquincho, no muy lejos de la orilla, entre los camalotes, la gota tersa e inmóvil como espejo.

—¿Lo ven?... Allacito nomás... Dejuero Mandinga est'aguaitando aura... Por eso la lagunita se'ha sosegao...

*
* *

EL PADRE de Patricio había quitado los arreos, atando los caballos de las estacas, con una larga sogá, en las isletas del bajo. Había elegido un lugar de sombra y de agua, entre espinillos de flores anaranjadas y ceibos vestidos con su manto rojo. La gramilla del potrerito, fresca y tierna, era un paraíso donde los animales podían pellizcar a sus anchas. Cuidadoso de no olvidar ningún detalle, extendió mantas y desenrolló las guascas para que se oreasen. Un mirasol bayo, de copete azul, extendía las alas moteadas de pintas blancas, inmóvil, ebrio de luz. Sin miedo de hombres ni de bestias, permanecía impassible, entre los pastos de la isleta, con la cabeza ladeada, mirando a la altura... El peón sonrió, regresando por la costa hacia la loma, para vigilar el asado.

*
* *

—A gatas comience a burbujear, ya está... Hay que tener pacencia...

Era la voz de Don Froilán, que seguía comentando el milagro del agua de la vida y de la muerte. El grupo se mantenía en la misma posición, junto a la orilla del estero, con los ojos en la pequeña mancha de cielo, dormida entre los camalotes. Habían tendido ponchos y quitado de los

asientos del break los almohadones con forro de hule. Sin prisa, descansaban la cabeza en las colchonetas, en tanto se distraían fumando y conversando en voz baja. El mensual de Ezkerra, mientras desgajaba con el facón una rama retorcida de mataojo para arrimar las brasas, se puso en cuclillas entre los cuatro. Biluzera se había colocado en su postura habitual, con las manos cruzadas detrás de la nuca y los párpados entornados, mientras mordisqueaba un tallo de trébol. Kokotz y Ezkerra permanecían juntos, sentados, y sus codos se tocaban. Un poco separado, Don Froilán, cabeceando y moviendo la barba, como si dialogase consigo mismo.

—Cuéntenos uno de sus cuentos, Don Froilán... Aunque más no sea pa matar el rato...

El viejo contempló en silencio al peón, que hablaba. Luego largó su risotada.

—Esta agüita, nomás, tiene sus historias...

Lanzó una mirada furtiva sobre Ezkerra, y agregó:

—No ha hecho a naidés juramento falso... ¿no?...

Ezkerra movió la cabeza, en signo negativo.

—Ta güeno... Porque 'hay qu'estar seguro d'eso antes qu'el agua entre por el gañote... ¿hum?.

* * *

Y EN SEGUIDA Don Froilán largó el rollo. “Indalecia era una china guapa, más brava que ají cambaré pa la pelea... Basta con decir qu'había seguido a Don Frutos (1) en sus correrías... Pa que vean que no'es cuento, les diré que mi agüelo la conoció y también mi padre. Se'había casao con Agapito, güen hombre por demás... Pero aquello no jué un casorio ansina nomás, no!... Jué con juez, bendición del cura y tuitas las cosas qu'el cielo manda. Agapito tenía sus vacas y sus ovejitas y la gente'el pago lo quería por servicial y bien mandao. Ansina qu'el día 'el casorio trujeron de lo mejor qu'había en lo'el pulpero Servando, y hubo fiesta y baile hasta la madrugada, en que tuitos quedaron mamaos. La pareja vivía cerquita nomás, juntito a un recodo de este arroyo, en un rancho que parecía colgao e' los talas como nido d'espintero... Pero desde ya les aseguro que ansina como Indalecia era dura pa la pelea, tenía en cambio tan güen corazón qu'a naidés podía decirle que no. Dejuero qu'estas cosas se pueden hacer, pero no cuando Tata Dios está de por medio... Cuando Agapito andaba p'ajuera marcando, rejuntando ganado o entropiando, Indalecia no quería quedarse nunca solita, porque ya les

(1) Así llamaban los gauchos al general Fructuoso Rivera.

dije que tenía güen corazón y no podía ver gaucho necesitao... Ansina, qu'en ausencia de Agapito, cuanto mensual, o tropero, o peón contratao pa las esquilas, o dueño é las carretas e bueyes que venían del norte pa la capital y querían hacer un alto, tenían siempre abierto el rancho de Indalecia. Al fin, tuitos conocían el trillo entre los talas pa dar con aquel nido d'espintero. Ansina podían arrimarse al caloreito de una china qu'era linda y perfumada como la flor é los naranjos silvestres que crecían en las isletas del bajo desd' el tiempo é los godos. Ya naidés tenía miedo en allegarse. Y en el pago comenzaron los chismeríos y murmuraciones. Las habladurías quemaron las orejas é Agapito que se hizo desconfiao y rezongó a su china:

—Mirá, Indalecia... En la pulpería de Servando me chismearon ésto... En lo é Juan el carrero, su mujer, Ña Paca, me contó de vos...

Indalecia no lo dejaba hablar, riyendo con toda su jeta.

—¡Qué vas hacerle caso a esa víboras!... Mirá, Agapito... Te juro delante de Tata Dios, que si juera verdá, por cada vuelta que t'engañao se me prendiera una d'esas avispas... ¿sabés?... una de esas avispas é las bravas, hasta no largarme más, aunque gritase como chanco bajo'el cuchillo!

Agapito creyó aquel juramento, y tuito pasó en paz, lo mesmo qu'antes, a la güena é Dios... Pero sucedió qu'Indalecia enfermó é los bofes, y se puso tan mala que tuvo que venir acá, bajar por esta cuchilla y tomar el agua é la vida y la muerte, que ya comenzaba a burbujear ah'í mesmo... Indalecia juyó campo ajuera pa morir cuasi en seguida... ¡Ansina tenía que ser, dejuro!... Había llamao a Tata Dios en falso, y esas cosas se pagan... Agapito murió también al poco tiempo, y asigún dicen, subió derechito al cielo. Golpió la puerta y salió a' abrirle el mesmito San Pedro en persona.

—¿Qué querés aquí, Agapito? —preguntó—. Vos has sido güeno y formal, y tenés derecho al Paraíso...

Pero Agapito contestó qu'en el cielo no se'aquereñaría sin encontrar antes a su china. San Pedro se rascó la barba.

—Tu mujer no s'ha apeao aquí —dijo San Pedro algo picao, mientras llamaba a un ángel que tenía al lao, y le ordenaba que averiguase por Indalecia en el Purgatorio.

Al rato regresó el ángel, muerto é risa. Hay que saber que los ángeles no se ríen como nosotros los cristianos... Este se raíba, haciendo un ruido bárbaro con la boca y con las alas, que las golpeaba

contra 'el costao' el cuerpo. Dispués le dijo algo dispacito al oído é su patrón. Y San Pedro comenzó a rairse también como un condenao... Estaba casi sin resuello, y se apretaba las ancas como si los angelitos le hiciesen cosquillas. Dispués que se'hubo reposao, San Pedro se dirigió al gaucho qu'estaba como abombao, sin colejir lo que le pasaba.

—Mirá, Agapito, entrá sin asco y no pienses más en tus días en Indalecia, que aura está con Mandinga. La pobre tiene tantas avisvas prendidas é las pulpas, que no se le ve ni el cuerpo... La cabeza, nomás, es un camoatí...

*
* *

AL TERMINAR el cuento, Don Froilán lanzó aquella su careajada, que era como el aullido de guerra de un charrúa. Una banda de patos, asustada, levantó el vuelo del otro lado del pajonal y empezó a revolotear muy alto, antes de alejarse. Los vascos y el peón también rieron de la extraordinaria aventura de Indalecia, la china que juró en vano. Solamente Ezkerra permanecía pensativo, con la vista clavada en el suelo. Su espíritu estaba lejos, sin duda alguna. Por momentos, intrigado, dirigía miradas a la tacuara, larga como picana, descansando a la orilla del estero, y al cucharón de

cobre, que parecía más pequeño con sus incontables abolladuras... Entre tanto, el padre de Patricio había cortado algunos trozos del costillar, los cuales iba repartiendo, ensartados en la punta de su cuchillo. El grupo cambió de postura. Cada uno sacó a relucir su facón, y todos empezaron a masticar silenciosamente, rebanando los pedazos de asado casi al nivel de los labios.

—¡Miren aura! —exclamó de pronto Don Froilán, señalando al pequeño fragmento de cielo que se reflejaba en medio del círculo de camalotes.

Un movimiento casi imperceptible, como de ondas azuladas, empezaba a rizar la superficie del agua. Don Froilán recogió la tacuara, y se dió a la tarea de atar con tientos el antiguo candil al extremo de su improvisada picana. Mientras tanto, a pocos metros, el agua se llenaba de ampollas cada vez más numerosas, que reventaban en el aire, para dar lugar a nuevas burbujas. Entonces Don Froilán se volvió hacia Ezkerra, que había dejado de comer, y lo miró de hito en hito.

—Vea que aura va d'endeberas... y que dispués no habrá rimedio... ¿eh?

Ezkerra, reconcentrado, no respondió. El espejo, entre los camalotes, se había roto. Las aguas parecían hervir. Don Froilán, por última vez, volvió a contemplar a su cliente.

—Conque no ha jurado en falso... ¿no?... A ver si si'acuerda é la china Indalecia...

Ezkerra, sin contestar, permaneció sumergido en su arrobamiento lejano. El viejo no parecía reparar en ello. Esgrimió la tacuara con el cucharón en la punta. Muy bajito, y esta vez con entonaciones de cántico, recommenzó su muletilla de la tapera.

—Tambo sí, tambo no, tambo sí, tambo no...

Biluzera y Kokotz se miraban, asombrados, no sabiendo si reír o llorar. Con mil precauciones, Don Froilán acostó la tacuara en la superficie burbujeante, sin dejar de canturrear su fórmula cabalística. Luego atrajo para sí el armatoste, enderezándolo con un suave movimiento de barrida, mientras el antiguo candil se llenaba de agua clara. Después, con sobrada prudencia, procedió al retroceso. Era preciso que no se perdiese una sola gota de aquella transparente y maravillosa linfa. Sin duda el manantial que existía debajo de la cañada empezaba a calmarse, pues ya volvía lentamente a la superficie el apacible sosiego y la serenidad de antes. Don Froilán arrastró todavía su larga caña, como una plomada, recogiéndola a la manera de los aparejos de pesca, mientras rozaba las raíces y el follaje de aquel matorral acuático. En seguida desenredó los tientos del candil, separó

alguna brizna de hierba que flotaba en el cristal del agua, y dió de beber a Ezkerra el precioso líquido.

Don Froilán había cesado de canturrear y miraba al vaseo en silencio. Después de algunos minutos, como no sucediera nada de extraordinario, el viejo murmuró como en un rezongo:

—Ta güeno... ta güeno... Dend'el principio vi-de que usté era derecho y honrao... Si no juera ansina, ya sería finadito, pués...

Kokotz y Biluzera largaron la risa. Se habían acordado de la china Indalecia y de su castigo en el Infierno, picada por todo un avispero. Don Froilán no hizo caso a la jarana. Lleno de gravedad, apretóse la vincha. Con los ojos semicerrados, parecía mirarse para adentro, atisbando sus propios pensamientos. Y Ezkerra, más satisfecho que por la cura, por las cosas que el gaucho había afirmado de su honradez, metió la mano en el cinto, y sacando una brasilera de oro, con la efigie del emperador Don Pedro II, se la entregó al viejo.

—¡Gracias!... Y que haiga mucho güeno pa tuitos los suyos —exclamó conmovido Don Froilán.

Desde las isletas del bajo vinieron ecos de galopes y silbidos, que se mezclaban con el rumor característico del bañado. Era el peón de Ezkerra que arreaba los caballos, y que se disponía a enganchar de nuevo.

VII

TANTO Kokotz como Biluzera, se quedaron todavía algún tiempo acompañando a Ezkerra. Los sortilegios de Don Froilán, así como su agua milagrosa, habían mejorado al enfermo. Tal era, al menos, su opinión. Pero estaban llenos de campo, aburridos de bañados y pastizales. Hasta en sueños se perdían en densos bosques, trepaban por escarpados cerros, atravesando dilatadas llanuras. Les parecía ya un pesado suplicio tener que vadear arroyos y cruzar arenales. No se iban a pasar la vida resbalando en los barrancos que se dirían enjabonados por la lluvia, o subiendo empinadas cuchillas nada más que para alegrar la soledad de Ezkerra. Empezaron a sentirse sedientos de los ruidos y el ajetreo de la ciudad. Una nostalgia tenaz e indefinible acabó por invadirlos. Repentinamente, la atmósfera del campo les pareció mortal. A Biluzera, por ejemplo, no era que le preocupasen sus asuntos, porque no tenía ninguno. En cambio, si Kokotz se entretenía cobrando los alquileres de sus numerosas casas, desperdigadas en todos los ámbitos de la capital, no era tampoco para quitarle el sueño, ya que había en su familia quien se encargase de ello. Lo que acaecía es que a ambos les había dado por sentirse extraños fuera del incesante trajinar de la vida pueblera. Hasta que repetidas veces se preguntaban, riendo,

si a ellos no les habría llegado ahora el turno de tirarse también de bruces en el estero para beber el agua legendaria de Don Froilán.

*
* *

PARA COLMO de males, lo que nunca había pasado en el campo de Ezkerra, aconteció esta vez. Algo apartado de las casas, junto a la vieja osamenta de un buey, habían aparecido fosforescencias extrañas que brillaban en las noches entoldadas. Era una claridad fantástica, pegajosa, que le daba por prenderse a las pezuñas de los animales y que se partía en pequeñas gotas o se alargaba, tomando formas distintas, retorciéndose en la obscuridad. Desde la tarde lejana en que el *palomino* se acostara para morir contra el cañadón que desembocaba en el tajamar, nada sobrenatural había sucedido. Pero bastó que Ezkerra regresara, aparentemente curado de sus males, para que, como por arte de encantamiento, la *luz mala* se encendiese, vacilante, en el misterio de la noche. Las supersticiones gauchas se avivaron. Empezaron a correr historias de crímenes y leyendas de aparecidos. En los atardeceres nublados o en las noches sin luna, cuando el reflejo mortecino que venía del campo llegaba a los ranchos, la peonada tenía miedo hasta de

atravesar el patio. No faltó quién dijera que era el alma en pena de Doña Graciana que rondaba la casa. En la cocina de paredes negras de humo, donde se comentaban los sucesos del día, mientras el mate circulaba de mano en mano, se decía que Mandinga, con apero gaucho, se enderezaba en los estribos y a veces hasta se paraba sobre el "recao" para vigilar su tropilla de almas. Montaba un bagual *escuro tapao*, cuyos garrones aparecían marcados por rayas de fuego. Y galopaba toda la noche, haciendo ronda, para que ningún *dijunto* se le cortase solo...

—¡Cómo pa dejarlo escapar! —decía cabizbajo el padre de Patricio—. Es al ñudo que lo quieran... ¡Ganao orejano que ha de recibir la marca é Mandinga!

Luego hablaba del "jedor" a fósforo y azufre, que era la catinga del demonio. Después seguía un silencio impresionante, un silencio de plomo, roto en ciertos momentos por el rezongar de la bombilla. Manex y Patricio miraban temerosos hacia la puerta, cual si fuera a atropellar la trágica figura del Diablo, arreando su tropa de *dijuntos*... Y se estremecían, como si una helada gota de escarcha les resbalase de improviso por la columna vertebral. Calor en la cabeza, frío en el espinazo.

Alguien que traía al fogón su brazada de leña, agregaba, con voz cavernosa:

—Aura va sonar la hora de pararle rodeo a los muertos... Mesmito se siente galopiar...

En realidad no se oían más que los ruidos propios de la noche, susurro de hojas, gritos de alimañas, el aliento eterno del campo. Pero todos afirmaban haber escuchado extrañas pisadas o voces de ultratumba. La imaginación trabajaba sola, espoleada por el misterio.

*
* *

A LA MAÑANA siguiente, antes de las seis, mientras Biluzera y Kokotz se disponían a regresar a la ciudad, una humareda densa empezó a levantarse del potrero vecino. Al principio se creyó en una cerrazón, porque no había viento. Pero pronto aparecieron resplandores rojos en medio del humo. Aquello era un incendio. Afortunadamente, no había animales en el potrero. El foco era aún muy reducido. Sin embargo, al menor soplo de aire, el fuego podría pasar a los campos vecinos y transformarse entonces en verdadero azote. Los peones salieron con cueros de oveja para golpear los pastos secos y ahogar el incendio. El padre de Patricio les recomendaba prudencia, porque las víboras

tenían que haberse vuelto bravas con aquel calor de horno. Irritadas por las llamas, no respetarían ni pelo ni marca. Entre tanto, había descolgado el cuero fresco de un novillo desollado la tarde anterior, y que no tuvieron tiempo de estaquear. El humo ascendía en espirales viscosas al azul claro de la mañana, entre chisporroteos de cañas húmedas y ruidos crepitantes de ramajes. La falta de viento había restringido la acción del incendio. El fuego, perezoso, lento, avanzaba mansamente, buscando los trillos secos, y deteniéndose entre los restos de hojarasca, donde las brasas se avivaban con resplandores encarnados.

Los mensuales ya habían sofocado el fuego en gran parte de la zona invadida. Quedaba aún el foco principal. Marchando a tientas hacia los potreros vecinos, las llamaradas serpenteaban a flor de tierra y amenazaban reducir a cenizas los postes del alambrado divisorio. Se oyó un grito de desafío:

—¡Ahijuna, maula!

En seguida un galope pesado. Era el peón principal de Ezkerra, montado en el overo del patrón, que atravesaba a toda rienda, entre corcovos, la parte aun incendiada, arrastrando el cuero de novillo que llevaba por contrapeso un tronco de jarandá chorreando agua. Los otros lo azuzaban con aullidos

salvajes, atacando de atrás, siguiendo la rastra, y revoleando sus cueros de oveja, hasta sofocar por completo las últimas reverberaciones del fuego. Y aquello acabó en algazara, entre gritos de fiesta. Todos chillaban como loros barranqueros alborotados, cuando algún intruso se aproxima demasiado a los nidos. Mientras tanto, cerca de la osamenta de buey, después de consultarse en voz baja, Biluzera y Kokotz, cambiaban el rumbo.

* * *

DEJARON apagar detrás de ellos los últimos reflejos de un alborozo que les parecía absurdo y que les molestaba. La nariz chata de Biluzera parecía moverse, cual si olfateara cosas incorpóreas, y los acentos circunflejos de sus cejas, elevándose en la frente, casi tocaban con el vértice la raíz de los cabellos. En cambio, Kokotz, no cambiaba su postura habitual, sino en circunstancias especiales. Cuando se golpeaba el pecho con su mandíbula en punta, como el pico de un pájaro carpintero que quisiera agujerear el tronco de un lapacho, era señal de que pensamientos serios lo dominaban. Y eso fué lo que sucedió en aquella ocasión, después que los dos vascos se cuchichearon al oído.

* * *

EL PADRE LARRAMENDI rió de buena gana cuando Biluzera y Kokotz culparon a la *luz mala* como causante del incendio. Después fingió indignarse contra supersticiones contrarias a la doctrina de la iglesia. Dijo que esas luces no quemaban siquiera. Para demostrarlo, apretó una cerilla entre los dedos, la sumergió en un vaso de agua, frotándola luego contra la mesa. En seguida cerró las ventanas. Los vascos, atónitos, vieron en la obscuridad que el fósforo mojado dejaba un suave rastro luminoso, algo así como el reverberar pálido de infinitas rayas que se desvanecían hasta hacerse sombra. El Padre Larramendi agregó que los resplandores equívocos que en el campo los había llenado de tanta alarma, no eran más que eso, pero producidos por sustancias orgánicas en descomposición. Ahora bien. Si aquella buena gente que trabajaba con Ezkerra quería calma espiritual, él no vacilaría en proporcionársela, con la gracia de Dios. Y fué así, en efecto. Al día siguiente, el Padre Larramendi, seguido de sus acólitos, apareció en los ranchos muy temprano. Como primera providencia, hizo rezar a todos sus oraciones. Después los peones amontonaron leña en el mismo sitio de la osamenta de buey, agregaron otros huesos dispersos en el campo, encendiendo luego una gran hoguera. El eclesiástico, diligentemente, roció

con agua bendita los lugares infestados por Mandinga. En alta voz impetraba la bondad divina para los hombres y animalitos de Dios que se cobijaban en aquella casa. Las rogativas eran coreadas por todos, a fin de darles más valor y eficacia. Cuando el señor cura dió término a sus jaculatorias, se sirvió un buen almuerzo en el que participaron hasta los vecinos. Larramendi fué el último en tomar asiento en el amplio comedor de Ezkerra. Volvía del campo con señales de fatiga, y algo sudoroso. Al enfrentarse a los comensales, quitóse el chambergo gaucho y lo tiró al aire con la misma gracia de un torero de raza que arroja su montera al tendido. Se oyeron algunos vítores y aplausos entre la peonada.

—¡Bravo nomás!... ¡Bien haiga por nuestro gaucho!

El Padre Larramendi levantó en alto un brazo, contestando en vascuence:

—¡Garai!... (¡Victoria!).

En seguida se sentó. Biluzera y Kokotz estaban ahora tranquilos. Ya podrían regresar a la ciudad sin remordimiento. Gracias a los buenos oficios del Padre Larramendi, las almas en pena habían sido alejadas para siempre. Y, alegres, satisfechos, golpeaban las anchas espaldas de Ezkerra con palmo-

teos cariñosos y brutales, que resonaban como las coeces de un burro.

* * *

EN LA cocina, alrededor del fogón, después que hubieron pasado aquellos días de ansiedad, mientras hervía la pava sobre las brasas, se comentaba como buen síntoma de que el patrón se dispusiera a jinetear de nuevo. Nunca compraba más de un caballo, Y esa misma mañana había realizado un aparte, en *Los Tamarindos*, que los colmara de sorpresa. La operación, para el ojo experto de la peonada, era lo mejor que podía pedirse. Manex, Patricio y el propio Ezkerra habían venido arreando tres parejeros que dejarían con la boca abierta al gaucho más "retobao", más exigente y protestador en cuestión de caballos. El patrón había cerrado trato con los mejores pingos de la tropilla de Don Juca. No estaban del todo amansados, y eran aún medios baguales. Pero ya Ezkerra se encargaría de acabar su educación, metiéndoles rebenque y espuela hasta dejarlos blandos como la seda. No recurriría esta vez a los servicios de un paisano suyo, el vasco *Pedro el gaucho*, llamado así por su destreza incomparable en las faenas camperas.

—De verdá, medio resabiao pa la rienda... Pero después que se le vean las patas al negocio naides dirá otra cosa que ¡gueno! —rumiaba el padre de Patricio.

En el fondo todos estaban de acuerdo en que se trataba de buenos fletes, y que Ezkerra había realizado una excelente adquisición. Después, entre mate y mate, era una minuciosa esgrima de gustos sobre la complicada selección de los pelos. Uno era zaino, de ojos vivos y magnífica estampa, sin ninguna mancha que alterase el color uniforme, cerrado, de su pelo. El otro, "overo gateao", de gran alzada, clinudo como potro cimarrón, con una estrellita blanca en la frente. Y el tercero, tordillo sabino, lustroso, que parecía un ágata blanca, veteada de gres rojizo. Luego tejían el elogio de Don Juca, que había conservado la entereza del caballo criollo en sus formas más puras, salvándolo de las cruas gringas y de sus ejemplares espurios. A ratos asomaba a la superficie, desde lo más profundo de aquellas almas bravías, el odio empeinado y tenaz al extranjero. Alguien dijo con voz pausada, casi somnolienta:

—Cuando quisieron meternos por más mejores los macarrones que venían d'Uropa la gente se raiba hasta rajarse. No digo que no sean güenos, no, pa correr y ganar carreras... Pero se

manean en el trabajo, y pa la guerra no aguantan el envión de la lanza en los entreveros!...

Llegaba la hora de retirarse a los ranchos, y se enderezaban para marcharse. Cuando los tizones se iban sumergiendo en su lecho de cenizas, todavía continuaban mascullando, entre el llorar de las espuelas, los himnos al pingo criollo. Tragados por la noche, los peones dormían ahora en el silencio. Y en torno al rescoldo, en la cocina solitaria y llena de sombras, parecían danzar como espectros, entre el eco de la conversación nativa, las figuras evocadas por el amor y la ansiedad de aquellos gauchos.

* * *

HACÍA semanas que Ezkerra quedara sin la compañía de Kokotz y Biluzera. Ahora trabajaba de firme. Salía de madrugada al campo, y no regresaba hasta después de anochecido. Muchas veces se hacía llevar la comida por Manex o Patricio. Ya en los bretes, curando algún animal enfermo, o en el potrero de las lecheras, apartando los ejemplares destinados a la próxima parición. Ya entre los varales de mimbres, ramoneando a facón los tallos más tiernos y flexibles, para recomponer los manojos de totora en el techo del galpón de ordeñar. De este modo cerraba provisoriamente el curso

de las goteras hasta que viniese el quinchador. Así transeurrían los días. Ezkerra había abandonado su talante taciturno, y parecía más conversador. A los muchachos, si eran remolones, les gritaba según la fórmula clásica del tío Larpurtarra:

—¡A ver, *alferrak!* ¡Les doy un “arrevés” que el pared les manda cuatro!

Manex y Patricio, extrañados de aquel cambio brusco, se acercaban con desconfianza, espiando al patrón de reojo. Ezkerra, que observaba con calma esas maniobras, prorrumpía en gritos:

—¿Tener miedo ahora?... ¿Mirar como pato al arreador?... ¡Recontra!... ¡Trabajar como persona decente, entonces!

Pero descendía el crepúsculo sobre el campo, y Ezkerra se encerraba en su silencio. Volvía a su reconcentrado y huraño ensimismamiento. Los peones habían descubierto que si el patrón almorzaba lejos de las casas, muchas veces recostado sobre los espartillos, era por el terror de verse solo comiendo en una pieza. Cuando cerraba la noche, y en la inmensidad del espacio, allá arriba, el parpadear de las primeras estrellas, le advertía sobre la hora de recogerse, Ezkerra se colaba en la cocina como un fantasma. Abriéndose paso entre su peonada, sin decir palabra, se sentaba sobre algún tronco de ceibo aserrado en forma de banco. Allí

quedaba hasta altas horas, sin moverse, con la vista fija en las brasas del fogón y los labios temblando como si hablara consigo mismo. Los peones le dirigían apenas la palabra por miedo de turbar aquel soliloquio. En el ambiente cargado de humo, hasta volver casi invisibles los personajes de aquel cuadro, Ezkerra rechazaba invariablemente, con un gesto, los mates que se le ofrecían. A veces, cuando se doraban algunas achuras sobre el fuego, si regresaba del campo tarde, desnudaba el facón, tirando un tajo de sorpresa a la carne, igual que el perro hambriento cuyas dentelladas quiere que pasen inadvertidas.

* * *

—GÜENAS NOCHES... Güenas noches, patrón...

Eran los peones que se retiraban, casi en puntas de pie, como cuando hay enfermos. Ezkerra contestaba con un leve movimiento de cabeza. Se mantenía todavía largo rato en la misma posición, hosco y solitario, hasta ver apagarse las brasas. Después estiraba las piernas y se enderezaba, empuñando la manija del pesado farol de tambo, con su tubo humeante, protegido contra los golpes y las caídas por una fuerte reja de alambre. Ezkerra avanzaba como entumecido, casi a tumbos, mientras el farol, balanceándose torpemente, tra-

zaba círculos rojizos en el suelo y hacía danzar sombras descalabradas entre los naranjos y jazmines del patio. Al fin empujaba la puerta de su habitación, y resonaba en el silencio de la noche, como un estampido, el correr de los cerrojos. Diríase que Ezkerra se amurallaba adentro en previsión de algún misterioso ataque que nadie acertaría a explicar. Y los muchachos, que dormían al lado, lo oían a veces revolverse en el lecho hasta la madrugada, mientras llamaba en sueños a Doña Graciana.

*
* *

EL VERANO se anunciaba seco y pesado. Las aguadas se achicaban cada día más, y la gente del campo empezó a temer que desaparecieran. El pasto dió en amarillear, tomando el color de la paja. Los caranchos aparecieron en el cielo, planeando en serenas espirales, como si quedaran dormidos en el aire. Husmeando la muerte, atisbaban desde lo alto algún borrego transido por la sequía, para caerle encima. Los peones recordaban que no llovía desde el entierro de Doña Graciana. Sin embargo, Ezkerra no podía quejarse de la falta de lluvias. Gracias al tajamar, bastante hondo, donde se revolcaban los carpinchos mansos de la finada, sus

animales no sentirían el tormento de la sed. Es cierto que el agua era cenagosa y de aspecto desagradable. Pero llenaba ampliamente su cometido, ya que había vecinos que se debatían entre dificultades mucho peores. A pesar de todo, el espectáculo de la tierra reseca, atravesada por grietas y rajaduras, se hizo insufrible para Ezkerra. También las cañadas, cortadas por trechos de terreno duro, con sus charcos de agua turbia, con olor de barro, le irritaban los nervios. En las lagunas del bajo el suelo estaba ahora descubierto, revuelto por las pezuñas de los vacunos que escarbaban para beber, arrastrando la panza en el limo blando en que parecían hundirse con deleite. Ezkerra, exacerbado por el calor sofocante, empezó a tener añoranzas de las corrientes cristalinas que se perdían entre los pajonales, los lejanos y frescos montanares, los cursos de agua clara, saltando de piedra en piedra por la ladera de los cerros, las cachimbas llenas de sombra, con un pedazo de cielo en el fondo... Hasta soñaba con la linfa purísima y milagrosa de Don Froilán, tan transparente, que dejaba ver las plantas acuáticas a dos varas de profundidad. El aire cálido, abrasador, el bochorno del campo, todas aquellas imágenes de infierno encendían en el cuerpo el deseo

de agua y de frescura. También contribuían a hacer más atroz el suplicio de Ezkerra...

* * *

NO SABEMOS por qué al vasco se le ocurrió que si seguían así las cosas, ya sus paisanos no podrían decir más cuando hablasen de él: *Orrek ez daki zer dan eza*. (1).

Trabajador incansable y rudo, se sentía capaz de vencer a los hombres, y hasta echar abajo montañas. Era un civilizador que podía hacerlo todo, menos inventar la lluvia. Molestar otra vez al buen cura Larramendi para que hiciese de intermediario con *Jaungoikoa*, le parecía una impertinencia. Perplejo en medio de su tribulación, le vinieron al espíritu algunos refranes de su milenario solar euskaro. No se trataba de cosas sorprendentes. Eran sentencias de buen sentido que se referían a la lluvia, y pensó que, recitando en voz baja algunas de esas expresiones de la sabiduría popular, podrían torcer el curso de la mala suerte. Manex y Patricio, lerdos para percibir las desinencias vascuences, se negaron al principio a afrontar lo que para ellos era una difícil empresa. Pero a fuerza de machacar testarudamente, Ez-

(1) Ese no conoce la miseria.

kerra logró que los muchachos tartamudearan los ingenuos apotegmas. Lo hacían, es cierto, en forma imperfecta, como si hablaran entre accesos de tos. Esta torpeza enfurecía a Ezkerra, y llamaba a los muchachos *astotzarra*, que es algo así como el aumentativo de asno. Dicha irritación era fácil de comprender, porque las fórmulas mágicas, moduladas en un vascuence tan incorrecto, no podían tocar jamás el corazón de Dios. Al fin, después de mucho insistir, Manex y Patricio dieron en pronunciar medianamente. Las frases eran como sigue: Lluvias de Mayo, año de trigo (*Orril-eurite, urte ogite*). La otra: Año de lluvias, año de pan. (*Urte eruritsu, urte ogitsu*).

Cuando los muchachos se habituaron a marcar la rima, los tres entonaban en coro con aire monótono de cántico de iglesia. En su entusiasmo, Ezkerra deslizaba a veces de contrabando algunos compases de las guerras carlistas, como *eurrez-eurrez odola*, impetrando sangre a raudales en lugar de lluvia. Lo cierto es que parecían tres reos en capilla, haciendo voto de contrición.

*
* *

EN EL atardecer de un sábado, cuando el aliento del norte era más sofocante que nunca, no bien

acababan de dar cumplimiento a aquella suerte de liturgia, el cielo se puso intensamente violeta. Ya casi de noche, se cargó de nubarrones gruesos, hinchados, que dejaban ver huecos negros como cavernas. Luces fugaces corrían por doquier, como si jugasen en el espacio inmenso. Extrañas fosforescencias se reflejaban también en la tierra sedienta. Un silencio imponente llenaba el vasto panorama. No se movía una hoja de los árboles, ni una sola brizna de hierba, y entre las matas de cardo, asustadas de tanto sosiego, las aves caseras no se atrevían a salir campo afuera. De pronto un estampido formidable hizo estremecer de terror a los hombres y a las bestias, que corrieron a guarecerse. Y empezó a llover sin tregua. Llovió y llovió toda la noche del sábado y todo el domingo siguiente. El patio de Ezkerra acabó por convertirse en un lago que era necesario vadear con botas altas. La vista del campo desaparecía bajo la uniforme cortina de agua. El vasco sacó a la intemperie los grandes floreros, ahora vacíos, que en vida de Doña Graciana estaban siempre adornados con pasionarias y racimos azules de jacarandá. Y cuando estuvieron rebosantes, bebió él e hizo beber a los muchachos el agua de Dios.

*
* *

EL LUNES, después de mediodía, la lluvia paró bruscamente. Un tímido rayo de sol hizo brillar las gotas entre los yuyales. Desde las casas hasta el horizonte, el paisaje se desperezaba, chorreando agua. Aquellos sucesos extraordinarios habían perturbado aún más la razón de Ezkerra. El diluvio tan ardientemente deseado y requerido por medio de plegarias absurdas, le había traído al espíritu el recuerdo de su sonrisa desdeñosa frente a las creencias nativas para provocar la lluvia. Sus métodos y sortilegios habían resultado mejores que esas supersticiones criollas que él se rehusó a poner en práctica, como ser: robar la olla de un vecino y enterrarla hasta los bordes en mitad del campo, o matar un sapo y dejarlo toda la noche panza arriba. Los hechos quedaban ahí, innegables, y eso lo hacía vibrar de legítimo orgullo.

*
* *

CUANDO Ezkerra se dió cuenta de que su mente tambaleaba y de que algo raro pasaba dentro de sí mismo, salió campo afuera. El aire fresco, cortado todavía por algunos chubascos, alivió su fiebre. Pero sentía que ya no era como antes, y que aquel cielo profundo que parecía absorberlo

y tirarlo para arriba, no le devolvería de nuevo la calma. Vió a Manex y a Patricio, jineteando a los redomones de *Los Tamarindos*, el tordillo sabino y el overo gateado, mientras el zaino, arisco, corría delante de ellos, rumbo al montecito de mimbres, haciendo volar bandadas de cotorras chillonas, que ensordecían... Ezkerra les gritó, llamándoles con su voz de trueno, que las preocupaciones no habían debilitado. Pero los muchachos desaparecieron detrás de la ceja verde de las arboledas, y todo volvió a quedar en silencio. El vasco se rascó la cabeza, mirando hacia el monte de mimbres. Luego prosiguió la marcha. Avanzaba con inusitadas precauciones, como si fallase su estabilidad. Un duende metido dentro de él, haciéndolo vacilar, le susurraba cosas inauditas. Al llegar al monte, costeano el alambrado, sintió que una humedad glacial le subía hasta los tobillos. El formidable aguacero había hecho desbordar el tajar, y la inundación alcanzaba hasta la mitad del declive. El alambrado que bajaba hacia el valle, casi desaparecía, hundiéndose en la vasta laguna formada por la lluvia. El temporal había empujado nubes de garzas moras, batitúes y gallaretas. Ruidos insólitos venían del fondo, como gritos desapacibles de teros reales, mezclados con furiosos zumbidos de tábanos y balar lastimero de maja-

das. Sin embargo, había enemigos invisibles que mortificaban más aún el pensamiento vacilante de Ezkerra. Su interior era una caja de resonancia que multiplicaba los acentos de la hondonada, encarnándolos en formas humanas y hablándoles como a personas. Ezkerra continuó en su diálogo con las figuras invisibles, siguiendo la línea del alambrado que salía del agua y se metía en el matorral hasta desaparecer en el follaje. En la parte más espesa del monte se paró un momento, resollando como toro bravo.

Luego miró, atónito, a los costados, murmurando:

—Txingorra... sí... sí...

Se acordaba de la mala sombra de su paisano, el de la boina encasquetada y la nariz de frutilla, llena de verrugones. Allá, en el *Bon Jules*, lo había mirado de modo tan extraño, poco antes de enterarse de la gravedad de Doña Graciana... Lo veía aún, como si le tuviera ojeriza. Ahora estaba escondido detrás de las hojas de los mimbres, con su cara de infeliz, inofensiva en fuerza de ser triste... Ezkerra se enfureció.

—¡No mirar así, Mandinga!

Desenvainó el facón, atropellando contra el matorral. Arriba se alborotaron los pirinchos, los horneros, los benteveos, riéndose, disolviendo su carcajada en un coro de cantos. Ezkerra quedó en sus-

penso, aturdido por aquella alegre algarabía de pájaros. La alucinación desapareció por un segundo. Con el arma en alto, vigiló la espesura, descubriendo de nuevo a Txingorra, un poco más lejos, que lo miraba esta vez con un aire de burla cruel y de atroz aburrimiento al mismo tiempo. Ezkerra siguió la dirección del alambrado, monte adentro, sin apartar la vista de aquel extraño miraje en que se desdibujaba la desabrida fisonomía de Txingorra. Se detuvo, y tronchó con el filo del acero las ramas que se enredaban en el alambrado, cubriendo uno de los postes de ñandubay. Luego rió con carcajada sorda, como castañeteo de lechuza.

—Txingorra... Ahora escapar si ser brujo... —exclamó en alta voz.

Rajó el ñandubay a cuchillo, y metió luego el mango en la hendedura, haciendo cuña. La grieta de la madera se cerró, y el facón quedó rígido, tenso, con la hoja apuntando al pecho. De nuevo el castañetear de pico de lechuza. Era Ezkerra que reía, contemplando su obra.

—¿Escapar?... ¡Hum!... Si vos ser fantasma, yo también ser...

El vasco se retiró algunos pasos para cobrar impulso. Y crispando los puños se lanzó como un rayo, magnífico y salvaje, contra la punta del

acero. Los alambres vibraron en el silencio como las cuerdas de un arpa gigante.

*
* *

EZKERRA no regresó esa tarde a los ranchos. Los perros aullaron durante toda la noche. En la mañana del martes, ya con el sol alto, lo encontraron tumbado de espaldas en medio de un charco de sangre. Había llegado hasta la ladera que moría en el tajamar, y allí había quedado. La mano, manchada de sangre negra, se apretaba contra la herida del pecho. Gruesas moscas azules zumbaban en torno, y algunas parecían pegadas a los párpados del muerto. Los carpinchos de Doña Graciana, asustados, habían huído a la orilla opuesta del tajamar. El padre de Patricio espantó el mosquerío, y luego tiró un poncho encima del cadáver. Ya había mandado a su hijo a dar aviso al comisario. La autoridad no tardaría en hacerse presente. Entre tanto él quedaría allí, vigilando para que el cadáver del patrón no se llenara de queresa.

*
* *

CUANDO llegaron los otros peones, el padre de Patricio, alejándose del muerto, empezó a rastrear las señales de sangre, entre los pastos. Así fué metiéndose en el monte hasta encontrar el ñandubay con el cuchillo todavía rígido, apuntando al vacío. Al pie solamente una pequeña mancha de rojo obscuro. Era la señal que Eskerra, después del golpe, se apretó la herida con las manos para contener la hemorragia. Sin embargo, a la vera del alambrado, seguía el rastro, ya fino como hilo. Había que atravesar la maleza. Las ramas crujían, rompiéndose con chasquidos que espantaban a las alimañas. El peón salió a duras penas del matorral. Los espineros, alarmados, chillaban sobre su cabeza. Ezkerra, al pasar, había desgajado entre los mimbres una enredadera de burucuyá. Algunas ramas colgaban, rotas, con pasionarias marchitas, todavía prendidas al tallo sin vida. Y la huella sangrienta pasaba al otro potrero, detrás del alambrado, y se extendía por entre las malezas. El peón caminó aun bastante trecho. Diríase que aquel vasco indómito, con la ruta de sangre, marcaba la vanguardia de una legión de gauchos que, viniendo del otro lado del mar, hubiera abierto allí, entre el monte, su picada heroica. Al salir del matorral, el hilo rojo se afinaba más aún, perdiéndose entre los altos pastizales. Las

marcas daban todavía un largo rodeo, antes de tomar definitivamente el camino postrero del tajarar. El rastro aparecía cortado por el cañadón barrancoso, que Ezkerra llamara en broma la *zanja reyuna*, recordando la otra, la portuguesa, la histórica, en cuya construcción habían tomado buena parte los vascos. El peón desembocó en el trillo abierto en la ladera, que había seguido Ezkerra antes de caer para siempre. Abajo, entre los mensuales, una figura negra, angulosa, estaba arrodillada junto al cadáver. El peón reconoció al Padre Larramendi. No sabía quién le había dado aviso ni cómo había llegado. En el rostro del cura se observaba el sello de una gran tristeza. En ese momento se santiguaba, dando fin a sus oraciones.

—*Aitaren eta Semiaren eta Goteunaren izenaz... Olantxe.* (1).

*
* *

EL PEÓN de Ezkerra, sobrecogido, saludando apenas, pasó rozando al grupo, rumbo al tajarar. Obsesionado por el rastro, siguió aquel surco de agonía que se diría trazado por el demonio. Parecía una ruta la huella escarlata que iba a perder-

(1) En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

se en el agua, donde sin duda el patrón, moribundo, tuvo fuerzas para lavar su herida. El hilo se obscurecía hasta desaparecer en la orilla blanda y fangosa. Semejaba un sendero abierto en la tierra virgen por alguien que hubiese volcado allí su fatiga, sudando sangre. Dolor luminoso, pero dolor. Cuando las señales no eran más que polvo en la ruta infinita, la fantasía salvaje del peón volaba más allá de la visión real, como perseguido por el rumor de otra vida. Cielo y más cielo, pasto mojado y más pasto. Pero el camino de padecimiento, trágico y triunfal, llegaría más lejos aún, invisible, señalando con su rastro de sangre el paso de los civilizadores.

F I N

INDICE

Dedicatoria	Pág.	3
Cap. I	"	7
" II	"	25
" III	"	43
" IV	"	95
" V	"	129
" VI	"	157
" VII	"	191



Acabóse de imprimir en los Talleres Gráficos de
TAMBURINI LTDA. S. A. - Rosario
el día 12 de JULIO de 1947.

En la presente edición se tiraron
12 - doce - ejemplares en
papel acreamado especial
que llevan la
numeración
1 a 12.